

Del fiel de Manzanillo

Del fiel de Manzanillo

Delio G. Orozco González

Colección *Anazca*
Ediciones ORTO
2013

Edición: *Juan Salvador Guevara*
Corrección: *Juan Manuel Alsina Milanés*
Diseño y composición: *Yuri Y. Baldoquín Suárez*
Ilustración de cubierta: *Wilfredo J. Milanés Santiesteban*

© Delio G. Orozco González, 2013

© Sobre la presente edición
Ediciones ORTO, 2013

ISBN: 978-959-7179-89-4

Ediciones ORTO
Plácido # 161
esquina a Pedro Figueredo
Manzanillo, Granma, Cuba.
E-mail: orto@crisol.cult.cu

A la Ciudad.

A los que la han amado y servido.

Índice

A modo de introducción

Evocando a Manzanillo... / 11

Hombres

Bartolomé de Jesús Masó y Márquez: otro padre de la Patria... / 33

Rafael María Merchán y Pérez. Desconocido, por ello olvidado... / 41

Modesto Arquímedes Tirado y Avilés: un ilustre puertorriqueño... / 45

Hechos

El origen de Manzanillo. Una contribución a su estudio... / 57

Carlos Manuel de Céspedes, la Sociedad Filarmónica y el Teatro Manzanillo... / 67

Manzanillo en Martí. Martí en Manzanillo... / 75

Símbolos

La bandera cubana y *El Álbum*, de Manzanillo... / 99

Carlos Manuel de Céspedes y su *Marcha de Manzanillo*... / 116

Notas para una historia del ron Pinilla... / 120

El espiritismo de cordón en Manzanillo. Esbozo histórico... / 125

A modo de introducción

Evocando a Manzanillo

Servir es mi religión y el futuro no me preocupa

GHANDI

Haz lo que debas, suceda lo que quiera

BORGOÑA

Razones

Manzanillo es una de esas ciudades que obligan a poner toda la sangre de quien escriba sobre ella en sus pensamientos; imposible ser imparcial o no conmoverse cuando se piensa, habla y siente sobre un espacio que tanto ha dado a la historia de Cuba, a su cultura, a su ser. Claro, en el fuero interior del prejuiciado que discurra sobre estos temas, quedará siempre la prevención y el sabor —hijos de la incapacidad de sentir lo que experimenta quien vive sus días, sufre sus agonías, ama sus triunfos y llora sus derrotas—, de nocivos jingoísmos pueblerinos, de actitudes partidarias, de insanas pasiones; empero, yerra este o el peregrino o el viajero que piensa así, por cuanto, al darse lo justo no se pedirá lo injusto. Por otro lado, desde los mismos inicios forjadores de la nación cubana, el amor hacia la patrilocalidad o el espacio de tierra que el destino reservó por cuna —que no es lo mismo pero es igual—, ha sido centro de atenciones y emocionados acercamientos de parte de aquellos que han singularizado, en pensamiento y corazón, su cuajo; Varela y Martí resultan ejemplares en ese sentido. El presbítero, quien según José de la Luz y Caballero, nos enseñó en pensar, decía en fecha tan temprana como 1818:

[...] los hombres dan siempre una preferencia a los objetos más cercanos, o por mejor decir, más ligados a sus intereses individuales, y son muy pocos

los que perciben las relaciones generales de la sociedad, mucho menos los que por ellas sacrifican las utilidades inmediatas o que les son más privativas. De aquí procede lo que suele llamarse provincialismo, esto es, el afecto hacia la provincia en que cada uno nace, llevado a un término contrario a la razón y la justicia. Sólo en este sentido podré admitir que el provincialismo sea reprehensible, pues a la verdad nunca será excusable un amor patrio que conduzca a la injusticia; mas cuando se ha pretendido que el hombre porque pertenece a una nación toma igual interés por todos los puntos de ella, y no prefiera el suelo en que ha nacido, o a que tiene ligado sus intereses individuales, no se ha consultado el corazón del hombre, y se habla por meras teorías que no serían capaces de observar los mismos que las establecen. *Para mi el provincialismo racional que no infringe los derechos de ningún país, ni los generales de la nación, es la principal de las virtudes cívicas.*¹

Y José Martí, definiendo la Patria como nunca antes ni después se ha hecho, legó para todos los tiempos y hombres:

Cada cual se ha de poner, en la obra del mundo, a lo que tiene más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno, y más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor, y más naturalmente, en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto: y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el inexpugnable concepto de la patria. Levantando a la vez las partes todas, mejor, y al fin, quedará en alto todo: y no es manera de alzar el conjunto el negarse a alzar una de las partes. *Patria es humanidad, es aquella porción de humanidad que vemos más de*

*cerca, y en que nos tocó nacer; —y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defiendan a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambronas, ni porque a estos pecados se de a menudo el nombre de patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca. Esto es luz, y del sol no se sale. Patria es eso.*²

Hitos

Mucho antes de que los iberos pisaran la tierra que ellos dieron en llamar “Juana”, ya otros hombres y mujeres habitaban estos predios. Procedían del nordeste venezolano, cruzaron el arco de las Antillas Menores, llegaron a Borinquen, luego a Quisqueya y finalmente a Cuba, que es nombre aborigen y por suerte aún blande, como cimitarra redentora, la ínsula. Ya en el oriente cubano se desparramaron por toda la geografía del saliente insular y llegaron a la oquedad del “caimán” para dejar huella indeleble que aún se goza en algo más que una toponimia exuberante: Jiguaní, Bayamo, Yara, Bayate, Jibacoa, Vicana, Guacanayabo... y es justamente, en la ribera de este mar, “[...] á legua³ y media de un puerto, questá apropósito (sic) de la navegación de la isla Española y de Tierra Firme [...]”⁴, donde se produce el primer alarido que distingue la estructura nodal de la cultura cubana: la lucha constante por la libertad y la independendencia, ora individual ora colectiva, cuando el cacique Hatuey se niega a ir al cielo antes de ser sometido al suplicio de las brasas; y es precisamente en este sitio, localizado hoy en la periferia de la ciudad de Manzanillo, donde se produce el asentamiento primigenio de la segunda Villa de Cuba, San Salvador, llamada así porque según Diego Velázquez, adelantado del Rey y matador del rebelde, “[...] allí fueron libres los cristianos

del cacique Yahatuey, é porque con la muerte suya se aseguró é salvó mucha parte de la isla [...]”⁵. Luego, la Villa se traslada a la actual capital de la provincia Granma y comienza a ser nombrada San Salvador de Bayamo.

Pasó el tiempo y al calendario insular llegó 1604, momento cuando en las playas del Manzanillo se producen los acontecimientos que dan lugar al primer monumento de la literatura cubana: *Espejo de paciencia*, poema épico escrito por el canario Silvestre de Balboa Troya y Quesada, catalogado piedra inicial de la poética isleña, por cuanto, en un entorno que empezaba a pergeñar lo cubano se desenvuelven sus principales componentes étnicos: el indio, el español y el negro. En los años que completan las centurias décimo séptima, décimo octava y los primeros cuatro decenios de la decimonónica, Manzanillo, en virtud de su abrigada ensenada, resultó sitio privilegiado para el comercio de rescate y contrabando, trueque no solo comercial, sino esencialmente espiritual, donde protestantes, hugonotes, calvinistas y toda clase de “herejes” aportaron, junto a sus mercaderías, la masa proteica e indomeñada que caracterizaría a los hijos de toda esta región; la actual ciudad de Manzanillo fue entonces, la salida al mar de la mediterránea Bayamo.⁶

Terminaba el siglo XVIII, el Rey se preocupa porque los cortes de madera en las costas de su vasto imperio colonial afectan sus astilleros y un buen día, el 11 de julio de 1792, ordena “[...] facilite la cantidad que sea necesario invertir para la erección de una pequeña población en el parage (sic) titulado el Manzanillo, jurisdicción del Bayamo”; empezaba así el proceso fundacional de lo que es hoy la ciudad de Manzanillo, nacimiento que —jadeante y doloroso como todo parto—, dio a luz una entidad humana que ha puesto en las rutas esenciales de la identidad y la cultura cubana claves fundamentales, insoslayables además. En 1794 se le da la categoría de

puerto menor, para 1809 gana la condición de partido y en 1819 sus pobladores, de manera bizarra y sin la ayuda de nadie, rechazan un ataque corsario inglés, hecho este que no solo levantó la autoestima de los locales, sino que, años después sirvió para solicitar al rey el título de Villa e inspiró a Carlos Manuel de Céspedes a escribir justa alabanza hacia los manzanilleros, quienes, con hidalguía y arrojo expulsaron de su suelo a los invasores; sin duda alguna, este ejemplo estaría entre las útiles reminiscencias humanas que contribuirían al parto magnífico del Padrazo.

Para 1830 la sujeción de Manzanillo a la férula bayamesa resultaba un contrasentido inaudito: la aduana, a más de 12 leguas del puerto, ubicada en la capital de la jurisdicción, obligaba a los comerciantes y capitanes de buques a despachar en la Villa bayamesa las naves que llegaban a la rada manzanillera, de modo que, una simple exposición al Rey fue suficiente para hacerle entender que tal situación no podía mantenerse; por ello, el 19 de agosto —ante su Consejo de Estado—, decidió otorgarle a la marinera ciudad el título de Villa, ordenando fuera antepuesto, en todos los documentos de curso legal y públicos, la gracia de Puerto Real; sin embargo, los intereses bayameses, afectados no solo por el desprendimiento territorial que suponía una nueva jurisdicción que iba desde la margen izquierda del río Buey hasta el Turquino, sino, ante la pérdida sensible que para su economía representaban las gabelas, impuestos, aranceles y todo tipo de gravamen portuario de una economía que comenzaba a ser abierta para la exportación, no podían ver con buenos ojos el desgajamiento que se producía; por tanto, la oposición, el retraso y los intentos de retener el título de Villa a la naciente jurisdicción resultan explicables. Por fin, cuando el 6 de enero de 1840 Manzanillo celebra cabildo y gana independencia administrativa de la añeja Villa bayamesa, se materializa así un anhelo que había sido provisional en 1821 y

permitiría a la Perla del Guacanayabo crecer y dar a la historia y cultura nacional instantes indispensables para su comprensión.

A no dudarlo, el acontecimiento más sublime de la historia de Cuba se produce en el ingenio Demajagua. Para el país y en especial para Manzanillo, fue una suerte elevada a condición de gloria que en sus predios Carlos Manuel de Céspedes nos hiciera hombres al instante de lanzarnos al monte. Sus 16 años de vida en Manzanillo — vivía en la ciudad desde 1852 —, resultaron tiempo esencial y definitorio que culminó en su condición de Padre de la Patria y le permitió, con ademán heroico, erigir entre y con los manzanilleros el Altar de la Patria. No se yerra si se afirma que lo acontecido en Demajagua aquel 10 de octubre de 1868 constituye el parteaguas de la historia de Cuba; en tanto, hay una condición antes y otra después de ese hecho, y esa singularidad no está dada solo por el acto magnífico, casi divino, de partear una nación, sino por el gesto creador de liberar a sus esclavos, llamarlos ciudadanos, invitarlos a conquistar la independencia nacional y con ello, ahorrarle a la nación dolores y sufrimientos en demasía.

Sin dubitación alguna, el mar ha signado el decurso manzanillero, no solo propiciando crecimiento y expansión, sino, sirviendo a los que desde 1492 conducían a la isla con mano de hierro; por eso, cuando a partir de 1875 se levantó la estacada y terminó el sistema de fortines que, en forma semicircular aprovechaba el mar como retaguardia, la ciudad se volvió inexpugnable; a pesar de ello, el mambisado no cejó en su empeño de tomarla militarmente y el ataque de noviembre de 1873, conducido directamente por el entonces Brigadier Antonio Maceo, da pruebas de ello.

El Pacto del Zanjón demostró que a la fragua libertaria le faltaba calor pero no herreros que forjaran el metal ígneo de la independencia; los intentos sucedidos en el interregno que van desde el fracaso de la Guerra Chiquita,

incluyendo esta, hasta el 24 de febrero de 1895, rubrican la anterior afirmación.

Salida la isla de la Guerra Grande o Larga, la destrucción de las fincas azucareras, los predios rústicos y otras propiedades rurales, sobre todo en el oriente del país, hacen que el gobierno español libere de impuestos dichas propiedades en un lapso de ocho años, con el objeto de lograr su recuperación. Esta medida favoreció la inversión de capitales y el mar, siempre el mar, imantó la llegada a Manzanillo de ellos en grandes cantidades; por tal razón, en la ciudad y sus predios administrativos el surgimiento del capitalismo, distinguido con la concentración y centralización de la producción azucarera, alcanzó las cotas más altas del oriente cubano, solo comparadas con un proceso similar acaecido en Guantánamo. De este modo, y en virtud de su posición geográfica y el empeño de sus hijos, Manzanillo se ratificó como la ciudad de más rápido y sostenido crecimiento en los territorios que iban desde la cuenca del Cauto hasta el Cabo de la Cruz. Bayamo, en virtud de su condición mediterránea, una estructura productiva básicamente ganadera, la lejanía del puerto de embarque y el efecto de la guerra, se sumergía en un letargo que había comenzado mucho antes del estallido emancipador.

A pesar de que los años de tregua permitieron un crecimiento económico notable, azucarero fundamentalmente, los grandes problemas acumulados en más de 400 años de coloniaje no se habían resuelto, al contrario, una profunda agudización era evidente. Por otro lado, la incansable y ciclópea labor de Martí rendía sus frutos más altos cuando el manzanillero Bartolomé Masó Márquez era reconocido como el representante del Partido Revolucionario Cubano (PRC) en los territorios de las jurisdicciones de Manzanillo, Bayamo y Holguín. Varios sucesos así lo confirman. En primer lugar, el 24 de febrero de 1895, las figuras más notables del oriente

que se lanzan a la manigua redentora son el manzanillero Masó y el santiaguero Guillermo Moncada. Sobre el primero, teniendo en cuenta su condición de blanco, dirigieron los autonomistas y autoridades españolas sus esperanzas de hacerlo capitular, y en dos oportunidades, con entereza sin par, el manzanillero las rechazó; por ello Martí cree ver en él representado a los padres fundadores y con conocimiento de causa, amén de la coincidencia de ideas, desea sea en Manzanillo donde se celebre la reunión que dotaría a la revolución de un gobierno que fuera al mismo tiempo ala y raíz de la República. No por gusto, la mayoría de los hombres (cerca de 300) que escuchan entusiasmados el último discurso de Martí en el Gólgota cubano aquella mañana de Dos Ríos, eran capitaneados por Bartolomé Masó; quien, con su tropa, al llegar la noche anterior al lugar donde el padre espiritual de la nación escribía carta a Manuel Mercado, le hace levantar la pluma en una frase extraordinaria: “[...] porque hay afectos de muy delicada honestidad.”

La brega, dura y heroica, fue rematada con la intervención norteamericana, la cual, como acción militar más importante en los territorios de la actual provincia de Granma, bombardeó la ciudad en cuatro oportunidades y quizás, con marcada intención, tomó posesión del gobierno local el 10 de octubre de 1898, justamente 30 años después de La Demajagua. Tal vez por eso y no solo por ello —el veto a Bartolomé Masó como candidato presidencial debió haber influido también—, los años republicanos fueron en la urbe espacio propicio para la eclosión de tanto movimiento obrero y revolucionario conspicuo.

Si bien es cierto que la vida republicana no se redujo a la pelea y mejora humana social, en pocos lugares de Cuba como Manzanillo, la liza entre *los que aman y fundan* y *los que odian y deshacen* tuvo tan cálidos y subidos

tonos. Por ejemplo, en abril de 1906, un salmantino por casualidad, Agustín Martín Veloz, funda el Partido Socialista de Manzanillo, un año antes había creado la Federación Obrera y con estos instrumentos en las manos y el socialismo en el corazón, salió a romper lanzas por los obreros: la huelga del central Niquero en 1912, el Círculo Carlos Marx, el periódico *El Radical*, las detenciones, la cárcel y hasta la enajenación mental producto de tanto dolor físico y espiritual, son sobradas razones para que Martinillo — pionero del socialismo caribeño —, ostente un lugar en la memoria de los cubanos.

Contra el yanqui, libro escrito por el manzanillero Julio César Gandarilla y cuya estructura ideológica se ancla en José Martí, resulta el primer alegato de la nueva hornada de jóvenes patriotas contra el fariseísmo y la intromisión norteamericana, no por gusto el texto debió esperar el triunfo de la Revolución para ser reeditado.

Cuando en agosto de 1925 en La Habana se funda el Partido Comunista de Cuba, los manzanilleros no están por sí mismos pero sí en la figura de Julio Antonio Mella; quien los representó. Así pues, tanto hervor militante, comunista y revolucionario, no podía desembocar en otra cosa que en el diseño y preparación del Soviet de Mabay, experiencia dirigida por el Comité Regional del Partido Comunista radicado en la ciudad y que traspolaría al Nuevo Mundo la primera experiencia de un gobierno de obreros y campesinos.

Si bien es cierto que la circunstancia de la segunda conflagración mundial obligó a los Estados Unidos a cambiar su política del “Gran garrote” por la del “Nuevo Trato” (*New Deal*), el avance de las fuerzas progresistas no se debió solo a este hecho, sino a su constante puja y exigencia en el mejoramiento social, mientras las elecciones de 1940 demostraron cuan alto, cuan largo y cuan fuerte, había sido el avance de los comunistas manzanilleros, quienes lograron, pese a los prejuicios

hacia esta doctrina social, colocar en la poltrona alcaldicia al primer regente comunista de Cuba: Francisco Rosales Benítez (Paquito), aupado de tabaquero a alcalde.

El decurso histórico de la urbe está marcado de manera indeleble por el gesto inaugural, ya feliz, ya infeliz, y terminando la quinta década del siglo XX, en el marco de una guerra a la cual, por el modo de desarrollarse se llamó fría, la ciudad ve caer el 22 de enero de 1948, abatido por la espalda en la terminal de ferrocarriles, al líder obrero Jesús Menéndez Larrondo, quien no fue asesinado por negro o comunista; sino por alcanzar —en virtud del diferencial azucarero—, revertir por apenas dos años lo que es hoy práctica habitual entre los grandes centros de poder y los márgenes: el intercambio desigual.

Un año antes, el imberbe Fidel Castro, en gesto premonitorio, era fotografiado junto al bronce épico de la Demajagua mientras en su mano sostenía el badajo. Había venido a la ciudad, en compañía de Lionel Sotro, a buscar la campana que días atrás había sido negada por el Ayuntamiento al Ministro de Gobernación, Alejo Cosío del Pino y, como el címbalo histórico fue hurtado en la capital, Manzanillo se declaró en huelga y alzó cívica protesta obligando al gobierno de Grau San Martín a devolver a la ciudad y sus hijos una alhaja que nadie pudo arrebatarles.

La asonada militar del 10 de marzo de 1952 no solo coartó el curso democrático de la nación cubana; hizo algo más provechoso: desató la situación revolucionaria que permitió cambiar el sistema político, económico y social de la República porque la rebelión devino revolución y Manzanillo, junto con Santiago de Cuba, resultaron ser los baluartes más representativos de un movimiento que adquiriendo la denominación de “26 de Julio” condujo al 1ro de enero de 1959. Las palabras de Fidel Castro a los manzanilleros no dejan margen a dudas

sobre el papel de la ciudad y sus hijos en la consecución del hito más importante de América en el siglo XX: la Revolución cubana.

Me he reunido en numerosas ocasiones con la multitud; pero sin embargo, me faltaba un pueblo, me faltaba una multitud, me faltaba un lugar al que había tardado ya mucho en venir. Me faltaba un pueblo que, puede asegurarse, es el que más vinculado ha estado con la Sierra Maestra. Me faltaba el pueblo que, durante el primer año de guerra fue prácticamente el primer abastecedor. [...] El pueblo del cual nosotros estábamos seguros, porque cuando se trataba de huelgas, cuando se trataba de luchas, nosotros siempre contábamos que Manzanillo estaría presente.

[...] con la Revolución, Cuba entera debe estar agradecida de Manzanillo porque de Manzanillo salieron los primeros dineros para la Revolución, los primeros víveres, las primeras hamacas, los primeros zapatos, las primeras frazadas, las primeras medicinas y los primeros voluntarios [...].⁸

En los casi 50 años transcurridos desde 1959, Manzanillo ha seguido con su hábito tenaz de inaugurar —para bien o para mal—, además de estar, en primera fila, en los acontecimientos medulares de la ínsula. Por ejemplo, con la botadura del primer buque Sigma, salido del astillero local en enero de 1960, se inicia la marina mercante de la Revolución; durante los días difíciles de la Crisis de Octubre, en la finca “La Caridad” se establece un grupo coheteril soviético que aseguraba la defensa antiaérea de toda la zona y con la inauguración del muro en el Parque y Monumento Nacional “La Demajagua”, al cumplirse el Centenario de las guerras por la independencia, quedaba abierto el sendero a la arquitectura monumentaria de la Cuba en revolución. Más tarde,

cuando el siglo XXI ya tenía un año y medio, la primera Tribuna Abierta que dio continuidad a la Batalla de Ideas, después del regreso del niño Elián González al seno paterno y patrio, se realizó en Manzanillo; desde la misma —en el 2004—, Fidel Castro Ruz inauguró el Programa de Superación Integral para Jóvenes.

Los agregados o sustracciones geográficas de Manzanillo han formado parte de su evolución histórica y territorial. En 1912 Campechuela se separa y forma municipio, en 1916 le sigue Niquero y en 1927 Media Luna se suma a este último; a partir de aquí su estructura geopolítica quedaría intacta hasta 1976, cuando se produce una nueva división política que convierte en municipio, para bien de estos, a los barrios rurales de Yara y Zarzal.

La antes dicha división político-administrativa resultó ser un acierto y una necesidad en su época; por cuanto permitió un desarrollo más equilibrado de los territorios contribuyendo a combatir el adefesio heredado de la República. Casos como el de Cienfuegos —separado del gran “molote” que era Las Villas—, demuestran lo acertado de la decisión. Sin embargo, el desconocimiento del mandato histórico, del sentimiento de pertenecer, de las reales diferencias evolutivas entre las regiones y sobre todo, de la exaltada polémica que entonces se verificó, dio como resultado una estructura política y gubernativa fundida artificialmente, la cual posibilitó el crecimiento de Bayamo en detrimento de Manzanillo e hizo rodar a esta última cuesta abajo y hacia atrás. A completar la obra vino el *Período Especial* y la crisis económica que convirtió a Manzanillo en el lugar con mayor índice de desempleo en el país, y donde no se trabaja, no se genera riqueza... A pesar de ello, las decisiones centrales del Estado hicieron posible la creación de centros hospitalarios, educacionales, fabriles y de otra índole que, en su momento, ayudaron y aún ayudan a que la diferencia sea menos dañina.

A estas alturas de los acontecimientos, de los cambios ocurridos en Cuba y el mundo, una revisión del trazado geopolítico del país se impone. Mirar responsablemente sobre las deudas de 1976 es obligación, obrar con prudencia, justicia, conocimiento de causa y percibir con luz larga, es tarea de todos, no solo porque se desea, sino porque se necesita. Manzanillo y sus hijos lo demandan.

Carne y hueso

La Ciudad es relación biunívoca de contenido y continente, sin lo uno es imposible lo otro; empero, el primero modifica, transforma e incluso destruye, es pues, definitivo. Entre los hombres y mujeres nacidos en esta tierra o acunados por ella para siempre, más de uno logró hacer crecer, distinguir y respetar el continente.

Bartolomé de Jesús Masó y Márquez nació en Yara, pero hizo y se hizo en Manzanillo. Fue Vicepresidente y Presidente de la República en Armas y junto a dos de sus homólogos, Manuel de Jesús Calvar, Presidente en Baraguá, y Francisco Javier de Céspedes, hermano del Padrazo, descansa en el camposanto de la ciudad, convirtiendo a esta necrópolis en la única del país que guarda los restos de tres presidentes de la República en Armas.

El año 1844, conocido también como “del cuero” por la represión a la Conspiración de la escalera, es la fecha del alumbramiento de unos de los gramáticos más señalados del mundo americano: Rafael María de Merchán y Pérez, maestro, periodista, creador –según José Martí– del término “zigzag” y también patriota. Su trabajo titulado *Laboremus*, dio pie a la creación del vocablo “laborante” con el cual se distinguía a los cubanos que, en las ciudades de la isla o en el exterior, laboraban por la independencia patria. Fue representante del PRC en Colombia –país que lo adoptó como hijo suyo–, y se

desempeñó como el primer Embajador de Cuba en España y Francia, después de expulsado el león ibérico de estas playas.

No fueron pocos los extranjeros que dieron lustre a esta tierra. Francisco Becantini, italiano, después de decorar el teatro Reina Isabel en Santiago de Cuba, vino a Manzanillo, donde se radicó definitivamente y después de ornamentar los interiores del Coliseo manzanillero (1856), inauguró el primer salón de daguerrotipo, convirtiéndose así en el pionero de la fotografía en la ciudad. Su coterráneo, Jacinto Minielli, fundó en octubre de 1904 la Banda de conciertos, y sus restos, al igual que los del anterior, están sembrados en el cementerio local. Entre los nacidos en otras tierras y devenidos manzanilleros, el más distinguido fue, sin duda alguna, Modesto Arquímides Tirado Avilés, natural de Puerto Rico, Comandante del Ejército Libertador, amigo personal de José Martí, ayudante de campo de José Maceo, Secretario de despacho de Bartolomé Masó, primer Alcalde por elección popular en Manzanillo, hijo adoptivo suyo y su primer historiador en propiedad.

Entre los literatos la lista es abultada y eximia: las mujeres suman a América Betancourt, Calorta Lluch Casals y Elvira Fornaris; mientras la sola mención de José Manuel Poveda, renovador de la poesía cubana junto con Regino Botti y Agustín Acosta; Luis Felipe Rodríguez, quien lleva la sociología del campo cubano a la cuentística; y Manuel Navarro Luna, autor de *Surco* — primer libro de la vanguardia en Cuba —, servirían para conformar un parnaso de lujo.

Los músicos no se quedan atrás. Tal vez el más genial fue Carlos Borbolla, de quien dijo Alejo Carpentier en 1945: “[...] constituye el caso más extraordinario de la música cubana contemporánea. Todo es singular y digno de atención en este compositor, su formación, su trayectoria al margen de los itinerarios propuestos al artista criollo, su vida, sus actividades, su obra.” Diego Bonilla,

Rafael Caymari y Carlos Puebla, por su parte, cierran un ciclo que puede ser ampliado sin esfuerzo alguno hasta completar las dos decenas; pero basta decir del primero que, firmante del manifiesto del Grupo Minorista, obtiene con su violín las más favorables críticas por sus conciertos en Madrid, París y New York; el segundo, descendiente de mambises, es discípulo de Ernesto Lecuona; mientras el último, inmortalizando con su canto la figura del Che se ha ganado el título de “Cantor de la Revolución”.

A diferencia de los anteriores, los promotores y los pintores no fueron abundantes; sin embargo, su calidad trascendente excusa el reducido número; por cuanto, Juan Francisco Sariol, alma indiscutida de *Orto* y la Nochebuena martiana, colocó tan alto la condición de mecenas de la literatura, que justicia sería reconocer su nombre entre los grandes animadores de la cultura del país, mientras Julio Girona, poeta, luchador antifascista y pupilo de Massager, alcanzó —por derecho propio y obra—, un lugar en la historia de la pintura y el dibujo cubanos.

Intentar relacionar en estas páginas, ante el clamor de la verdad y la justicia histórica, a todos los que durante el siglo XX hicieron revolución en Manzanillo sería demasiado extenso; empero, imposible dejar de reseñar algunos nombres cuyo legado trasvasa, con creces, las fronteras regionales. Ya se han apuntado los nombre de Agustín Martín Veloz y de Francisco Rosales Benítez, díptico al que se suma Blas Roca Calderío, quien, dirigiendo el Partido Comunista de Cuba desde 1934 hasta el 1961, entrega la dirección de la organización a Fidel Castro Ruz en un acto de lucidez histórica. José Luis Tassende de las Muñecas ofrece su sangre generosa en los muros del Moncada, mientras Manuel Echevarría Martínez, Andrés Lujan Vázquez y Pedro Sotto Alba, cruzan el Golfo de México para llegar a Las Coloradas e iniciar la lucha armada. Por otro lado, la cercanía de la ciudad a los escenarios de combate, una tradición

histórica de lucha y la disposición de un gran número de sus hijos de ser libres o mártires en el empeño de ver a Cuba próspera y feliz, hizo posible y distinguido el aporte de los hijos de Manzanillo a la Revolución; por eso, René Vallejo Ortiz, Pedro Sotto Alba y Manuel Fajardo Rivero fueron comandantes; como también lo fue Felipe Guerra Matos; y la mujer, en la figura de Eugenia Verdecia —primera en llevar suministros al grupo guerrillero—, junto a la inmensa Celia Sánchez Manduley, dan a la gesta revolucionaria un toque de ternura, extraño y tremendo a la vez.

Muchos han sido y son los que aportan, y a otros tantos ya se les reconoce el mérito por Manzanillo y Cuba, ora desde la ciudad, ora desde cualquier parte de la isla y el mundo, pero es preciso que el tiempo decante, y como al buen vino, sedimento para que la vida y obra, en una futura mirada a esta cantera humana, rinda el provecho con que se asienta, cual mortero fortísimo, el edificio de la Patria.

Espíritu objetivado

Así definió Hegel la cultura, esencia perdurable y que califica, en el núcleo duro, la condición humana. Y a no dudar, en este campo las aportaciones manzanilleras son realmente distintivas. Véase.

Es la Ciudad y su región, junto a Santiago de Cuba y Guantánamo, zona clave para entender el Son, género cubano cuya sonoridad distingue la creación musical insular y que en virtud de magníficos instantes de osmosis y arrebató creativo, ha dado a la música cubana razones de orgullo y legítima autenticidad. El primero es el órgano, instrumento que tropicalizado y criollizado en estos predios por las familias Fornaris y Borbolla, ha impactado el modo de hacer música en varios lugares del oriente cubano, resultando ser la Original de Manzanillo, con

medio siglo de vida, una institución que, heredando del “señor de la música molida” y de la charanga francesa, ha devenido embajadora ilustre en cualquier parte o escenario del mundo.

La guitarra, maridaje de cuerdas y formas, en las manos de Raga, Benemelis, Codina y muchos más, acunó tanta trova que en diciembre de 1972, jóvenes de aquel entonces, protegidos y estimulados por “Yeyé” Santamaría, decidieron que en la ciudad se fundara el Movimiento de la Nueva Trova; la placa, colocada frente al gobierno de la urbe se deja leer, y recuerda el instante cuando Silvio Rodríguez, Noel Nicola, Sara González y otros artistas llegaron a la ciudad de Carlos Puebla quien, en versos exclamaba que prefería no haber nacido a nacer en otra parte que no fuera esta ciudad de mar, a la cual, el magnífico Benny Moré cantó e inmortalizó en riquísimo son montuno.

No nos equivocamos al afirmar que el mestizaje resulta ganancia neta de la cultura cubana, y es la religiosidad popular la zona donde con mayor nitidez se verifica tal mixtura rendidora. Un esquema religioso del país nos permite percibir en las provincias de Santiago de Cuba y Guantánamo la práctica de creencias de origen africano con profunda aportación haitiana, básicamente del vodú. En la capital del país y Matanzas, la práctica de las reglas yoruba y conga son notables, matizadas en los puntos de Regla y Guanabacoa, con la presencia de la fraternidad Abakuá; en Pinar del Río están los “acuáticos”, culto animista y singular de aquella región del país; mientras, en el valle del Cauto, con ramificaciones por toda la curvatura del Guacanayabo y centro en Manzanillo, está el Espiritismo de Cordón, práctica que es lícito definir como la más auténticamente cubana. Nacida en esta región, contiene trazas del baile areito de los aborígenes y propone una visión distinta de la relación entre la vida y la muerte. Adherida a los fundamentos del

cristianismo prístino, no es raro que se desparramara entre las capas más humildes propalando la paz, el amor y la justicia entre los hombres; no por gusto Martinillo, Paquito y Vallejo fueron espiritistas.

Con legítimo orgullo el teatro cubano declara a Francisco Covarrubías como su padre; por su parte, el Teatro Manzanillo, coliseo inaugurado en 1856, sostiene que el suyo es Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, quien, no solo transcribió de su puño y letra los papeles de la comedia *El arte de hacer fortuna* —pieza con la cual se inaugura la vida útil de la Institución—, sino que se desempeñó como Director de Escena y actuó en la misma obra, méritos suficientes para un “tablaó” que cuenta con 150 años de existencia, y si tales méritos iniciales parecieran insuficientes, se hablaría entonces de la presencia en su proscenio de Brindis de Salas, eximio violinista; Arquímides Pous, figura ejemplar del bufo cubano; Andrés Segovia, el mejor guitarrista clásico español del siglo XX; Alicia Alonso, diva de la danza cubana y mundial; Bracale, regio dramaturgo cubano y americano; Esperanza Iris, considerada en su época “emperatriz de la opereta”; Ernesto Lecuona, el más universal de los compositores cubanos; Pablo Neruda, dulce poeta universal, y una lista de figuras de talla mundial que convirtieron al Teatro Manzanillo en la plaza cultural más significativa de los territorios de la actual provincia Granma y uno de los más importantes del oriente cubano.

Alguien dijo que al principio solo era el verbo, de ser cierto, entonces Manzanillo estuvo en aquel inicio, y no solo porque desde 1857, cuando se publica el primer periódico, hasta que el rotativo *La Demajagua* deja de editarse en la ciudad para darle su gracia al periódico provincial. En la ciudad se editaron más de 120 diarios, interdiarios, semanarios, quincenarios y revistas; sino, porque hubo un Juan Francisco Sariol que prohijó, animó y convirtió la revista *Orto* en obra de valor imperecedero para la cultura cubana. Sus 45 años de existencia dieron vida y

lanzaron la literatura cubana allende los mares, amén de convertirse en medio de expresión del Grupo Literario de Manzanillo, cenáculo que propició la venida a estos lares de personalidades de renombre en el campo de las letras y las artes: Nicolás Guillén, poeta; Ramiro Guerra, historiador; y el pintor Carlos Enríquez, constituyen solo un minúsculo botón de muestra.

La arquitectura, definida como la ciencia y el arte de proyectar edificios, tiene en Manzanillo los exponentes más significativos y hermosos del eclecticismo granmense, también los más amenazados. Edificaciones de dos y tres plantas, con ménsulas, cariátides, balcones, columnas adosadas, miradores; en fin, toda una esplendente variedad de motivos arquitectónicos, hacen de estos edificios de la Perla del Guacanayabo los símbolos de una época de prosperidad y riqueza material que, volcados en dichas estructuras urbanas, hacían de la polis manzanillera una de las más vistosas de Cuba. Todavía hoy, y a pesar de los serios peligros que se ciernen sobre ellos, la ciudad tiene el mayor nivel de urbanización en toda la provincia; ello, sin duda alguna, no es por gusto.

Alguien definió al ron como el hijo alegre de la caña de azúcar, y aquí también Manzanillo ha puesto su grano de arena, mejor, su línea de Pinilla, apellido de un inmigrante español que venido de Zamora, en la actual Castilla y León legó para todos los tiempos una bebida ya centenaria, la cual, como otras de su misma estirpe alcohólica, distingue no solo la ciudad, sino, una tradición, un modo de ser, también de beber.

Pocas ciudades cubanas pueden ufanarse con legítimo orgullo —que no vanidad—, de poseer una tradición patriótica. Cuando el 27 de enero de 1953 los estudiantes bajaron de la colina universitaria por la calle de San Lázaro, hachón en mano, para ir hasta la Fragua Martiana, hacía tiempo ya que los manzanilleros, no con antorchas pero sí fuego en el corazón, recordaban aquel instante en el cual —del seno de una canaria—, nació el

más universal, trascendente y útil de los cubanos: José Martí. De la estatura sentidora de Juan Francisco Sariol brotó la idea de parangonar la vida y obra del Cristo con el redentor cubano, por eso decidieron llamar al homenaje, eclosionado el 27 de enero de 1926, Nochebuena Martiana, nombre que con el decursar del tiempo resultó modificada hasta ser reconocida hoy como Vigilia Martiana.

Calla el articulista pero no la pasión que le anima, por cuanto esta no le pertenece solo a él, sino a quienes han convivido, conviven y convivirán en la ciudad cuando los de hoy hayan partido; no importa que el efecto invernadero amenace con ponerla bajo las aguas de su eterno amante, el Golfo del Guacanayabo; hasta ese entonces, la ciudad y sus hijos seguirán soñando y trabajando, creando y sirviendo, riendo y llorando, viviendo y muriendo, con la inextinguible y profunda convicción que un día alumbró a ilustre novelista: “la muerte no es más que un cambio de misión”.

En Manzanillo de Cuba, 27 de mayo del 2008

Citas y notas

1. VARELA, FÉLIX: “Patriotismo”, en: *Miscelánea filosófica*, Ed. de la Universidad de La Habana, 1944, p. 236. El subrayado es nuestro.
2. MARTÍ, JOSÉ: *Obras completas*, t. 5, p. 468.
3. Medida itineraria equivalente en España a 5.572,7 metros.
4. PICHARDO, HORTENSIA: *Documentos para la historia de Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, segunda edición, p. 70.
5. Ídem.
6. La creciente que en 1616 dificultó la navegación hasta la Villa bayamesa por el río, motivó en gran medida que Manzanillo fuera su pórtico marítimo.
7. La carta que José Martí escribe a Félix Ruenes, jefe de Baracoa, el 27 de abril de 1895, así lo demuestra.
8. *Orientación. Diario Independiente*, Manzanillo, Cuba, miércoles 4 de febrero de 1959. Año 25, número 25.

Hombres

Bartolomé de Jesús Masó Márquez: otro padre de la Patria

Que la naturaleza le haya negado a Bartolomé de Jesús Masó Márquez la capacidad de engendrar y procrear la especie, no es razón para silenciarle al ilustre varón el título de *Padre*, en tanto no es la paternidad biológica, por lo menos en la especie humana, la más respetada y admirada; sino la espiritual, y en ese sentido el patricio manzanillero, nacido en Yara en 1830, se yergue como uno de los más distinguidos.

Con toda razón la historia ha encumbrado a Carlos Manuel de Céspedes con el honroso título de Padre de la Patria, más, no fue el gesto numantino de inmolar a su hijo antes que renunciar a la brega patriótica lo que lo colocó, con toda justicia, en tan admirable condición; sino el haber parteado una nación y en gesto fundador, reconocer el papel del negro en el proceso formativo de la nacionalidad cubana al darle la libertad a sus esclavos e invitarlos a pelear por la emancipación nacional.

Por omisión y no mala fe, los historiadores, no la historia, hablan del acto de redención de los esclavos en Demajagua como acción única del bayamés; sin embargo, omiten el hecho de que todos los hacendados, dueños de esclavos que aquel día lo acompañaban, le imitaron *ipso facto*, y Masó era uno de ellos. Así, al igual que el ilustre Carlos Manuel, Bartolomé comenzaba a asumir la paternidad de la nación por cuanto también había jurado solemnemente “vencer o morir antes que volver a ver hollado el suelo de la Patria por ninguna de las tiranías”.

Desde antes del instante épico de aquel 10 de octubre, ya la vocación patriótica de Masó era un hecho constatado

por los españoles, y prueba de ello es la desaprobación oficial para desempeñar el cargo de Regidor para el cual había sido elegido en 1860 junto a Céspedes y Joaquín Oro, pues las autoridades manzanilleras los tenían calificados como filibusteros.

Y aunque en la reunión celebrada en el Ranchón, el día 3 de octubre, resultó partidario de aplazar el movimiento revolucionario con el objeto de allegar recursos, no fue necesario llamarlo dos veces cuando el bronce épico del ingenio “Demajagua” tocó a rebato por la independencia patria. No en balde, tan pronto como el naciente Ejército Libertador hizo su primer rancho de campaña en Palmas Altas, lugar donde otrora se fundara la segunda Villa de Cuba (San Salvador) y se quemara en bárbaro escarmiento a Hatuey, Masó fue nombrado General, segundo jefe del Ejército, cargo aceptado condicionalmente por él hasta el momento en que otro patriota con algunos conocimientos militares lo sustituyera.

La Guerra Grande resultó crisol de cubanía, pero el Zanjón demostró que a la fragua le faltaba brasa. Los diez años de liza contemplaron a Masó en diversos empeños, ya civiles, ya militares, y el destino, indomeñable como siempre, le jugó más de una mala pasada. El 13 de octubre del 68 entregó la segunda jefatura militar a Luis Marcano, pasando entonces a ser Intendente de Hacienda hasta que en marzo de 1870, creyéndosele muerto, fue sustituido. Su esposa (Adela López Vila) también le creyó fenecido, y sin muchas averiguaciones —no era Penélope—, se casó con otro hombre. Esta afrenta, imposible de remediar pues el Código Civil español no contemplaba la disolución matrimonial, dio pie a un hermoso amor, puesto que la relación surgida entre Francisca (Panchita) Rivero y Bartolomé Masó devino acto de patriotismo y fidelidad indiscutida que ni la muerte derrotó, pues después de ido definitivamente el General, Panchita no unió sus destinos a ningún otro hombre y se

dedicó a vivir 45 años de soledad hasta que en 1952 la muerte nuevamente los unió.

A la guerra fue Masó con sus hermanos —Rafael e Isaías—, y la muerte dio cuenta de ellos. En 1872 era ya Coronel, y su vocación por la justicia y disciplina tuvo posibilidad de ejercitarse primero en la Cámara de Representantes, luego en Lagunas de Varona. En febrero de 1874 resultó electo diputado por Oriente, pero no tomó posesión de su cargo hasta enero del siguiente año, por hallarse lejos de la Cámara primero y después por estar la misma en receso. Su entrada al cuerpo de poder revolucionario estuvo antecedido por un discurso en el cual, si bien combatió toda “tendencia reformista, desordenada o fuera de las vías legales”, levantó ronchas pues se manifestó —ante los mismos que habían depuesto a Céspedes—, deplorando los sucesos que condujeron a la muerte del bayamés, y criticó, por exiguos, los votos que se necesitaban para deponer al presidente e indicó que el puesto de “[...] Diputado no debía ser vitalicio como estaba sucediendo, pues que una representación como todas las representaciones debían tener un término como lo tenía la 1^{ra} Magistratura de la República”.

Estos criterios expuestos por Masó le valieron la oposición de Manuel Sanguily en el ente legislativo y la injusta acusación de querer “remover al presidente Cisneros” y “a los miembros de la Cámara”. Para ello, dijeron, se valdría del Club Guá, organización surgida en Manzanillo y dirigida por él, cuyas intenciones tenían el mismo espíritu de las reuniones que había sostenido Luis Figueredo en la finca “El Mijjal”; sin embargo, la actitud de Masó ante la sedición de Lagunas de Varona echó por tierra cualquier imputación y puso de manifiesto el apego del manzanillero a la Ley y a la disciplina.

En abril de 1875, la Cámara comisionó a Masó con el objeto de conocer e informarse sobre lo que acontecía en Lagunas de Varona; mientras el presidente Cisneros se presentó en el lugar de los hechos acompañado solamente

del Vicesecretario de la guerra y su ayudante. En el lugar del pronunciamiento Masó comprobó, indignado, la manera inadecuada de solicitar reformas políticas y cuando Vicente García le dijo que se marchaba a otro lugar, dejándolo a él, a Cisneros y los otros dos acompañantes a merced del enemigo contestó: “[...] pues yo tomaré un fusil y al lado del Presidente de la República sabré cumplir con mi deber”. De retorno al seno de la Cámara relató lo acaecido y resueltamente pidió su dimisión, pues como él decía: “[...] no debía representar a un pueblo insurreccionado”.

A partir de este momento, todos los destinos ocupados por Bartolomé Masó fueron militares, y el 20 de octubre de 1877 el General Modesto Díaz remitía al Gobierno su hoja de servicios para el ascenso a brigadier.

El 10 de febrero de 1878 se transaba, y no a favor de Cuba, la Guerra Grande. Masó no estuvo en el Zanjón, tampoco en Baraguá —no aceptó la invitación de Maceo—; a pesar de ello, el no asistir a la Protesta no puede ser, en modo alguno, rasero para enjuiciar su vida y pensamiento, puesto que los hombres como los pueblos no se miden por sus horas de sumisión, sino por sus instantes de rebeldía; tanto es así, que al estallar la Guerra Chiquita y producto de una celada tendida por las autoridades locales, resultó detenido y deportado a España, sufriendo prisión en Melilla y Ceuta por el solo hecho de haber sido destacado hacedor de la Guerra de los Diez Años.

De vuelta a Cuba —Manzanillo específicamente— dedícase a restablecer su hacienda y todo intento por otorgarle la dirección del Partido Autonomista en la localidad es rechazado una y otra vez, mientras los ecos patrióticos tienen en él resonancia de clarinada; por ello, en plena efervescencia del Plan Gómez-Maceo, escribe a este último y le cuenta de cartas de José y Flor donde le hablan de la marcha satisfactoria de “nuestra empresa revolucionaria”. Luego del fracaso del Plan, los vínculos con el santiaguero no se perdieron. Cuando en julio de

1890 iba de La Habana hacia Santiago, y el barco hizo escala en Manzanillo, Maceo quiso visitar la Ciudad, los predios en los cuales había estado cuando atacó la plaza; pero sobre todo: hablar con Masó; este, hallado en su finca La Jagüita, oyó, calmado y comprometido, los pormenores de la próxima intentona revolucionaria que, pergeñada por Maceo debía estallar a fines de año, la cual, abortada con la expulsión de Cuba de su preparador, ingresó en los anales de la historiografía cubana con el nombre de la Paz del Manganeso. Y tan cierto resultó el compromiso del manzanillero en esta ocasión que el día 5 de agosto, al celebrarse en casa del patriota santiaguero Urbano Sánchez Echavarría la reunión para ultimar los detalles del alzamiento que debía producirse el 8 de septiembre, allí estuvo, en representación de sus coterráneos, el delegado de Manzanillo.

La genialidad martiana de crear una organización para preparar y desatar la guerra tuvo en el oriente de la Isla —de manera especial en Manzanillo—, una figura indiscutida: Bartolomé Masó. Eficientísimo fue su esfuerzo, preciso el modo, distintivo el proceder en la preparación de la campaña, y todo, con gozo indisimulado, reconocido por Martí el 25 de junio de 1894, cuando escribe a Máximo Gómez: “Y de Manzanillo tuve especiales informes [...] En Calicito está Bartolomé Masó y dicen que aquello es un sigiloso hervidero [...]”. Al terminar la misiva asevera: “Creo muy de veras llegada nuestra hora”. Ese mismo día —en hora de la madrugada—, culmina dos cartas, una para Maceo, otra para Flor. En la primera, después de describir el hacer de los patriotas acota al final del primer párrafo: “Es la situación felizmente madura para lo que enseguida vamos a crear”, cerrando sus apreciaciones en otro bloque de palabras del modo siguiente: “Pero yo, que no uso vendas, gozaba —a pesar de mi cautela—, en ver las muestras fervientes de la preparación absoluta de toda aquella comarca”. En la epístola, brevísima, dirigida a Flor le dice “[...]”

—y excelentes y seguras—, pero admirables noticias de oriente, principalmente de Manzanillo”.

El 24 de febrero de 1895, por propia vocación, los cubanos van de nuevo a la gloria y al cadalso y los manzanilleros, con Masó a la cabeza en Bayate, gritaron al instante: Independencia o Muerte. Estéril sería tratar de determinar prominencias a los distintos alzamientos, por cuanto la Patria —en sus hijos representada— estuvo de fiesta (y no porque fuera día de carnaval), en La Confianza, El Cobre, La Lombriz, Baire, Barranca, Holguín, Ibarra, Sagua y otros sitios. Si algún mérito tuvieron los hombres de Bayate no fue precisamente estar en zafarrancho de combate desde el día 22, sino, la entereza del hombre que los condujo y el absoluto respeto a las ideas promulgadas por el PRC, en tanto, las dos proclamas hechas por Masó ese día, una a los cubanos, otra a los españoles, abogaban por la independencia absoluta y la guerra contra el dominio colonial, no contra el español. Pero si digno de encomio es Bartolomé Masó por alzarse en armas dejando tras de sí fortuna y vida cómoda, para enfrentar padecimientos y rigores (tenía 65 años, una dolencia hepática que en ocasiones le impedía montar a caballo, y una fortuna de 50 000 pesos oro con más de 120 caballerías de tierra); lo es más por rechazar, con decoro acerado, propuestas que no llevaban por presupuesto la independencia de Cuba. En La Odiosa, el 6 de marzo de 1895, rehusó las peticiones de Herminio Leyva —delegado de la Junta Central Autonomista—, dando por terminada la entrevista con esta afirmación categórica: “[...] con la dignidad nos basta”; al día siguiente repele, con igual energía, las peticiones del expresidente Juan Bautista Spotorno, quien, gracias a la hidalguía del hombre que tenía enfrente, no sufrió el peso del decreto firmado por él mismo (Decreto Spotorno), que en la Guerra Grande le había costado la vida a Esteban Varona.

Entre las grandes preocupaciones traídas por Martí a Cuba está la de conformar el gobierno que daría forma política al empeño emancipador, también raíz y ala a la República. Todavía resonaban en los oídos martianos los informes de junio del 94 sobre la preparación de la contienda en la comarca manzanillera; a ello se unía, ahora, el conocimiento del “patriotismo inflexible” con que el General Masó había fijado “el carácter de la guerra” y la petición casi urgente de crear gobierno hecho por el General al Maestro en carta leída de seguro más de una vez y que debió haber recibido este último en Santo Domingo; por todo ello, y teniendo en cuenta que al llegar a la jurisdicción manzanillera ya el Apóstol hubiera podido haber conversado y convencido sobre la manera óptima de levantar gobierno —equilibrando ejército y país—, escribe a Félix Ruenes, jefe baracoense, el 26 de abril diciéndole que envíe “[...] enseguida a Manzanillo, adonde a la fecha se halle el general Bartolomé Masó, el representante que los cubanos revolucionarios de Baracoa envíen a la Asamblea de Delegados que allí se reunirá [...]”; sin embargo, el encontronazo con Maceo en La Mejorana le hará a Martí variar de planes, quiere seguir entonces al Camagüey en busca del espaldarazo del Marqués para su esfuerzo político, puesto que el Titán cree innecesario, ahora, la conformación del gobierno; no obstante, para Martí, ver y hablar con Masó es “[...] justicia, utilidad pública, satisfacción de afecto [...]” porque en él ve “[...] enteras las abnegación y la república de nuestros primeros *padres*”, “y la energía moral que cerró el paso a las debilidades, y al impúdico consejo [...]”

Por su parte, Bartolomé Masó deseaba también encontrarse con su “[...] distinguido compatriota y amigo”, y el 16 de mayo, sobre su caballo, en breve y sentida nota le confiesa: “[...] tendré el gusto de abrazarlo con toda la efusión de mi alma”. El 18 de mayo, en horas de la noche,

llega Masó a La Bija, y allí, a la luz de un candil, hablan dos padres. Departen sobre la guerra, el modo de hacerla más rápida, de Cuba Libre, la hija que ambos buscan concebir. Y el 19 de mayo, después de escuchar estremecido el discurso tal vez más divino de la historia de Cuba y abrazar con lágrimas en los ojos a José Martí, Masó acompaña a su amigo al combate.

Bibliografía mínima

1. CARTAYA LÓPEZ, GABRIEL: *La formación del Gobierno en el desvelo de campaña de José Martí*, Inédito, 1994.
2. FIGUEREDO, FERNANDO: *La revolución de Yara*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1969.
3. GANDARILLA, JULIO CÉSAR: *Contra el yanqui*, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouzá y Ca., La Habana, 1913.
4. MARTÍ, JOSÉ: *Epistolario*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1993.
5. PÉREZ LANDA, RUFINO: *Bartolomé Masó Márquez. Estudio biográfico documentado*, Academia de la Historia, La Habana, 1947.

Rafael María Merchán y Pérez. Desconocido, por ello olvidado

Para la mayoría de los manzanilleros, la palabra Merchán no pasa de ser el nombre de una calle en la ciudad, incluso, muchos desconocen si el apellido refiere a un hombre o a una mujer; y resulta lamentable, pues Rafael María Merchán y Pérez tiene un sitio, sin duda alguna, entre lo que más vale y brilla de la cultura cubana.

Nacido en Manzanillo en 1844, exactamente el 2 de noviembre, en una humilde casa de mamposterías y tejas — frente al actual correo de la ciudad —, representa una de las cumbres de las letras hispanoamericanas del siglo XIX, por cuanto es considerado, junto a los colombianos Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, uno de los mejores gramáticos del Nuevo Mundo.¹ Hijo de Encarnación Pérez (bayamesa) y Manuel Merchán (médico colombiano), cursó las primeras letras en su ciudad natal, y la inclinación por ellas púsose de manifiesto tempranamente cuando aún sin cumplir los veinte años, hizo sus primeras colaboraciones en el *Eco de Manzanillo*.

En 1869, la determinación familiar lo llevó a Santiago de Cuba para iniciar estudios religiosos; mientras su aplicación le permitía alcanzar las cuatro órdenes menores: ostiario, lector, acólito y exorcista. Todavía en 1864 continuaba los mencionados estudios, pues cuando en agosto de ese año muere la madre de Carlos Manuel de Céspedes, el seminarista Merchán, junto al vicario Tomás Felipe y el teniente cura coadjutor Antonio Hernández, acompañaron como autoridades eclesiásticas el cadáver de la madre del futuro Padre de la Patria.

Abandonados los estudios religiosos entre 1865 y 1866 retorna a sus predios natales, agregando ahora al periodismo otro noble oficio: el magisterio; mas, como el enrarecido ambiente pueblerino parecía asfixiarlo, decide emigrar hacia La Habana, donde le vemos ya en 1867 ejerciendo como maestro en el colegio "Santo Tomás". Allí dio muestras de altos vuelos pedagógicos, cuando en artículos de prensa se pronunció en contra del castigo corporal como medio de enseñanza; sin embargo, no sería definitivamente el aula su ambiente natural, sino la prensa.

El periodismo, para él, no fue solo un medio para ganar el sustento o acceder al pináculo de la fama, fue recia herramienta en la lucha por contribuir al mejoramiento humano y a la independencia de Cuba; tanto es así, que el 15 de noviembre de 1868, escasamente 46 días después de haber comenzado la Revolución de La Demajagua, escribe su inmortal artículo "Laboremus", donde con maestría, genialidad estilística y filosófica, burla la censura española e invita a laborar por la causa cubana; a partir de ese instante, a todos los que en Cuba (sobre todo en las ciudades), o fuera de ella, conspiraban por la independencia patria se les llamó laborantes. Siguió escribiendo, mejor, peleando, en las páginas de *La Verdad*, de Néstor Ponce de León y al año siguiente fundó y dirigió *El Tribuno*, bisemanario del cual salieron 5 números y en el que se hacían radicales aseveraciones: "[...] Debe hablarse bien claro: ser republicano no es un delito. Ser independiente tampoco lo es. Ni menos el desear lo uno y lo otro para la patria". Para Merchán, pensar y obrar así no era un delito; pero para España era un crimen; así pues, tales profesiones de fe le obligaron a tomar el camino del exilio.

En Estados Unidos continúa trabajando por la independencia patria y en el rotativo *La Revolución* escribe, en réplica a un artículo de *The Times*, lo que sin temor a equivocarnos podría calificarse como la primera vindi-

cación de Cuba ante el sempiterno vilipendio de los norteños hacia el pueblo cubano.

La nueva ruta migratoria lo lleva a Francia; allí escribe en varios periódicos; entra en contacto con Francisco Frías y Jacob, conde de Pozos Dulces, y ayuda a José Antonio Saco con el suministro de información a que el bayamés dé cuerpo a su monumental obra *Historia de la esclavitud*.

Para 1874 se le encuentra en Colombia, allí hace carrera, también familia. Abraza el autonomismo, pero cuando la clarinada de febrero 24 retumba en sus oídos, de nuevo se coloca al lado de las filas independentistas, resultando su libro *Cuba: justificación de sus Guerras de Independencia*, el mejor alegato escrito en nombre del sacrificio y la gloria de Cuba, texto por cierto, poco leído y peor estudiado. Al estallar la guerra es el delegado del PRC en Colombia hasta la terminación de la misma, momento en el cual se le honra con la condición de delegado a la Asamblea de Representantes de Santa Cruz del Sur, Marianao y el Cerro, representación rechazada al igual que una plaza de Catedrático en la Universidad de La Habana.

Al inaugurarse la República viene a Cuba; llega a Manzanillo, visita por última vez sus predios natales y Tomás Estrada Palma lo nombra Embajador Plenipotenciario de Cuba en España y Francia, cargos que ocupa hasta que la locura le arranca la razón. Muere en Colombia, su segunda patria, el 19 de marzo de 1905.

El agradecimiento a su labor en la formación de la nación fue hecho con bastante prontitud por sus coetáneos. El 21 de diciembre de 1898, el Ayuntamiento de la Ciudad le cambia el nombre a la calle Valcourt por el de Rafael María Merchán y 27 años después; o sea, el 20 de mayo de 1925, se inauguró en la esquina del parque Céspedes, en la intersección de las calles Maceo y Merchán, una estatua en justo homenaje al ilustre hijo de Manzanillo; también, ese mismo día se erigieron las otras estatuas que, como guardianes, orlan las esquinas

de nuestra plaza mayor. Ya antes, en 1922, en sentido homenaje, organizado por ese distinguidísimo manzanillero que fue Rogelio González Ricardo, se había colocado una placa en la casa donde había nacido nuestro Merchán; luego, la placa se cambió siendo hoy visible y legible si alzamos un poco la vista, también el corazón.

Nota:

1. Según José Martí, Merchán fue el creador del término “zigzag”.

Modesto Arquímedes Tirado y Avilés: un ilustre puertorriqueño

En la ciudad borinqueña de Ponce, el 8 de octubre de 1866, nació Modesto Arquímedes Tirado Avilés, quien más tarde, como muchos de sus compatriotas, amalgamaría en la ruta de la independencia las dos alas de un mismo pájaro: Cuba y Puerto Rico. La pérdida de su madre, que prontamente lo sume en la orfandad, conduce su destino a manos del señor Rafael Otero, residente en Humacao, honrado español y jefe de respetable familia, mas no por mucho tiempo, pues tras breve lapso fue retornado a su Ponce natal donde residía su padrino, el notable jurisconsulto José Joaquín Vargas, jefe del Partido Liberal; quien pondría ahínco en ofrecerle copiosa educación y a manera de pasatiempo lo coloca en una imprenta, hecho este trascendental en tanto marcaría indeleblemente su vida y acción.¹

Entre los jóvenes detenidos el 12 de agosto de 1886, acusados de conspirar contra el Gobierno español y el General Romualdo Palacios, encontrábase Modesto Tirado; sin embargo, la intervención de su maestro de escuela logra excarcelarlo bajo la condición de abandonar el país en el primer barco que zarpara. Se iniciaba así un periplo que como a todo desterrado signaría por siempre.

La primera escala del buque fue en Curazao, luego la Guaira en Venezuela, desde donde partió Tirado hacia Santo Domingo, República Dominicana, ubicándose allí en un ingenio de San Pedro de Macoris. Este ambiente poco propicio para él, fue el motivo por el cual emprendería una nueva ruta migratoria, después de haber reunido dinero suficiente, que lo conduciría a Nueva York.²

Su carta de presentación en la ampulosa urbe es el noble oficio de tipógrafo. Inmediatamente busca trabajo y lo consigue en una imprenta, además de relacionarse con varios paisanos. En 1888 ya trabajaba en el periódico *El Porvenir*, y sobre él testimoniaría Enrique Trujillo, director del rotativo.

[...] lo conocimos en 1888, y desde entonces trabajó a nuestro lado. Retraído, silencioso, le pesaba la ausencia de la Patria. Sólo se le veía plácido y contento cuando se hablaba de la guerra de Cuba —que conocía en sus menores detalles—, y se hacía referencia a sus héroes y mártires. El pensó también en serlo. Su jornal, que era muy crecido ¿?, lo distribuía entre clubs patrióticos de que era miembro y entre sus paisanos pobres... Anatematizaba a sus paisanos españolizantes y en el fondo de su alma nada había más amado que el pedazo de tierra que nombran Borinquen. Huía de todas las reuniones sociales, aunque se le citaba, sólo asistía a las políticas.

En la emigración hispanoamericana de Nueva York, se llegó a considerar a Tirado como un carácter y un corazón.³

En la conformación definitiva de la actitud de Tirado para con Cuba y su causa, la relación con José Martí desempeñaría, sin duda alguna, un papel preponderante. El borinqueño tiene noticias del Apóstol de la independencia cubana estando en Santo Domingo; y es la prosa modernista, esa nueva manera de decir en las letras hispanoamericanas inaugurada por Martí, la que por vez primera impacta a Tirado. No obstante, la militancia incondicional no le llega hasta después de haber escuchado con fruición su verbo el 10 de octubre de 1888, cuando en el *Masonic Hall* de Nueva York el padre de la dignidad cubana pronuncia un discurso en homenaje al

inicio de la Guerra Grande. A partir de aquí y como el mismo Tirado declara fue “[...] un creyente fanático más del evangelio que predicaba aquel orador [...]”.⁴

El puertorriqueño no resultó ser solo hermano de causa de Martí —ya bastante—, fue además discípulo y por encima de todo, enriqueció entre ambos la majestuosa condición de la amistad. Como alumno suyo lo fue en los predios de La Liga, Sociedad Protectora de Instrucción, donde Martí ofrecía por las noches clases a un grupo de jóvenes, cuestión que indudablemente contribuyó a enriquecer su acervo cultural, sin desdeñar en modo alguno la previa vocación autodidacta, pasión conducente a su único vicio: la lectura.

El aprecio mutuo y una amistad edificada sobre bases sólidas, fue la razón por la cual Martí aceptó que Tirado, Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada sirvieran de emisarios entre Enrique Trujillo y él, para obtener respuesta sobre el enojoso incidente de la salida de Carmen Zayas Bazán y su hijo hacia Cuba sin el conocimiento del Apóstol; y fue Tirado, quien retardando la publicación de una carta en Nueva York —ya pública en La Habana— en la cual Enrique Collazo atacaba a Martí, hizo posible que en la norteña ciudad se conocieran al mismo tiempo la misiva y la respuesta martianas, evitando así las murmuraciones y comidillas de enemigos y traidores.⁵

Trabajó con afán Modesto Tirado en Nueva York. Escribió en varios periódicos y el dominio de la tipografía, en especial del oficio de cajista, lo hicieron acreedor de merecidos elogios, de su persona en este sentido dijo Martí: “De manos del puertorriqueño Modesto Tirado, hombre generoso y *artista de la imprenta* ha salido con la cubierta azul, el libro nuevo de Rafael Serra”.⁶

En 1890 ingresó en el club Los Independientes, que presidía Juan Fraga; y en 1892 fue nombrado tesorero del club Borinquen, de puertorriqueños residentes en la urbe del río Hudson. Anteriormente, había acompañado a Martí en numerosas actividades previas a la creación

del Partido Revolucionario Cubano, y en el frugal banquete ofrecido en Nueva York para celebrar el acontecimiento de haber establecido las bases del mismo, Tirado pronunció un breve discurso y brindó por su fundador.

El 24 de febrero de 1895 se iniciaba la gesta independentista preparada con maestría por José Martí, y Tirado, resuelto y ansioso, le declara a Trujillo: "Si no salgo en la primera expedición de Nueva York, me voy a Cuba solo. He parado mucho plomo y ahora quiero derretirlo"⁷. Y efectivamente lo derritió. El 19 de agosto de 1895 desembarca en Nibujón, ensenada de Taco-Taco, cerca de Baracoa; había venido en el vapor "León", que condujo la expedición comandada por Francisco Sánchez Echevarría. Días después, el 23, incorporado a las fuerzas del Coronel Félix Ruenes, recibe su bautismo de fuego en El Naranjal, sosteniendo combate con las fuerzas españolas destacadas en Baracoa y una nutrida guerrilla de aquella comarca.⁸

Su paso por la contienda libertadora se enrumba fundamentalmente a la labor organizativa y al ejercicio de la mente y la pluma en los campos de Cuba Libre. A pesar de ello, cuando poco después del desembarco decide quedarse al lado de José Maceo y en octubre es nombrado subteniente, ayudante del General, este último —guerrero de los mejores— apreciando altamente sus servicios escribe a Tomás Estrada Palma: "Habrá expedicionarios que valgan tanto como Tirado, pero ninguno más que él".⁹ El 6 de enero de 1896 fue nombrado teniente, y el 30 de agosto del mismo año designado Secretario del Gobierno Civil de Oriente.

El intento de organizar una expedición en Cuba para iniciar la revolución en Puerto Rico, presentado por José Lacret Morlot al Consejo de Gobierno de la República en Armas, con fecha 13 de agosto de 1897, sumó entre los más activos y decididos militantes a Modesto Tirado; empero, el fracaso del proyecto impediría a este y a sus

conmilitones probar la suerte de las armas en la lucha por la liberación borinqueña.¹⁰

Con la pluma impidió Tirado que el fragor de la campaña y el olvido ensombrecedor, hollaran la creación artística y la verdad de la causa cubana. Así, en noviembre de 1897, prologa un folleto editado en los campos de Cuba Libre, que contenía las últimas composiciones poéticas de su compañero de armas y compatriota, caído en combate, Francisco González Marín, natural de Arecibo.¹¹

En este mismo orden, la manigua contempla a Tirado como corresponsal del periódico *El Porvenir*, y las crónicas de guerra hechas al respiro de la lid, fueron ilustrando al lector de la emigración sobre el acontecer mambí, y constituyeron a su vez un valioso legado factual que, recopilado en los años de la República bajo el título de *Apuntes de un corresponsal*, resultan un material no soslayable para vertebrar la historia aún por hacer de la campaña del 95. Cúpole también a Tirado la honra de encontrarse entre los redactores de *El Cubano Libre*, periódico refundado en la manigua por Antonio Maceo Grajales, que ponderado altamente por el General sería calificado como la artillería de la revolución.¹²

El año de 1897 marca su ascenso a comandante de Estado Mayor, ya que desde antes ostentaba el grado de capitán. Después de la Asamblea de La Yaya es nombrado Jefe de Despacho de la Presidencia, y este cargo representó un jalón más en su ascensión por los peldaños del mejoramiento humano; en tanto de Bartolomé Masó Márquez aprendió a respetar, “[...] sobre todas las cosas, los derechos inalienables del ciudadano. Y a ser tolerante que era la virtud mayor, entre las muchas que poseía tan gran patriota”.¹³

Al término de la guerra y más exactamente en noviembre de 1898, entre los oficiales que acompañan a Masó hasta Manzanillo estaba Tirado. Era esta la primera ciudad visitada por el puertorriqueño desde su llegada a

Cuba, siendo tal el influjo ejercido por ella sobre él, que definitivamente quedó atado a sus predios hasta el momento de su deceso.

Aún sin reposar las fatigas de la guerra, partió hacia La Habana a continuar su labor como representante del Segundo Cuerpo del Ejército Libertador en la Asamblea del Cerro, que reinició sus sesiones el día 15 de febrero de 1899, registrándose su elección como secretario de la misma al día siguiente. Cuando en abril la Asamblea se disuelve ya Tirado era corresponsal del diario *La Discusión*, de Manuel M. Coronado, reaparecido el 1ro de enero de 1899, rotativo en el cual se desempeñó como reportero.

De vuelta a Manzanillo y detentando el cargo de Jefe de la Subalterna Hacienda de Manzanillo, contrae nupcias con Rita Masó Toledano en agosto de 1899, pero el infausto destino arranca de sus costales la compañera entregándola a los brazos de la muerte; como consuelo le dejaría su primer hijo: Guillermo Tirado Masó.

Es elegido Alcalde municipal por espacio de un año en 1900, desechando luego la proposición para un nuevo mandato. De su probidad administrativa dejaron constancia los periódicos de la época y el saldo de los fondos públicos, pues al entrar encontró en las arcas municipales \$ 262.92 y al entregar, el saldo ascendía a \$ 2 184.59, después de haber cubierto todas las atenciones del año económico y tener invertidos \$ 9 942.17 en obras públicas subastadas. Dejó constancia de su administración en un libro publicado al respecto.¹⁴

En enero de 1902 celebra matrimonio por segunda vez, con María Luz Georgina García, rindiendo esta unión el fruto de sus otros dos hijos: Modesto Tirado García y María de la Luz Tirado García. Ese mismo año es nombrado Inspector Especial de Aduanas para toda la República, desempeñándose como tal hasta 1906, cuando renunció a petición de los gerentes de la importante casa naviera local Godwall Maceo y Co., donde fue nombrado

apoderado general y director de los negocios de la firma hasta 1930, momento en que la quiebra de la Sociedad lo obliga a vivir de humildes comisiones. En el desempeño de este puesto dejó don Modesto, como se le llamó desde entonces, una impronta de honestidad, tacto y hombría de bien. Los empleados actuantes bajo sus órdenes conocieron su inflexible tenacidad para el trabajo y la tolerancia infinita para sus subalternos a los cuales trató con afectuosidad benévola.¹⁵

Fue don Modesto fundador del Partido Liberal en Manzanillo y apoyó decididamente a Bartolomé Masó Márquez, la opción más patriótica de los cubanos después de terminada la Guerra del 95 para ejercer la primera magistratura de la nación. A diferencia de “generales y doctores”, no buscó el sendero arribista que los convirtió en terratenientes, grandes propietarios de inmuebles, representantes de compañías norteamericanas o politicastros que hacían en el Capitolio la segunda zafra de Cuba.

Pueden imputársele y es una mácula en su vida, los vínculos establecidos con el dictador Gerardo Machado Morales, en tanto 1928 es el año de su elección como compromisario presidencial y en 1931 compromisario senatorial; sin embargo, esta actitud que no pasó de tales nombramientos, en modo alguno menguan la labor y obra de un hombre que, a principios de los años 40 y a tenor de la división acaecida en el seno de los veteranos manzanilleros por acusaciones contra el Secretario General del Partido Comunista, aboga por la unión entre todos los libertadores y considera anacrónico que el pensamiento o militancia política de los mismos determine su inclusión o no dentro de las filas que los agrupaban; y a pesar de no haber oído las palabras ofensivas que se decía había espetado Blas Roca, contra los antiguos combatientes de la libertad, lo creía incapaz de injuriar a los compañeros de Martí, Gómez y Maceo, dejando

constancia de ello ante los investigadores que comisionó la Cámara de representantes para dilucidar el problema.¹⁶

No olvidó don Modesto por momento alguno, su pertenencia a los que con la pluma van delineando el pasado, y su esfuerzo historiográfico arrojó tres tomos titulados *Efemérides de Manzanillo*, los cuales lastimosamente aún permanecen inéditos en Cuba. En ellos, sin la tradicional metodología científica, pero sí con la precisión por el detalle, tratando de no obviar la cotidianidad y utilizando de manera peculiar la extemporaneidad y la retrospectiva en el discurso histórico, va dibujando la evolución de Manzanillo desde sus inicios hasta que en los años 40 del siglo XX, el primer alcalde comunista de la ínsula, decide en la ciudad no prorrogar a la Compañía Eléctrica la explotación del acueducto y lo pasa a dominio del pueblo.¹⁷ Puede Tirado clasificarse también, como un promotor verbal del pretérito, pues durante las series de conferencias y discursos organizados y dirigidos por la revista *Orto* alrededor de la cual se aunaba el Grupo Literario de Manzanillo, encontrábase don Modesto, quien con la autoridad de haber vivido la epopeya y conocer a muchos de sus edificadores, disertó en más de una ocasión refiriéndose con carácter especial al Apóstol.

Respetado y admirado por todos, recibió el borinqueño las más altas muestras de cariño por parte de Cuba y Manzanillo. En 1942 la Sociedad de Geografía e Historia de Oriente lo proclama Presidente de Honor y le extiende un pergamino en reconocimiento a sus “grandes méritos como combatiente en nuestra epopeya libertadora, como escritor de recia envergadura y como notable historiador”. Al año siguiente y a iniciativa del Club de Leones, el Ayuntamiento lo declara Hijo Adoptivo de Manzanillo, mientras la revista *Orto* le dedica íntegramente las páginas correspondientes a los números de marzo y abril. Como colofón, en 1944, el Presidente de la República le

confiere el título de Comendador de la Orden Nacional de Mérito Carlos Manuel de Céspedes.¹⁸

Con clara conciencia de pertenencia, no olvidó nunca el lugar de donde había venido, trasmitiéndole a sus hijos el amor a la tierra por la cual sintió una profunda devoción y respeto. Conservó y leyó muchos libros sobre la historia de Puerto Rico, manteniéndose muy al tanto de la lucha desarrollada por los independentistas y especialmente de los sucesos que llevaron a la cárcel en los Estados Unidos a Pedro Albizu Campos, sobre quien acotó: "Ha templado su espíritu batallador en los crisoles de las privaciones y el renunciamiento personal".¹⁹

Y cuando a las 2:00 a.m, del 7 de enero de 1952, fallecía en Manzanillo aquel hombre que algún día un periodista señaló como reliquia humana, cerrábase un capítulo más en nombre de la libertad; pues bien, muy bien aprendió Tirado, que Patria es humanidad, y su vida y obra, ligadas al destino de Cuba como si fuera el de su Puerto Rico natal, así lo rubricaron.

A manera de epílogo

La memoria, esa que con paso martillante nos va diciendo quiénes somos, es razón suficiente para invocar en cualquier recodo del camino; por eso, ya desde antes de la Revolución, una calle de Manzanillo lleva el nombre de Modesto Tirado. Después de enero de 1959, la gratitud se ha agigantado. Una escuela y el Archivo Histórico Municipal, llevan también el nombre del benemérito puertorriqueño, eso sin contar la develación de la placa que con fecha 7 de octubre de 1976, señala el lugar donde falleció. Más, algo mucho mayor había que hacer, y fue hecho; un pequeño parque, construido frente al cine principal de la ciudad y no muy lejano de donde la alegría de los niños se confunde con el mar, el sol y la esperanza, tiene en su centro dos bustos: uno es de Martí, el otro, de Tirado.

Citas y notas

1. La imprenta donde aprende el oficio de tipógrafo era propiedad del periodista don Ramón Marín, regentada por Sotero Figueroa. A.H.M.¹ Carpeta No. 1.
2. Este episodio, o sea, el de su detención, no es señalado por Enrique Trujillo en su artículo: “Modesto Tirado A. Tirado”, publicado en *Bohemia*. Aduce el autor sobre su salida de Puerto Rico, las menguadas posibilidades financieras y el quebrantado estado de salud de su padrino que al no poderle dar brillante carrera a su protegido, lo compulsa a buscar nuevos horizontes fuera de su tierra. A.H.M. Carpeta No. 1.
3. A.H.M. Carpeta No. 1.
4. TIRADO AVILÉS, MODESTO A.: “Vacilaciones”, en: *Bimestre Cubana*, Volumen XXXII, No. noviembre-diciembre, 1933, p. 227.
5. Ídem., pp. 229 y 231.
6. El subrayado es nuestro.
7. A.H.M., Carpeta No. 1.
8. TIRADO AVILÉS, MODESTO A.: *Apuntes de un corresponsal: guerra de independencia*, Molina y Co., La Habana, 1942, Volumen 1, pp. 13 y 16.
9. A.H.M., Carpeta No. 1.
10. TIRADO AVILÉS, MODESTO A.: *Apuntes...* Ob. cit., pp. 167 y 168.
11. Después, en 1943, la imprenta *El Arte* de Juan Francisco Sariol, reeditó estos poemas a los que Tirado añadió el poemario *Romances*, publicado por Marín en 1892 en Nueva York. En esta ocasión el texto se intituló *En la arena*. *Ibíd.*, p. 164.
12. A.H.M., Carpeta No. 1.
13. Ídem.
14. Ídem.
15. Ídem.
16. POLLÁN, EDUARDO J.: *Don Modesto Tirado: reliquia humana*, Editorial Masó, Manzanillo, 1943.
17. En el Archivo Histórico de Manzanillo se encuentran los tres tomos, mecanografiados, escritos por Tirado, los cuales constituyen para la Ciudad y los estudiosos de su historia una joya historiográfica.
18. Revista *Orto*, marzo-abril, 1943, No. 3 y 4, pp. 1-4.
19. A.H.M., Carpeta No. 1.

Hechos

El origen de Manzanillo. Una contribución a su estudio

Los orígenes, o el origen de las cosas —perdónese este término tan vago—, es cuestión que ha signado la curiosidad e intelecto humanos desde tiempos inmemoriales. Desde que Heródoto escribió *Los nueve libros de la Historia*, la preocupación por saber todo en relación con el instante primero, no se ha separado de la manera de escribir historia, y es así, porque para comprender el presente es obligatoriedad inexcusable acercarse al pasado más inmediato o al mediato lógico. Este acercamiento al pretérito está condicionado, en muchos casos, por los intereses u objetivos que marcan la hurga.

Una búsqueda coherente de los orígenes, tiene que enrutarse más a las condiciones y circunstancias en las cuales se produce la eclosión, que al hecho en sí mismo; en tanto, lo mismo un pueblo que un hombre, no se distinguen por nacer, sino por ser, aunque lo primero deviene condición *sine qua non* para lo segundo. Los hitos dejados en los anales de Clío por individuos y colectivos, no están dados por el instante de su aparición, sino por la obra, aporte, características y capacidad de perdurabilidad o modificación sobre las estructuras en las cuales se desenvuelven; por eso, no es de extrañar que generalmente se busquen y traten de precisar las fechas de nacimiento de las grandes personalidades o de fenómenos que cambiaron, ya en progreso, ya en retroceso, el devenir humano, y no de los “sin historia” o acontecimientos cotidianos, subvalorados por muchos de manera errada.

Es cierto, hay otras búsquedas y deseos de precisar y mantener en la memoria orígenes que solo conciernen a una persona o a un grupo de ellas; ahora bien, tales rastreos e inquietudes, en principio, no constituyen ejercicio histórico pues el fin pensado está muy lejos de servir a ello (servicio socializado) y se focalizan en precisiones utilitarias, materiales o espirituales, no de uso, las cuales reportan a quien escarba en el momento “cero” una referencia personal e íntima; por ejemplo, la celebración de onomásticos entre familiares y amigos tiene un valor simbólico, constituyendo en sí misma expresión inequívoca de esa mentalidad que deja una placentera sensación de reconocimiento del ser. Sin embargo, esta peculiaridad de la necesidad simbólica, también signa grandes grupos humanos, los cuales, insistiendo en el conocimiento de sus albores, afincan en ello su cualidad identitaria; y logran por esa vía constante modificación, readecuación o conservación de su propio yo, el cual les permite identificarse a sí mismos y distinguirse entre otros grupos de parecidas pertenencias. Por eso, al reconocerse cada individuo como parte integrante de una colectividad, ya no solo le interesa la exclusividad de su momento primigenio, sino la de la agrupación de la que forma parte; ahora ella lo distingue y ofrece otra identidad, mas, como resulta imposible la verificación originaria de cada individualidad, el reconocimiento de la brotación colectiva suple tan olímpica quimera.

Lo supradicho puede arrojar luz sobre el por qué a los pueblos les es imprescindible celebrar, conmemorar o festejar el surgimiento de sus naciones y la fundación y establecimiento de los diversos asentamientos humanos que la componen y definen. Ahora bien, esta celebración no puede quedar fijada en la voluntad personal e íntima de un grupo, tiene que verificarse en la asunción concreta y consciente de la colectividad, como fruto de la experiencia y la demostración histórica, si no se corre el riesgo de que el momento escogido, al no estar avalado por un

criterio científico, no se estructure como tradición, y lo peor, se aniquile el fervor por la celebración al no hallarse un momento resumidor de la expresión que quiere conmemorarse.

Para definir el momento que acota la posibilidad de reconocer la aparición de un conglomerado humano, nada mejor que la historia, no obstante, para que esta cumpla su rol científico, debe quedar despojada de toda manipulación o interés grupal, dejándosele obrar en nombre de la “objetividad”, luego podrán venir las apreciaciones, los juicios y lo “más conveniente”, aunque no sea lo óptimo; pero incluso, en este instante de definición utilitaria, el apego al dictamen científico debe mantenerse, so pena de sucumbir tiempo después, al no ser representativo del espíritu colectivo en tanto se aparta del criterio de la verdad, cuestión moral que marca, y seguirá marcado —por suerte— la moral de los hombres por los siglos de los siglos. Así pues, para que este ejercicio científico y su posterior puesta en práctica se levante perdurablemente, el laboreo debe realizarse con total honradez. Debieran estampar en su frente todos los que asuman tal responsabilidad esta frase del Dante:

Qui si conven lasciare ogni sospeto;
Ogni viltà convien che qui sia morta.

Manzanillo, grata ciudad del oriente cubano, ha adolecido de una precisión científica en torno a su aparición; esta incógnita la ha privado de un importante motivo para afincar sus rasgos esenciales y ha motivado apreciaciones estereotipadas, además de equívocas, en cuanto a sus momentos primeros; sin embargo, por sus implicaciones, esta cuestión obliga a un minucioso examen crítico de las fuentes y del corpus teórico con el cual se ha tratado el asunto en cuestión. Vayamos por pasos.

La difusión del modo de gestación de las primeras siete villas cubanas —legítimo por cierto—, al ser extendido en medios de prensa, escolares y hasta científicos, ha dado como resultado la aceptación maniqueísta de un concepto que estipula que donde el Adelantado (puede ser también primer poblador) plante cruz y espada, levante choza y jure por Dios y el Rey, ya existe un pueblo. La asimilación acrítica de este mito ha empobrecido el estudio histórico de los orígenes de nuestras poblaciones, pues medir su eclosión del mismo modo en que se cuentan los días de los humanos, esto es, a partir del momento del alumbramiento, resulta hacer tabla rasa del rico y diverso decurso histórico, cayendo en el equívoco de promover un canon para entidades distintas en tiempo, espacio y circunstancias. Ha sido este, y no otro, el criterio manejado a la hora de fijar el momento primario de Manzanillo.

Fue Jacobo de la Pezuela, en su *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la isla de Cuba*, de 1863-66, el primero en seguir los senderos de la tesis supradescrita. Según el historiador español: “Manzanillo no existía todavía en 1780, pues su casa más antigua, que es hoy la del resguardo, fue levantada en 1784 por José Nazareno de León”;¹ tal afirmación se retoma posteriormente en la enciclopedia *Cuba en la mano*, de 1940, donde se dice textualmente: “Comienza su existencia [refiérese al pueblo] cuando el señor José Nazareno de León construye la primera vivienda [...]”.² Para 1943, la sentencia de la primera casa ya no está sola, ahora se le añaden precisiones y en el libro *Oriente contemporáneo* puede leerse: “En las antiguas provincias indígenas de Macaca y Guacanayabo, fundaron los españoles el pueblo de Manzanillo, el 18 de junio de 1784, dándole a dicho pueblo el nombre de Puerto Real, según aparece en Acta que al efecto fue levantada por el Arzobispo don Joaquín de Osés y Alzúa”;³ la afirmación, casi al calco, se repite en la *Enciclopedia Popular Cubana*, de Luis J. Bustamante

en 1948, cuando apunta: “El pueblo de Manzanillo se fundó el 18 de junio de 1784 en los terrenos de las antiguas provincias indígenas de Macaca y Guacanayabo, con el nombre de Puerto Real, según consta en el acta levantada al efecto por el arzobispo Don Joaquín de Osés, siendo el primero que fabricó una casa Don José Nazareno León”.⁴ Como lastre curioso de todas las anteriores descripciones, está el adolecer de la fuente de la cual toman sus afirmaciones y ninguna ofrece, siquiera un renglón, del Acta levantada por el ministro eclesiástico.

El pionero en dudar de esta afirmación fue el ilustre puertorriqueño y primer historiador en propiedad de Manzanillo, Modesto Arquímides Tirado Avilés. En sus *Efemérides de Manzanillo*,⁵ con sencilla lógica histórica el autor acota que de “[...] existir ese documento [se refiere al Acta], habría que ponerlo en duda, pues el citado prelado no tomó posesión del arzobispado de Santiago de Cuba hasta el día 29 de Abril de 1793, o sea nueve años después de la fecha del acta citada”. Así pues, por una simple razón temporal, no pudo el mismo haber dejado constancia del hecho; además, la Iglesia no poseía autoridad legal para levantar pueblos, tal prerrogativa era exclusivamente real. Sin embargo, Tirado se hace eco de lo expuesto por Pezuela al sentenciar que fue José Nazario León quien construyó la primera casa, ocupada, con el devenir del tiempo, por la primitiva Casilla del Resguardo, poniéndosele a la calle de su ubicación el nombre de León en honor al primer poblador manzanillero.

Una mirada a los restos de la hasta hoy creída primera casa de Manzanillo, nos revela su construcción de cal y canto, difícil de levantar por un solo hombre debido a sus colosales dimensiones y cuya tipología arquitectónica no coincide con las iniciales construcciones de embarrado, guano, madera y yagua que signaron los albores manzanilleros. Asimismo, es de dudar que el destacamento de ocho soldados y un cabo allí radicados para velar

el contrabando, se decidiesen — por pura generosidad — a cooperar con este utópico colono; empero, más determinante que la anterior especulación, resulta el hecho de que la supuesta morada, levantada en la actual calle León y señalizada con una placa, no aparece en los primitivos planos de la naciente población. El 1ro de abril de 1932, el agrimensor Julián de Huelves, extrajo del Archivo de Indias un plano con fechas limítrofes entre 1807 y 1820, en el cual no aparece mapificada la calle en cuestión; en tanto, por ese lado noreste, los límites llegaban hasta la actual calle Loynaz, o sea, dos arterias antes de llegar al posible sitio de emplazamiento, siendo ese lugar, según descripción planimétrica, “terreno cenagoso hasta donde llegaban los derrames del río Yara”.⁶

A lo anteriormente explicitado, se suma la llegada de José Nazario León a los predios del Monte de Manzanillo en 1789, al resultar designado en comisión por la Tenencia de Gobierno de Bayamo, a raíz de la habilitación del puerto para el comercio de negros, y cuando Francisco Sánchez Griñán, subinspector del Batallón de pardos de las Milicias Disciplinadas de Infantería de Santiago de Cuba y la Villa de Bayamo, realiza por orden real un viaje de inspección costera por todo el litoral del Guacanayabo, para buscar lugar propicio donde levantar un pueblo, no menciona, entre los tres vecinos encontrados en el Monte de Manzanillo, al susodicho Nazario León; no obstante, puede resultar posible que al instante de la inspección el navarro no se hubiese encontrado en los lares del futuro Manzanillo, pero viene a ser bastante improbable que un funcionario español, Griñán incluso sería con posterioridad teniente gobernador de Bayamo, no conociera la función que desempeñaba el sujeto en la zona, por ello, la no mención débese, más que a una ausencia, a que el inspector lo consideraba un funcionario en comisión, no un poblador residenciado.⁷

Después de este elemental ejercicio de crítica histórica basado en la comparación de fuentes, nos es posible

afirmar que: primero, la fundación de Manzanillo no data del 18 de junio 1784; segundo, el acta por la cual se da fe del hecho no existe; tercero, la primera casa, la de José Nazario León, no fue levantada en la fecha señalada; y cuarto, la placa que distingue la primera morada se colocó a una construcción del siglo XIX, erigida –posiblemente–, en la tercera década de la centuria pasada. Llegados a este punto, estamos en condición de ofrecer, no imponer, una nueva, distinta también, hipótesis en torno al surgimiento de Manzanillo.

En 1817, el entonces Gobernador de Santiago de Cuba, Eusebio Escudero, en un memorial titulado: “Manzanillo. Principio de su fundación, el de sus fortificaciones, progreso de su Población y estado en febrero de 1817”⁸, señala que “Esta población debió tener su origen en la Real orn. de 18 de Julio de 1792”; la afirmación del Gobernador equivoca la fecha, pues la orden fue expedida siete días antes, o sea, el 11, pero en esencia, es esta la fecha sobre la cual se propone el momento primero del proceso fundacional que da origen a Manzanillo, y sugerimos esta, puesto que el 23 de febrero de 1789, lo otorgado a Manzanillo es la autorización para ejercer el libre comercio de negros a través del puerto, en tanto eso era en aquellos momentos Manzanillo: puerto de la Villa de Bayamo, nada más.

A inicios de la última década del siglo XVIII, la preocupación de la Corona española por la obtención de maderas preciosas para sus astilleros y el monopolio de esta actividad económica, se vio regulada por órdenes reales que prohibían el corte de cedro y caoba junto a la designación de funcionarios en la Isla para el reconocimiento de maderas para los arsenales.⁹ Fue precisamente a raíz de un informe del ingeniero jefe de marina don Miguel de la Puente, a su Majestad el Rey, sobre el contrabando de maderas con ingleses en la ensenada de Manzanillo. La razón de la emisión de la supradicha Real orden de julio de 1792, cuyo *corpus* ordenativo indicaba

solicitar a la corte londinense prohibiese el precitado contrabando, pues atacaba el espíritu de los tratados firmados por ambas cortes. Asimismo, instaba a las autoridades británicas a que orientasen al Gobernador de Jamaica para que no extendiera licencias de navegación sobre las costas de Cuba; y terminaba el real mandato encomendando al Capitán General que “[...] disponga el modo de hacer una pequeña población, si no la hubiere, en el sitio donde nuestra Goleta encontró un establecimiento para cortar madera [...]”.¹⁰

Para cumplir en Cuba la disposición real, fue designado Francisco Sánchez Griñán, quien en 1793, después de realizar un exhaustivo recorrido por la costa del Guacanayabo, teniendo en cuenta la feracidad del Monte de Manzanillo y el abrigo ofrecido por su ensenada, consideró aquel sitio adecuado para levantar allí la población; empero, como los varaderos destruidos en 1792 habían sido en Vicana (hoy Media Luna), la propuesta considerada para levantar el pueblo fue la de don Francisco Xavier Infante, dueño del Rincón de la Sabana de Vicana, el cual brindó sus predios para el propósito fundacional.¹¹ Al año siguiente, 1794, Manzanillo adquiere la categoría de puerto menor (23 de marzo) y Sánchez Griñán propuso a la Corona soluciones importantes para el levantamiento del pueblo sin gasto del erario real, cuestión esta que marcaría el nacimiento de Manzanillo, en tanto la Corona adujo siempre la falta de numerario para consumir el empeño.

Los jugosos dividendos aportados por el puerto a raíz de su declaración con la condición de menor y la necesidad de cortar el comercio de contrabando, ocuparon de nuevo la atención real. El 5 de febrero de 1795 y firmada en Aranjuez, se expide otra Real cédula que con el título “Para que de acuerdo con el Capitán General se procure establecer una población en el paraje titulado el Manzanillo”, se insistía en la erección del poblado sin gastos de la Real hacienda y aún manteniendo el sitio de

Vicana;¹² sin embargo, para noviembre de ese mismo año, el Marqués de Guisa propone levantar la población en Manzanillo y no en Vicana, por los gastos que acarrearía levantarlo en este último punto, además, las mejores condiciones de aprovisionamiento de agua y comercio favorecerían el enclave manzanillero.¹³ Se imponía la lógica y la vida; los primeros balbuceos de la futura Villa de Manzanillo no tardarían en aparecer.

Por discrepancias en el control de los dividendos aportados por el embarcadero entre el Marqués de Guisa y José Nazario León; Francisco Sánchez Griñán, ahora Gobernador de Bayamo, se vio obligado a aceptar la renuncia de este último y en su lugar nombró a Juan Sariol, quien, sin aún haberse levantado la batería que defendería la nascente población, procedió a principios de 1797, con licencia del capitán general y del teniente gobernador de Bayamo, a levantar un almacén representando a su Majestad. Este mismo almacén fue robado en febrero del 97 y según Eusebio Escudero, era “el único edificio con que allí se contaba en 30 de agosto de 1797”,¹⁴ fecha en la cual Sariol solicitaba se le otorgase la gracia de Capitán poblador.

En 1798 se consumaría definitivamente el proceso de eclosión del pueblo, en tanto sería este el año, cuando contando con una rudimentaria batería y casa-fuerte, construida esta última gracias a la laboriosidad de Juan Sariol, se rechazaría por vez primera un ataque al puerto de Manzanillo. La defensa del enclave marítimo —participaron en ella, además de las fuerzas regladas de milicia de Bayamo, 21 yarenses y 19 dueños de hatos, sitios y corrales aledaños—, le valió a Sariol para que el Rey le confirmara, en julio de 1799, el nombramiento de capitán de la Compañía Urbana de Manzanillo y comandante de la Batería, gracias otorgadas por el Capitán General en octubre del año anterior.¹⁵

Así, doloroso y jadeante como muchos partos, resultó el advenimiento de Manzanillo como sitio de asentamiento

al conglomerado de la nación cubana. La gestación, iniciada el 11 de julio de 1792 y consumada en tanto entidad tangible ya en el ocaso diocechano, daría un espacio geográfico y humano de cualidades peculiares que, incidiendo de manera decisiva en la modificación de las estructuras económicas, políticas, sociales, mentales, en fin culturales del país, ha hecho de su decurso histórico, fuente insoslayable para acercarse al conocimiento y desentrañamiento de las claves más sólidas y distintivas de la nacionalidad e identidad cubanas.

Citas y notas

1. DE LA PEZUELA, JACOBO: *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, de la isla de Cuba*, Madrid, Imprenta del Establecimiento de Mellado, 1863-1866, t 3, p. 598.
2. *Cuba en la mano*, La Habana, 1940, [s/a] [s/e].
3. *Oriente contemporáneo*, Santiago de Cuba, Talleres Tipográficos de Arroyo y Hermanos, 1943, [s/p].
4. BUSTAMANTE, LUIS J.: *Enciclopedia popular cubana*, La Habana, Editorial Lex, p. 617.
5. En Miami fueron publicadas en dos tomos.
6. Archivo Histórico de Manzanillo (A.H.M.), fotocopia del plano de Manzanillo de 1807 a 1820.
7. PORTUONDO, OLGA: "Manzanillo: su origen y desarrollo (I)", en: revista *Santiago*, Santiago de Cuba, 1983, No. 51, pp. 156, 157 y 163.
8. ESCUDERO, EUSEBIO: "Manzanillo. Principio de su fundación, el de sus fortificaciones, progreso de su población y estado en febrero de 1817", en: *Boletín del Archivo Nacional de Cuba*, Año XIX, No. 1-3, enero-junio de 1920, pp. 39-44.
9. PORTUONDO, OLGA: Op. cit., p. 154.
10. A.H.M., Carpeta 147, fotocopia de la Real orden del 11 de julio de 1792.
11. Ídem. y Olga Portuondo, Op. cit., pp. 156-158.
12. A.H.M., Carpeta 147, fotocopia de la Real orden del 5 de febrero de 1795, transcrita por el historiador de Matanzas, J. A. Treserra y donada al Ayuntamiento de Manzanillo.
13. PORTUONDO, OLGA: Op. cit., p. 162.
14. ESCUDERO, EUSEBIO: Op. cit., p. 43.
15. PORTUONDO, OLGA: Op. cit., pp. 167-168.

Carlos Manuel de Céspedes, la Sociedad Filarmónica y el Teatro Manzanillo

Bien pudo haber sido el domingo 27 de mayo; o tal vez, 3 o 10 de junio de 1852, cuando el Arzobispo de Santiago de Cuba, Antonio María Claret, otorgó en horas de la mañana el Sacramento de la Confirmación y luego anotó en el libro destinado al efecto, con los números de orden 174 y 175, el nombre de los hermanos Carlos Manuel y Oscar Céspedes y Céspedes; quienes de seguro —con 12 y 8 años respectivamente—, asistían en compañía de sus progenitores a la Iglesia manzanillera.¹ De esta forma y para la fecha, queda verificada la residencia del matrimonio Céspedes-Céspedes en la costera Ciudad, después que el cabeza de familia sufriera prisión y destierro por su díscola actitud frente a las autoridades españolas.

Para septiembre del año anterior; o sea, 1851, en la Villa y Puerto Real de Manzanillo había quedado fundada y establecida la Sociedad Filarmónica, asociación esta que heredó “[...] todos los muebles y enseres que pertenecieron a la antigua sociedad y que ha adquirido por traspaso la presente [...]”,² teniendo la misma, como objeto primario, propiciar el esparcimiento y solaz de los villanos. La sociedad contaba en sus inicios con la contribución mensual de los socios y el arrendamiento de la cantina, aportación esta última que dejó de ser consignada en el Libro de la Tesorería a partir de marzo de 1854. Entre sus actividades consuetudinarias estaban los bailes que, con frecuencia mensual, juntaban la flor y nata de la sociedad manzanillera de la época, la cual, animada por una orquesta, bailaba hasta terminarse —en horas de la

madrugada —, la velada. Fue justamente esta Institución, el espacio desde donde Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo se insertó, de manera indeleble, en la cultura manzanillera y, de modo señalado, en la teatral; para ello, sin embargo, debió primero brotar de las propias entrañas filarmónicas ese anfiteatro cultural sin par que fue el Teatro Manzanillo; ente vital de la ciudad al cual se vincularía, incluso antes de su inauguración y de manera singularísima, aquel que un día decidió echarse un pueblo a cuestas.

Cuando en la tarde-noche del día 8 de agosto de 1852, más de medio centenar de distinguidos varones manzanilleros reuniéronse en los salones de la ya mencionada Filarmónica, principiaba el proyecto del Teatro Manzanillo; en tanto, la Sociedad anónima surgida de esta reunión tenía como objeto “[...] construir un teatro por medio de acciones de cincuenta pesos cada una, a fin de que reintegrado el importe de las mismas en el orden que proponga la comisión que al efecto se elija quedase como propiedad del Hospital de Caridad de la Villa [...]”.³

En octubre del mismo año, se designó para emplazamiento del teatro “[...] el solar perteneciente a Don Juan Bautista Mendieta, y parte de otro contiguo de Don Jayme Marty situados en la calle Santa Ana, esquina a la de Salas, acordando que se procediera desde luego a la construcción del edificio [...]”;⁴ mas, como el importe de las acciones emitidas que eran noventa y seis tres cuartos, ascendentes a cuatro mil ochocientos treinta y siete pesos con cincuenta centavos no resultaron suficientes, la junta directiva de la construcción del Coliseo vióse en la necesidad de levantar sucesivos empréstitos durante los años de 1853, 1854 y 1855; incluso, de los fondos mensuales de la Filarmónica se trasladaron cantidades para dar culminación a la obra; hasta que en esta última fecha, hallándose ya terminado el Teatro, a excepción de algunos trabajos finales, fue entregado a una comisión

de cinco personas con el encargo de “[...] formar un reglamento para la constitución y régimen definitivo de la sociedad”;⁵ la cual, debía regentear una instalación que desde un inicio llevó por nombre, y a diferencia de la mayoría de sus homólogos, la gracia de la ciudad que lo vio nacer en ella y de ella: Teatro Manzanillo.

Es 1856, el año de las primeras evidencias documentales que vinculan a Céspedes con la Filarmónica y su ejemplar creación: el Teatro. Este mantenerse al margen durante casi cuatro años, tal vez podría explicarse porque, en primer lugar y ello no debe olvidarse, fue un incidente en la Filarmónica bayamesa, el pretexto utilizado por las autoridades españolas para encarcelarlo y apartarlo de la tierra de sus natales, quizás por ello y después de tal experiencia, desearía ahora un poco de sosiego; tampoco puede resultar despreciable el hecho de que su llegada a Manzanillo se produce en los momentos postformativos de la sociedad, y Céspedes aún no gozaba en la ciudad de la ascendencia que lo orlaría la víspera del 68. Como colofón, su última prisión en Santiago de Cuba durante 1855, pudo haber tenido en él un doble efecto; pues, por un lado le convenció que alejarse de la vida social, no evitaría —no lo había evitado—, detenciones y prisiones, y por el otro, avivó su numen artístico; el cual, corporeizado en Manzanillo a través de magnífica catarsis por el arte, hace posible repetir la sentencia del poeta: “Bendita esta tierra donde los guerreros hacen poesía y los poetas andan con el fusil al hombro”.⁶

Las aptitudes y carácter de Céspedes condicionan su triunfal incorporación a la Filarmónica. Si el 1^o de abril, en el Libro de Contabilidad se recoge el ingreso de 8.50 por contribución de los señores Butter y Céspedes,⁷ el 25 del mes siguiente lo vemos formando parte de importante comisión. Para esta fecha, el director convocó una junta extraordinaria con el objeto de investigar el descontento de algunos miembros y desánimo con que se

acogen las funciones preparadas por la sociedad; cuya inminente disolución contemplaba inevitable el teniente gobernador de no tomarse medidas urgentes. La tesis de la dirección estribó en que la reforma del reglamento “[...] podría conducir a la reanimación y progreso de la sociedad [...]” pues que la opinión de muchos socios le atribuye la causa de decadencia por los estrechos límites a que la reduce el espíritu de los artículos que sirvieron de base a la institución, muy grande y recomendable, muy filantrópica en su origen, pero a que no es posible hoy atender, si se quiere sostener la Sociedad Filarmonica [...]”.⁸

Después de esta intervención y escuchados otros pareceres, “[...] resultó adoptado por unanimidad la total reforma del reglamento, quedando elegidos por mayoría de votos para llevarla a cabo los señores D. Carlos M. de Céspedes, D. Juan Butter y D. Joaquín Muñoz[...]”.⁹ Al trío en cuestión se le encomendó asimismo, invitaran a todas las personas de la población que no estando suscritas lo hicieran para contribuir al auge de la sociedad. Significativa resulta la selección de Céspedes; empero, no debe causar extrañeza que después de examinado el Reglamento por el Gobernador Provincial, este, y de manera señalada, sugiriera dos modificaciones, siendo la más llamativa la adición al artículo 31: “[...] y será siempre en cualquier caso obligación de la Junta Directiva cuidar mancomunada e individualmente de que en la Sociedad no se lean periódicos, folletos, libros ni ningún otro escrito que tienda a subvertir el orden público y ofender la religión y buena moral [...]”.¹⁰

Sin duda alguna, la presencia de tan conspicuo “desafecto” obligaba a tomar medidas cautelares.

No había transcurrido todavía un mes, cuando el 17 de junio de 1856, la directiva citó a junta extraordinaria con el objeto de dejar establecida la Sección de Declamación de la Sociedad, precepto este establecido en el artículo

32 del Reglamento. Resulta una verdadera pena no contar con el antes mencionado Reglamento; pues, en el supuesto caso de haber sido uno de los artículos reformados, ello demostraría la comprensión de Céspedes de contar con un mecanismo que diera vida artística al recién levantado teatro; no obstante, el hecho de resultar el bayamés nombrado ese mismo día director de escena y encargado de formar el Reglamento especial del ramo, hablan a favor de dicha hipótesis.¹¹ Ese mismo día también, Céspedes resultó electo junto a tres integrantes más de la Sociedad, miembro de una comisión cuyo objeto sería invitar a los hombres a contribuir al buen funcionamiento de la Sección creada.

Con seriedad y prontitud asumió Céspedes su nombramiento como director de escena; por cuanto, la función de estreno se verificó el 14 de septiembre de 1856 y ya desde julio, el abogado y ahora animador de cultura, había trasuntado de su puño y letra los papeles de la comedia *El arte de hacer fortuna*, pieza con la cual se inaugura la vida útil del Teatro después de 16 ensayos.¹² Resulta muy probable —aunque hasta el momento no hay pruebas definitivas—, que haya sido Céspedes también el director de las otras tres puestas en escena que ocuparon la temporada hasta finales de año, en tanto las mismas estuvieron a cargo de la Sección de Declamación de la Sociedad Filarmónica: *Su amor o la muerte* y *Un bobo de día*, fueron exhibidas el 28 de octubre, mientras que *Huérfanos de Bruselas*, el 18 de noviembre, resultando el ingreso de todas, excepto el de esta última, destinado a la construcción del cementerio.¹³

La pentarquía encargada de redactar el Reglamento del Teatro Manzanillo cumplió su cometido, y, con fecha 30 de marzo del 56, el mismo fue elevado a la autoridad provincial; mas, como al Gobernador le pareció necesario reformar también este Reglamento, devolvió el documento a los remitentes. Para cumplimentar la reforma, la directiva elige, con fecha 8 de septiembre, una comisión

compuesta por los licenciados Carlos M. de Céspedes, José de Jesús Mariño Botello y don José L. Ramírez¹⁴. Por supuesto, el haber Céspedes reelaborado junto a Butter el Reglamento de la Filarmónica y quedado la directiva de esta complacida con el trabajo, fue razón de peso para que en él recayera nuevamente el encargo; además, para esta fecha, el director de escena trabajaba con ahínco en la preparación del debut del Teatro y ello le permitía compenetrarse con el espíritu reinante y necesario para la modificación, amén de su pericia como abogado. El trabajo quedó terminado el 3 de marzo de 1857; y parece ser fue Céspedes quien más trabajó en la reelaboración, por cuanto la primera firma estampada al pie del Reglamento es la de él. Discutida amplia y suficientemente la nueva versión, quedó aprobada en Junta General del 15 de marzo de 1857 y protocolizada ante el notario Nicolás Salas, el 10 de febrero de 1858.¹⁵

Con la creación del Teatro Manzanillo se repite la historia del escorpión: el hijo devora la madre. Si bien es cierto que desde antes de la inauguración del Coliseo la Filarmónica presentaba debilidades estructurales que hacían peligrar su existencia, con la feliz eclosión del Teatro se dio el golpe de gracia a su permanencia; eso sin contar los problemas financieros, razón inmediata de la disolución. La impracticabilidad de subir la cuota mensual a los socios y el abandono que estos hicieron de su afiliación, desembocó en la imposibilidad de hacer frente a las obligaciones financieras; por ello, el 13 de junio de 1856, en reunión celebrada en los salones de la Filarmónica, los allí presentes acordaron celebrar una Junta General el 4 de julio “[...] con el objeto de discutir si deberá realizarse la disolución de la Sociedad, según los términos que expresa el reglamento”;¹⁶ y parece fue así, pues aquí terminan las anotaciones en los libros de actas y contabilidad de la Sociedad Filarmónica de Manzanillo.

Carlos M. de Céspedes, por su parte, hizo lo que la mayoría: asistir con asiduidad al Teatro, donde no era necesario pagar cuota fija y lo visto tenía mucho más ángel que los tradicionales bailes y tertulias, un tanto insípidas, efectuadas en el salón filarmónico; aunque, dinero no le faltaba para pagar de forma permanente un asiento en el Teatro. De este acontecer queda singular memoria.

Corría el año 1867 y debutaba en el Coliseo la Compañía de los Robreño:

[...] ni una sola localidad estaba ya disponible cuando a Don Joaquín (Director de la Compañía), que conversaba con el taquillero del teatro, le llamó la atención una voz estentórea que salía del otro lado del vestíbulo. Movidó por la curiosidad, volvió la cabeza y vio a un hombre de unos cincuenta años, de baja estatura, pero de complexión atlética, pulcramente vestido, el cual, agitando los brazos, llevaba su dedo índice a la altura de las fosas nasales del individuo que tenía enfrente, al tiempo que decía:

-¡Quién osa vender el palco de Carlos Manuel de Céspedes!

Extrañado de la actitud del criollo ante un español empresario y seguramente influyente en el gobierno colonial, Don Joaquín indagó quién era aquel sujeto.

Sobrecogido y en voz baja, su interlocutor le respondió:

-Es el licenciado Céspedes. Está abonado a un palco.¹⁷

Citas y notas

1. Archivo Parroquial de Manzanillo (APM), Libro No. 2 de Confirmaciones, folio 6, asientos 174 y 175. Esta información la agradezco a Gabriel Ángel Espinosa Escala, quien tuvo la gentileza de brindármela.
2. A.H.M., Carpeta 195, Libro de Actas de la Sociedad Filarmónica, folio 2 vuelto.
3. _____, Fondo: Protocolos Notariales. Notario: Nicolás Salas. Año 1858. Escritura 5, folio 20 vuelto.
4. Ídem.
5. Ídem.
6. La inspirada afirmación débese a Julio Sánchez Chang.
7. A.H.M., Carpeta 195, Libro de Tesorería de la Sociedad Filarmónica.
8. _____, Libro de Actas de la Sociedad Filarmónica, folio 15.
9. Ídem., folio 15 vuelto.
10. A.H.M., Carpeta 195, Comunicación cursada por el Gobernador Comandante General del Departamento, el 8 de marzo de 1858, folio 1 vuelto.
11. _____, Libro de Actas de la Sociedad Filarmónica, folios 16 y 17 vueltos.
12. Por la faena de copiar la comedia, Carlos M. de Céspedes recibió 8 pesos y 50 centavos.
13. A.H.M., Carpeta 195, Libro de Actas de la Sociedad Filarmónica, folio 18 vuelto.
14. Loc. cit 3.
15. Ídem.
16. A.H.M., Carpeta 195, Libro de Actas de la Sociedad Filarmónica, folio 23 vuelto.
17. ROBREÑO, EDUARDO: *Como me lo contaron, te lo cuento*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 13 y 14.

Manzanillo en Martí. Martí en Manzanillo

I

Aquella mañana de mayo de 1895 cuando José Martí, después de las peroraciones de Máximo Gómez y Bartolomé Masó pronunció su último discurso —quizás el más divino de la historia Cuba— en el potrero de la Vuelta Grande, la visión que nos llega envuelta en el sudario de la gloria y el sacrificio humano es la de “[...] Moisés en el desierto, guiando a los judíos hacia el país de Canan y trasmitiéndole los Diez Mandamientos escuchados en las teofonías del Sinaí”.¹ La diferencia era que los acá congregados no eran hebreos, sino cubanos, procedentes en su mayoría de los territorios de la antigua jurisdicción manzanillera, conducidos por un general nacido en el partido de Yara y residente desde hacía años en la ciudad de Manzanillo. Y cuentan que fue tan descomunal aquella pieza oratoria que cuando el Apóstol terminó Masó lo abrazó llorando, tal vez no por éxtasis impresionista y sí por pasión y comunión de Patria. No obstante, algo telúrico debió estremecer a aquellos soldados cuando José Martí abrió sus brazos y dijo: “Conste, que por Cuba estoy dispuesto a que me claven en la cruz”.²

Aunque la oratoria martiana, seductora y convincente como pocas, resultaba suficiente para convertir *ipso facto* a cualquiera en seguidor de su prédica, este no era un total desconocido entre los hombres allí congregados. El hecho de que muchos quisieran otorgarle la presidencia del gobierno que habría de formarse confirma el postulado

precedente: el timón del barco no se entrega al grumete, se ofrece al capitán, y aquellos guerreros presentían, veían o ya conocían de antemano que el Apóstol poseía el don.

La forma en que Martí recepciona y aquilata la importancia de Manzanillo, en y para la Revolución, deviene proceso creciente a partir del conocimiento de la historia y la actitud de sus hijos como agentes activos de la insurrección liberadora. La fecha probada, más allá de cualquier especulación, del momento en que dicha sucesión de etapas se inicia en el Apóstol, data de 1880 cuando escribe a Ramón Leocadio Bonachea, en pleno apogeo de la Guerra Chiquita:

Tenemos, aquí, amorosamente sostenidos por los entusiastas Clubs, que crecen en brío y abnegación, a D. Silverio del Prado, al coronel Guevara, al coronel Domínguez, que tanto significan en Guantánamo, Bayamo y Manzanillo. Con D. Silverio vienen dos de sus hijos, y tres veteranos más, de los que no se doblan. —Más vendrán, apenas sepamos de manera segura como enviarlos.³

En 1888, cuando de su pluma brota ese ejemplar artículo titulado “Céspedes y Agramonte”, la percepción sobre la ascendencia ganada por el padrazo Carlos Manuel de Céspedes entre los manzanilleros, como organizador y futuro iniciador del parteaguas de la historia insular, resulta indiscutible. La descripción hecha de los momentos iniciales de la Guerra Grande muestran —para esta fecha—, un Martí conocedor de la historia de la revolución iniciada en Demajagua; no de otra forma podría aseverar: “No cabía duda, no; era preciso alzarse en guerra. Y no se sabía cómo, ni con qué ayuda, ni cuándo se decidiría La Habana, de donde volvió descorazonado Pedro Figueredo cuando por Manzanillo, en

cuyos consejos dominaba Céspedes, lo buscan por guía los que le ven centellear los ojos”.⁴

El verano de 1894 representa para la región manzanillera punto culminante en la preparación de la guerra. Tanto es así, que de haberse producido el levantamiento en esta fecha los manzanilleros; o sea, los presentados al toque del clarín en febrero 24 del año siguiente, hubiéranse lanzado a la manigua redentora. Serán entonces las misivas martianas las que avalen este aserto, y el conocimiento “de la preparación absoluta de toda aquella comarca” le llega a partir de informes de varios lugareños que en viajes de negocios, fundamentalmente, le ofrecen en Jamaica. Las cartas a Máximo Gómez, Antonio Maceo y Flor Crombet no son solo exultantes; devienen también un reconocimiento a la labor de Bartolomé Masó y sus conmlitones, hijos todos de Manzanillo y sus alrededores.

Al viejo dominicano escribe el 25 de junio de 1894 en horas de la madrugada:

Y de Manzanillo tuve especiales informes por dos hermanos Rendón, que de allá vienen y han hecho por allá servicio fino, —por un sobrino de Bartolo Masó que anda de prisa, lo mismo que otros, viendo a ver cómo vende lo que por allá tiene—, y por la mujer de José del Carmen Perea. En Calicito está Bartolomé Masó, y dicen que aquello es un sigiloso hervidero. Amador Guerra es por allí ahora hombre de mucha pujanza, y de tanto influjo como Antonio Bello que dicen que lo tiene, y en quien parecen todos fiar, a diferencia de Ramírez que no inspira fe. En punta de Jagua están Ismael y Joaquín Estrada, y en Campechuela un don Manuel Ferral, muy decidido a pesar de su acomodo, y Filiberto Zayas, aquel de mucho séquito. Cabezas de otros lugares, —Perea, y Manuel Salgado, y Chuchó León—. En Yara Arriba, Santiago y Enrique

y Leandro Figueredo: encomian de Manzanillo [se refiere a la Ciudad] a Luis Soto y Manuel Romagosa, como primeros y de amigos y consejos entre la gente nueva. Pero es preciso ver hervir estos detalles, y muchos más, en sus labios. Penden allá de nuestros movimientos, y lo saben todo. Se resguardan, y están pronto al monte a la menor sorpresa. Creo de veras muy llegada nuestra hora.⁵

Véase, “están pronto al monte a la menor sorpresa”, y Martí cree de veras llegada la hora del alzamiento. Su gozo, a pesar de la cautela, aumenta y la misiva a Antonio Maceo, ese mismo día, ya en plena madrugada, no deja lugar a dubitaciones:

¡Si oyera Ud. a un grupo de manzanilleros que anda por aquí, y a la mujer de José del Carmen Perea, y a los Rendón que han venido de Oriente, y lo que en su cachaza deja entender un sobrino, recién llegado, de Bartolomé Masó!

Se ve bullir toda aquella comarca en su minuciosísimo relato. No hay rincón por allí sin su jefe y su gente, y el estado de decisión, ferviente espera por nosotros, es realmente tal que no justifica ya mayor demora. Es la última situación, felizmente madura para lo que vamos a crear.

De por Manzanillo y alrededores —Calicito, Punta de Jagua, Campechuela, Yara Arriba,— todo está en sazón, cautos y ansiosos y con toda su gente de importancia: Bartolomé Masó, Amador Guerra, Manuel Salgado, José del Carmen Perea, Ismael y Enrique Estrada y Chucho León, Santiago y Leandro y Enrique Figueredo, Luis Soto y Manuel Romagosa, todo lo que allí suena hoy como lo fuerte y principal. Pero yo, que no uso vendas, gozaba —a pesar de mi cautela— en ver las muestras fervientes de la preparación absoluta de toda aquella comarca.⁶

Completa el trío una breve esquila escrita a Flor Crombet cuando ya el alba lamía las brumas de la noche: “[...] –y excelentes y seguras– pero admirables noticias de Oriente, principalmente de Manzanillo”.⁷ Ahora el lugar está troquelado de manera definitiva en la estatua sentidora del Apóstol: él conoce a sus prohombres, los patriotas manzanilleros saben de él.

En septiembre de 1894 Martí cree maduras las condiciones para iniciar la insurrección y preelabora una de orden alzamiento. A esta conclusión llega a partir de las alentadoras noticias que a cada momento recibe de Oriente y la ciudad asentada en el recodo del Guacanayabo forma parte del concierto. Las cartas a Antonio Maceo, responsable del saliente cubano, denotan la preocupación por lo que sucedía en la región y donde Manzanillo tiene lugar preferencial. De una de ellas, del 8 de septiembre es este fragmento: “[...] y que medite en serio la urgencia de enviar ya a gente de aviso a gentes como Dimas Zamora y Celedonio Rodríguez, de Manzanillo, y los de Baracoa, que todo lo ven posible, y a todo están prontos y creen pronta su comarca, pero, con desconsuelo ya marcado, me dicen que por su región no han tenido aún ninguna otra noticia”.⁸ Días después el santiaguero le escribe y comunica “la impaciencia especial de Holguín y Manzanillo”.⁹ Pero con los imponderables siempre hay que contar y el 29 de septiembre le escribe nuevamente a Maceo diciéndole que lo único que tiene que hacer es “ocultarse mucho por la prolongada demora”; o sea, el pretense inicio insurreccional debía suspenderse. El Apóstol explicita en la carta que debía dejar en claro situaciones surgidas en Santiago y La Habana, mientras del resto de Oriente no se preocupa entre otras cosas porque de este tiene noticias fidedignas: “Cómo está Oriente. Ud. lo sabe, y Mayía, y Borrero por sus comisiones: y yo, por Manzanillo y Baracoa, y de la gente representativa”.¹⁰ El conocimiento de la preparación del estallido

revolucionario en Manzanillo le llega a Martí de primera mano, sin mixtificaciones o adulteraciones patrioterías, mientras la formidable respuesta dada en Bayate el 24 de febrero de 1895 confirma la veracidad de los informes. No obstante, si magnífica fue la respuesta dada por los manzanilleros al esfuerzo patrio, salvadora para la revolución fue la decisión de Bartolomé Masó en la finca “La Odiosa” de continuar sobre la armas cuando los enemigos del empeño emancipador pretendieron depusiera su actitud. La importancia de este gesto se acrecienta a partir de la muerte del otro beligerante más significativo de Oriente, Guillermon Moncada, a escaso mes de iniciada la guerra y cuando aún los organizadores no habían llegado a la isla.

Entre los tantos proyectos traídos por Martí a Cuba había uno de primer orden: dotar a la revolución de un gobierno que, más que traba, fuera ala, esto era, buscar el necesario equilibrio entre ejército y gobierno, cuestión definida por él de la siguiente manera: “[...] el Ejército, libre, — y el país, como país y con toda su dignidad representado”.

Pero, ¿cuándo y dónde realizar la asamblea que dotará a Cuba en armas del gobierno que desde ya, desbrozara la ruta para la República?: mientas más rápido mejor, y en Manzanillo. Puede apuntarse como motivo para la elección de Manzanillo el siguiente razonamiento: el hecho de ser Oriente en esos momentos casi el único lugar donde se peleaba, le permitiría al líder de la revolución, llevando una ruta siempre hacia el oeste, conversar y explicar a casi todos los jefes de guerra su propósito, de manera que al llegar a la jurisdicción manzanillera, todo estuviera expedito para realizar allí la asamblea conformadora del gobierno;¹¹ sin embargo, siguiendo esta ruta también podía llegarse a la numantina región de Bayamo, con sobrados méritos y condiciones para efectuar en ella la reunión. Tres razones entonces compulsaron a Martí para seleccionar a Manzanillo.

En primer lugar, en modo alguno olvidó la labor extraordinaria desplegada por los manzanilleros para pergeñar la guerra y los informes de 1894 aún reverberaban en sus oídos; segundo, la coherencia de estos informes con la respuesta del 24 de febrero y la patriótica actitud de Masó al rechazar “el impúdico consejo” que lo invitaba a la capitulación; y cierra el tríptico, el hecho de que a Martí no le era desconocida la marcada civilidad de Bartolomé Masó, quien, el 28 de marzo de 1895 le escribe:

Urge que vengan las expediciones ofrecidas, pues aparte de poderosas razones políticas que no es momento mencionar, no he podido alistar mayores fuerzas por la falta de armamento y municiones. Además, es necesario constituir gobierno, lo cual no he determinado en espera de la llegada de Uds; pero veréme obligado a hacerlo si demoran algunos días más, por ser esta la opinión general de las fuerzas levantadas.// Soy de Ud. afto amigo y S.S// q. b. s. m//Bart Masó.¹²

Por tanto, la misiva a Bartolomé Masó el 25 de abril de abril de 1895 donde le asevera: “Esta carta sólo precederá unos cuantos días a nuestra llegada a la comarca donde ha sabido Vd. [...], desenvolver a la vez los dos caracteres que salvarán la guerra y la harán corta: la actividad y la nobleza” y la cursada a Félix Ruenes al día siguiente, exponiéndole el deseo de que sea en Manzanillo donde se celebre el cónclave, no son casuales, constituyen corolario:

El Partido Revolucionario Cubano, acude, pues, a todo el pueblo cubano revolucionario visible, y con derecho a elección, que en el pueblo alzado en armas, y a cada comarca de él pide un representante, para que reunidos, sin pérdida de tiempo,

los de las comarcas todas acuerden la forma hábil y solemne de gobierno que en sus actuales condiciones debe darse la revolución.

Invitamos a Ud., pues, formalmente a cumplir este deber supremo, enviando desde ahí enseguida a Manzanillo, donde a la fecha se halle el general Bartolomé Masó, el representante que los cubanos revolucionarios de Baracoa envíen a la Asamblea de Delegados que allí se reunirá [...].¹³

El encontronazo con Maceo en La Mejorana, y las discrepancias por la forma de conducir la guerra —el santiaguero pretendía una junta de generales—, acrecientan la necesidad en Martí de llegar a Manzanillo y conversar con el General Bartolomé Masó. Allí esperaba encontrar un espaldarazo a su equilibrado proyecto de gobierno y la misiva que el manzanillero le hace llegar vía José Miró Argenter el día 9 de mayo, pareció confirmar su presunción. Ese mismo día escribe a Carmen Miyares y sus hijos: “[...] A reserva de más larga carta, que pronto podré escribirles desde Manzanillo [...]”.¹⁴ Tres días después, con visible necesidad, insiste en breve esquila a Masó diciéndole que es “Imposible seguir camino sin verle”; antes ha enviado comunicación a Maceo y confiesa: “A Masó no lo hallamos por aquí, y hemos de esperarlo”. Ese mismo día apunta en el diario: “Masó anda por la sabana con Maceo, y le escribimos: una semana hemos de quedarnos por aquí, esperándolo”; no obstante, quiere seguir al Camagüey porque esta región ya está en armas. Una última carta, —el 15 de mayo—, renueva la insistencia y el deseo de ver al manzanillero cuando le señala: “Esta es, a la vez, justicia, utilidad pública y satisfacción de afecto” porque ve en Masó “[...] enteras la abnegación y la república de nuestros primeros padres, y la energía moral que cerró el paso a las debilidades, y al impúdico consejo, en estos primeros meses delicados de nuestra resurrección”.

Por fin, el 18 de mayo y de noche, en La Bija, se produce el anhelado encuentro. Martí escribía su última carta a Manuel Mercado cuando la caballería, con más de 300 jinetes, hizo acto de presencia y le obligó a detener el trance escritural. Ambos —Masó y Martí—, a la luz de una vela, hablan de Cuba, de la guerra, del modo de hacerla menos larga y por ende, menos dolorosa. Al otro día, la fuerza mambisa que ha ido a acampar a la Vuelta Grande participa de un acontecimiento *sui géneris*, pues *verbo, fuego, sol, luz, muerte, patria, redención y vida*, pasarían, en cuestión de instantes, a formar parte singularísima de la memoria de los hombres que acompañaron al Apóstol hasta el Gólgota cubano. De esa especial percepción nació una visión propia de ver, entender y dar a los suyos un José Martí que no llegó físicamente a Manzanillo, pero sí en el recuerdo incandescente de los hombres que lo vieron una sola vez; pues la muerte —poética de misticismo trascendente—, les daría materia prima suficiente para una recepción legítima, apoteósica también; porque, en un instante y de cara al sol, cayó un hombre y se levantó un faro.

II

Aún no había partido el último soldado español por la rada habanera, cuando de manera unánime, el 21 de diciembre de 1898 el Ayuntamiento de Manzanillo decidió cambiarle el nombre a la plaza principal y a las calles que la circunvalaban. A partir de ese momento el principal espacio de socialización de la Ciudad comenzó a llamarse parque Carlos Manuel de Céspedes, la calle Valcourt pasaría a ser Rafael María Merchán; la de Valmaseda, Bartolomé Masó; la de Salas, Antonio Maceo y la Real, José Martí.¹⁵ Y es que a pesar de los horrores de la guerra, la impronta que dejó el Padre Espiritual de los cubanos en la mente y el corazón de los que estuvieron

con él en Dos Ríos resultó imborrable; ellos se convirtieron en heraldos de una experiencia única que transmitieron a familiares y amigos, difuminando, por la vía de la emoción afincada en la narración oral, un arquetipo de hombre que, si bien se marmolizó por intereses o pasiones, devino —por derecho propio—, ícono supremo del patriotismo y el mejoramiento nacional. Por otro lado, la decisión de Modesto Tirado Avilés, amigo de José Martí, de residenciarse en la ciudad, le otorgó a la recepción martiana una fuente de primera mano; en tanto, la percepción del Apóstol que comienza a gestarse después de la expulsión ibérica de las tierras cubanas comienza a ser básicamente intelectual, resultando entonces el recuerdo, el testimonio y la narración histórica afluentes para la estructuración del discurso nacional.

No fueron los bautismos martianos abundantes en la ciudad; sin embargo, los espacios a los cuales se le endilgó la gracia de José Martí resultan, al menos dos de ellos y por su dedicación, dignos de llevarlo. Un cine, un café-cantina y dos escuelas, fueron los escogidos, y no es que el cine y el café fuesen un antro; sino, que el fin comercial pareciera desdorar la intención del tributo; no obstante, con esa misma lógica, puede afirmarse que como el nombre no tiene nada de comercial, sacrifícase entonces la propaganda en función del homenaje.

El primer colegio manzanillero con el nombre de José Martí es fundado en 1920. Veinticinco años después seguía existiendo; mientras una publicación de la época describía el plantel, privado, de la siguiente manera: "Situado en ventilado edificio, en la calle Otero Pimentel y Quintín Banderas, altos [...] su director Sr. Luis García Fonseca. Se dan clases de enseñanza elemental y superior, comercio, mecanografía, taquigrafía e inglés y preparatoria para planteles de segunda enseñanza y repaso de asignaturas del bachillerato, explicado todo por dos profesores".¹⁶ Por su parte, la Escuela del Hogar "José

Martí”, fundada en 1945, logra inaugurarse el 28 de enero del mismo año. La revista *Orto* reseñó el proceso y acontecimiento de la siguiente manera:

La Escuela del Hogar “José Martí”, instaurada en Manzanillo, la bella ciudad sureña, orgullosa de su tradición patriótica; ya tiene ese principalísimo centro de cultura femenina. La tesonera labor de un reducido grupo de hombres que laboran incesantemente en pro de las mejoras de la comunidad en que desenvuelve sus actividades económico-sociales —el Club Rotario de Manzanillo—, creyeron llegado el momento en que la patria de Masó, tuviese esa Escuela del Hogar, y su iniciativa plausible acogida con entusiasmo y dedicación por una pléyade de mujeres que sabían de la trascendente obra iniciada y la necesidad imperiosa de educar a la madre del mañana; y entusiastas y decididas apoyaron la idea y trabajando sin descanso han logrado fundar ese plantel [...].¹⁷

La recepción martiana en Manzanillo mediante la literatura resulta esencial y distintiva, no solo por la cantidad, sino por la calidad y diversidad de la apropiación; pudiendo afirmarse entonces que la presencia del Apóstol en textos manzanilleros tiene muy pocos parangones en el país, exceptuando claro está, la Capital. Tal presencia comporta varios considerando; por cuanto, Martí no solo servirá para refrendar posiciones, posturas y anhelos (el creer y el hacer de los manzanilleros); sino que será difundido *per se*; en tanto, no solo se escribirá profusamente sobre él, también a él daríasele la oportunidad de hablar por sí mismo, cuando varios textos martianos serían publicados en revistas manzanilleras o impresos en la ciudad; por otro lado, la creación de una empresa editorial con el nombre de José Martí, vendría a ser sello y signo distintivo de esta peculiar impronta.

En julio de 1908 nace *Alma Joven*¹⁸, revista semanal literaria dirigida por José E. Soler, resultando dicha publicación el primer magazín de su tipo en la ciudad; la cual, a pesar de la discreción con la que trata el tema martiano, barruntará el modo especial en que el Apóstol se incrustará en el ser manzanillero. *Alma Joven* tuvo la posibilidad de cruzar por un 28 de enero, el de 1909, fecha en la cual iniciase la segunda experiencia republicana. Esta edición dedica varias páginas a celebrar la restauración y Martí es el faro recurrente del propósito independiente. Por ejemplo, el editorial que lleva por título “Hosanna” asegura: “Hoy todos exclamamos con fruición intensa. ¡Ave Cuba! ¡Gloria a Martí! ¡Gloria a los Mártires! [...]”; mientras un poema de Ángel Cañete canta casi religiosamente: Y todo el Universo./ Para que al fin descansen tranquilos en sus tumbas/ Mármol, Céspedes, Gómez, Martí, Masó, Maceo!/. Manuel Alligio, por su parte, con el título “Patria”, señala: “No podía ser en día más apropiado que el 28 de Enero en que conmemoramos el nacimiento del Apóstol José Martí, el esclarecido patriota que consagró toda su vida a terminar la obra magna que empezaron Carlos Manuel de Céspedes y Bartolomé Masó, [...]”. Una observación: el hecho de que en los artículos el nombre de Martí aparezca en casi todos los casos avecindado al de Masó, no solo refiere la circunstancia de ser este último la figura más alta del patriciado regional; sino, confirmación de que su vínculo con el Apóstol devino –entre los manzanilleros–, vehículo cognitivo de la existencia, entiéndase vida, obra y muerte de José Martí, constatándose por esta vía la fuerza y valor de la tradición oral para asumir espacios identitarios.

Contra el yanqui, de Julio César Gandarilla, deviene el primer alegato de las nuevas hornadas republicanas en comprender y alzar con justicia histórica el arquetipo martiano para combatir la “absorción y el maquiavelismo norteamericano” junto con la complicidad doméstica que

lo aplaudía y hacía posible. El libro, dado a la luz pública en 1913 como una colección de trabajos publicados en varios periódicos capitalinos y santiagueros, tiene un caballo de batalla ideológico: José Martí, y no solo por ese capítulo magnífico e impresionante titulado “Resucita Martí”, que ofrece cabal idea de quién es el lazarillo utilizado por el autor; sino, por los juicios emitidos en torno al Apóstol, los cuales denotan una razonada y emocional inspiración martiana. El empleo de las bases del Partido Revolucionario Cubano (PRC) en fecha tan temprana, y para explicar la histórica pendencia cubano-norteamericana, no es aquí obra de la casualidad; afirma el manzanillero: “Estas bases eran el lema sagrado de los separatistas cubanos, la religión que abrazaron y el juramento que hicieron. Más sublime es esta Declaración de los Revolucionarios cubanos, que la “Declaración de Independencia” norteamericana del 4 de Julio de 1776”; y mirando hacia dentro, le espeta en el rostro a los platistas vernáculos un trozo demoledor del discurso donde tal vez, con mayor nitidez, Martí sueña la República: “Con todos y para el bien de todos”.¹⁹

Con la salida a la palestra pública en enero de 1912 de la revista *Orto*, se verifica el empeño literario más sostenido del oriente del país y uno de los más serios en la historia de la literatura cubana, y no tanto por su perdurabilidad (45 años), sino por las plumas que en ella se volcaron dándole sapiencia y belleza; y, sobre todo, por la singular impronta martiana, aliento sostenido hasta el postrer día permitiendo aseverar que fue y ha sido esta, la revista literaria cubana de mayor acento martiano. Su fundador, director y alma indiscutible: Juan Francisco Sariol, natural de San Luis, llegó a Manzanillo atraído por una ciudad; la cual, *in crescendo*, aportaba momentos singulares a la cubanidad, encontrando a su llegada un ambiente favorable para realizar a plenitud una devoción hacia el Apóstol que busca y puede encontrar émulos —sálvense distancias—, en San Juan de la Cruz y Santa

Teresa de Jesús. Es cierto, la revista casi capitalizó todo el decir de Martí en Manzanillo; mas, el mundo martiano de Juan Francisco Sariol y sus coetáneos tuvo mayores amplitudes; en tanto, la imprenta por él fundada y donde se gestaba *Orto: El Arte*, puso en blanco y negro una nevadura espiritual animada por el alfa de Paula hasta el omega de Dos Ríos, eso sin contar la Biblioteca Martí, ensueño más que empresa.

Sin embargo, nada sublimó la veneración por el Maestro en Manzanillo como la Nochebuena martiniana, homenaje también conocido como Nochebuena martiana, Cena martiana y en los años 50 rebautizado ya como Vigilia martiana. Rogelio González Ricardo, uno de los fundadores, recuerda el instante primero:

Al cumplirse cada aniversario de la fundación de "Orto", los fundadores y redactores de la revista — integrados por los componentes más selectos del Grupo Literario —, se reunían, en la redacción de este semanario, para celebrar, en animado y entusiasta cenáculo, tan señalada efemérides.

En enero de 1926, la celebración del aniversario de "Orto" no se celebró el día de año nuevo — como era ya costumbre —, sino que el Director de la revista, Juan Francisco Sariol, la señaló para el 27 del mismo mes, por la noche, víspera del natalicio del Apóstol. Sariol invitó, en muy elegantes cartulinas, expresamente, a los miembros del Grupo Literario y a otros intelectuales que, sin ser literatos o artistas, eran miembros prestigiosos de la sociedad manzanillera.

Los invitados acudieron solícitos. Y en gratas lecturas de escogidas páginas del Maestro, recitación de algunos de sus más sentidos versos, discursos alusivos a la fecha y amenísimas charlas, decursaron raudamente las horas, y se esperó con recogimiento casi religioso la llegada de la media

noche, hora en que se iniciaba el día del natalicio de Martí, del advenimiento a esta vida del Apóstol de la libertad cubana.

Los concurrentes fueron espléndidamente agasajados con bocaditos, delicados dulces y finísimos licores. A cada uno se le obsequió un artístico souvenir, y se concluyó con la redacción de un acta, dando fe del magno acontecimiento, que suscribieron todos los presentes.

Así nació la Nochebuena Martiniana.²⁰

Dos días después, un editorial de *Orto* asumía:

Con el homenaje que rendimos a Martí, quisimos organizar, y lo llevamos a efecto, el acto de celebrar en Cuba la “Nochebuena Martiniana” como una demostración más de lo mucho que vale y es para nosotros el nombre de Martí, a quien admiramos y queremos con la admiración y el amor que pudiera inspirarnos la fe de Cristo. Martí para nosotros es un espíritu superior que nos ilumina el alma con su luz purísima y bienhechora y nos hace ser buenos y amantes de la patria, de esta patria por la cual él lo dio todo. Y por eso, como lo más superior nuestro, como al Dios cubano lo veneramos.²¹

La nueva forma de homenajear y recordar a Martí, también de difundir y dar a conocer su vida y obra, se desparramó por toda la isla como reguero de pólvora llegando a concebirse un proyecto de ley para declarar la conmemoración Fiesta Nacional; y aunque tal propuesta no llegó a materializarse, en el año 43, un Decreto del Ministerio de Educación hizo obligatoria su celebración en escuelas públicas y privadas. Por otro lado, instituciones sociales y hasta organismos castrenses desarrollaron también las nochebuenas; mientras Federico Henríquez y Carvajal, ilustre dominicano y amigo personal de José

Martí, al acusar recibo del envío del Acta de la Nochebuena martiniana dejó constancia del impacto que le valió el homenaje: “Bienhaya Cuba que siente vibrar el alma de Martí en los legionarios de su Noche Buena”.

En 1946, una Nochebuena celebrada en Holguín, devino francachela y culto a Baco; los verdaderos martianos se levantaron contra esta perversión pero se optó por el camino más fácil: suspender el homenaje. Los manzanilleros, como era de esperar, defendieron su creación y, con la misma intención y respeto con que iniciaron el homenaje, lo mantuvieron hasta 1957; en tanto, diciembre de ese año marcaría la desaparición de la revista *Orto*, mientras la conjugación de varios factores como la situación política del país, la muerte de muchos de los fundadores y la dispersión de otros, harían impracticable la continuidad de la tradición.

El triunfo de la Revolución en enero de 1959 tampoco propiciaría la celebración de las cenas martianas; pues, las urgencias revolucionarias por un lado y el defenestramiento de toda actividad con contenido religioso —aparente o real—, por otro, harían imposible la reanudación de la tradición. A inicios de la década de los 80, Wilfredo Naranjo Gauthier, eterno enamorado de su Ciudad, historiador y presidente en 1940 de la Institución Minerva —organización desde la cual se propagó también el culto martiano—, decidió rescatar nuevamente la tradición. Bajo esta inspiración, Naranjo logró organizar dos cenas martianas en la Casa de Cultura entre los años 1982 y 1984; pero, los ramalazos del Quinquenio Gris llegaron hasta Manzanillo para, en forma de negativa emanada del Ministerio de Cultura, suspender el rescate del homenaje.

El derrumbe del Campo Socialista y la vuelta de Cuba a sus orígenes hizo posible que, sin exclusiones de ningún tipo, pudiera la isla acercarse desprejuiciadamente a sus raíces y comenzar, sin mediatización alguna, a beber de su sabia fundadora. Ante esta nueva circunstancialidad,

en 1994, el Centro de Promoción de la Cultura Literaria “Manuel Navarro Luna”, conducido por una persistente mujer, Maritza Labrada Batista, logra el rescate de la tradición denominándola Vigilia martiana, gracia que ya se le daba en los años 50 del pasado siglo. Ahora, siguiendo en lo esencial el ritual originario; pero, sin alimento material de ningún tipo, los “vigilantes”, reunidos en cualquier espacio público o institucional, desde las 9:00 o 9:30 p.m. de la noche, se entregan a la devoción martiana recitando sus versos, representando sus creaciones dramáticas, interpretando genuina música cubana, escuchando concisos trabajos en torno a su vida y obra para luego, cercana la medianoche, salir en marcha al compás de una banda de música y con el pendón nacional por delante, hacia el busto del Apóstol en el parque central (vértice en el cual las calle Masó y Martí en magnífico simbolismo se juntan), y donde, después de entonadas las notas de La Bayamesa, Himno Nacional, un orador u oradora, en patriótica alocución, da la bienvenida al 28 de enero, iniciando de esta forma un nuevo ciclo de compromiso con Cuba y su padre espiritual.

Fue el reino de las Artes Plásticas otro espacio que hizo suya la presencia martiana. En 1925, el marmolista Manuel Vallejo, con notable oficio y pulcritud artística, orla las esquinas de la plaza principal con estatuas de Antonio Maceo, Rafael María Merchán, Bartolomé Masó y mirando al sur, en coincidencia profética y reafirmando el azar concurrente, el busto de José Martí —en mármol de Carrara—, otea el horizonte y con pupila insomne alienta el sentimiento de Patria. Tiempo después Gregorio Linares, creyonista autodidacta, lega a la posteridad una excelente propuesta artística en la cual, con casi dos metros de altura, parece trasuntar el cuadro de Esteban Valderrama.

Notable por la forma en que se concibió: colectiva y colaborativa, más que por la belleza artística, fue la creación del pequeño monumento levantado al Apóstol frente a

la actual escuela “Ignacio Bazán”. Este insigne maestro hace que padres, maestros, vecinos y alumnos colaboren con lo que les fuese posible: un centavo, un ladrillo o sus brazos y así erigen, en la cima de la empinada arteria Antonio Maceo, frente al plantel educacional, la obra que en su leyenda recuerda la máxima martiana: “Honrar, honra”.

Después del triunfo revolucionario, destaca por su permanencia e intenciones el proyecto Imagen Plástica de José Martí, auspiciado por el matrimonio de Manuel Olivera Álvarez (pintor) y María Piqueras (artesana) quienes, durante los años 1973, 1974 y 1975 convocaron a los niños para que, como tributo al Apóstol dibujasen su faz en el Aniversario de su natalicio. Posteriormente —en los años 80—, el proyecto se traslada a la Escuela Elemental de Artes Plásticas y el tema martiano se convierte en ejercicio de clase de la asignatura Taller de expresión creadora, atendido por la profesora y artesana antes mencionada.²²

Sistemático ha sido el tratamiento que el escultor manzanillero Wilfredo Milanés Santiesteban ha dado a la figura de José Martí. El primero de sus bustos martianos orla el parque central de Baire, otro distingue la sede de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana en la Ciudad del Golfo, un tercero —con notable fuerza expresiva—, vigila los transeúntes en una calle del poblado de Yara, uno flanquea la entrada de la extinta Academia de Artes Plásticas de Manzanillo “Carlos Enríquez”, otro puede contemplarse en el zocodero de cocodrilos de Chapala; mientras la mayor de sus creaciones (todas de cemento), podemos avistarla en el parque central de Jiguaní. Allí, de cuerpo entero, sentado y haciendo alusión al momento en que escribía su testamento político está el más útil y trascendente de los cubanos: la cabeza en alto, la pluma en ristre y la mirada orientada hacia el Gólgota cubano nos ofrece una imagen de cierta mística, claro, a ello contribuye, más que todo, el lugar de emplazamiento.²³

Tratando de avivar y mantener en el alma social de los manzanilleros la memoria del Maestro, en el año 2009, con motivo del 114 Aniversario de su caída en combate, la Sociedad Cultural “José Martí” organizó e inauguró una exposición de artes plásticas en el Centro Cultural “José Martí” que, rebautizada al año siguiente como “De mayo a mayo”, convoca a artistas de la localidad para vestir con sus creaciones plásticas y por espacio de un año las paredes de la única institución de su tipo en el país: una réplica a escala natural de la casa natal del hijo de Leonor Cabrera y Mariano Martí.

“La casita de Martí”, como se le conoce en la ciudad, inaugurada el 28 de enero de 2007, es el mejoramiento de una idea del yarense Osvaldo Parra, quien decidió en su municipio aprovechar un espacio baldío y darle utilidad fundadora. Los manzanilleros amplificaron la iniciativa y bajo los trazos del arquitecto Damián Matamoros León, edificaron una institución cultural cuya misión social es difundir y socializar el pensamiento, vida y obra del Apóstol. El lugar, emplazado en la calle Martí y a escasos metros de donde se celebró la primera Nochebuena martiana, parece confirmar una constante ardiente que algunos oradores locales gustan repetir: ¡Martí está en nosotros, con nosotros, entre nosotros!

El Centenario de la caída en combate de José Martí, no podía ser de otro modo, movilizó el espíritu martiano en la ciudad. El Instituto Superior Pedagógico “Blas Roca Calderío”, en la figura de Gabriel Cartaya, de conjunto con la Casa del Caribe y el Instituto de Medicina Legal de Santiago de Cuba, identifican en el cementerio local los restos de Pablo de Valencia (el médico que hace la autopsia a José Martí), preservan sus restos y señalan su tumba, aportando una pieza más para la comprensión de la ontogénesis martiana.

Iniciado el siglo XXI y después de años de silencio editorial por la ausencia de imprentas, el surgimiento de un proyecto que privilegiaba las publicaciones territoriales

empleando la tecnología de impresión Risso, propició la puesta en blanco y negro de un notable acervo que, adormecido por la falta de oportunidades editoriales, pujaba por darse a conocer. El libro *Manzanillo en la pluma de José Martí* es el primer texto de un escritor manzanillero que confirma y da fe de una presencia latente; le seguiría *El lugar de Martí en 1895*, de Gabriel Cartaya López, mientras *Después de Dos Ríos. Presencia y recepción martiana en Manzanillo y Jesús de Nazaret. Un paradigma ético de José Martí*, constatan una heredad patria que se enorgullece y tienen como alhaja distintiva el legado martiano.

Ahora, aprovechando las potencialidades y ventajas de las TIC (Tecnologías de la Información y las Comunicaciones), especialmente el formato digital, desde el Archivo Histórico Municipal "Modesto Tirado Avilés" y con la complacencia de la Sociedad Cultural "José Martí" en la provincia y el apoyo del Centro de Estudios Martianos, especialmente del Dr. Pedro Pablo Rodríguez, se construye una *Enciclopedia martiana* cuyo título, en su plenitud, asume que el compendio tiene como centro la vida y obra del Maestro, mas, el empleo del adjetivo "martiana" establece que la misma no se reduce a su dedicado universo decimonónico; sino al legado del Apóstol, a su transcendencia, a las visiones que de él tienen los cubanos y otros no nacidos en esta geografía, a su heredad y recepción, en fin, al constructo que, a partir del Héroe Nacional Cubano han diseñado los que habitan el campo físico e imaginario de una ínsula que para él fue agonía y deber.

Citas y notas

1. PIEDRA MARTEL, MANUEL: *Mis primeros treinta años*, Editorial Minerva, La Habana, 1943, p. 149.
2. Ídem. p. 150.
3. MARTÍ, JOSÉ: *Epistolario*, [Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique Moreno Plá], Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, t. I, p. 179.
4. MARTÍ, JOSÉ: *Antología mínima*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 58.
5. MARTÍ, JOSÉ: *Epistolario*. Ob. cit., t. IV, p. 199.
6. Ídem. p. 202.
7. Ídem. p. 203.
8. MARTÍ, JOSÉ: *Epistolario*, Ob. cit., t. IV, p. 248.
9. Ídem. p. 268.
10. Ídem..
11. CARTAYA LÓPEZ, GABRIEL: *La formación del Gobierno en el desvelo de campaña de José Martí*, Inédito, 1994.
12. RODRÍGUEZ, ROLANDO: "Los documentos de Martí en Dos Ríos", en: *Juventud Rebelde*, dominical, 20 de mayo del 2001, p. 3. El subrayado es nuestro.
13. MARTÍ, JOSÉ: *Epistolario*. Ob. cit., t. V, p. 170.
14. *Ibíd.* p. 233.
15. A.H.M., Fondo: Gobierno, Serie: Actas del Cabildo, Libro de Actas del 6 de julio de 1898 al 26 de junio de 1899, acta del 21 de diciembre de 1898, acuerdo 6to.
16. *Oriente contemporáneo*, Talleres Tipográficos de Arroyos y Hnos, 1943, Término Municipal de Manzanillo.
17. *Orto*, enero-abril, 1945, pp. X y XI.
18. Con fecha de salida 5 de julio de 1908, la publicación tendrá una corta vida; pues, en febrero del año siguiente deja de existir el primer empeño literario, en forma de revista, de la Ciudad.
19. GANDARILLA, JULIO CÉSAR: *Contra el yanqui*, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouzá y Ca., La Habana, 1913, pp. 31-38.
20. GONZÁLEZ RICARDO, ROGELIO: "¿Cómo y dónde surgió la Nochebuena Martiana?", en: *Orto*, enero-febrero-marzo de 1942, pp. 32 y 33.
21. *Orto*, Manzanillo, 30 de enero de 1926.
22. Entrevista realizada a Manuel Olivera Álvarez y Maruja Piquera por Delio Orozco González. Manzanillo, febrero de 2013.
23. Entrevista realizada a Wilfredo Milanés Santiesteban por Delio Orozco González. Manzanillo, febrero de 2013.

Símbolos

La bandera cubana y *El Álbum*, de Manzanillo

Una explicación emocional y circunstancial

Aquella mañana, una voz quebrada recordaba a los congregados la afirmación del poeta de que si un día fuese jirones el paño sagrado, los muertos alzarían sus brazos para defenderla. La forma en que escuché por vez primera a Camilo Cienfuegos y lo que decía, me marcó; sin embargo, nunca hurgué sobre el autor de aquellos versos y mucho menos traté de leer íntegramente el poema. Luego, supe que la estrofa había sido recitada — en arrebatado discursivo —, el 26 de julio de 1959 en La Habana.¹

Pasó el tiempo, y un cuarto de siglo después, el “descubrimiento” del periódico literario manzanillero *El Álbum*, semanario que debió comenzar su vida útil el domingo 5 febrero de 1899, pues el 2 de abril del propio año editaba el número 9,² ha provocado una revalorización en torno a los antecedentes de las publicaciones literarias en Manzanillo, en tanto, hasta este momento se creía había sido *Alma Joven* la antesala de ese empeño extraordinario que resultó ser la revista *Orto*. Pues bien, en los ejemplares a la vista, el pendón nacional es motivo de atención en cinco ocasiones: una fotografía en la cual una niña sostiene una pequeña enseña, un canto en prosa poética, dos poemas y un breve relato sobre los orígenes de la misma; a esta narración y a uno de los poemas, está dedicada la presente reflexión.

La bandera cubana: origen y significado

Los textos republicanos y/o revolucionarios que abordan los orígenes de la enseña nacional ya sean en papel o formato digital, concuerdan, de manera general, en cómo se gestó el pendón cubano. Las diferencias apreciadas —no sustanciales pero evidentes—, se verifican en la descripción connotativa que cada cual, según las circunstancias, le da a los elementos constitutivos, al color del pabellón y a uno que otro detalle en torno a su construcción. A evitar desatinos mayores ha contribuido, sin duda alguna, el testimonio de Cirilo Villaverde, testigo ocular de los hechos en la medianía del año 1849³ sin embargo, como la mayoría de los tratadistas no citan exactamente las palabras del novelista vueltabajero, escogiendo a voluntad el trozo que más le complace y/o satisface de la descripción de este, o agregando de su propia cosecha, ello ha dado pie a las diversas interpretaciones, a veces no exactas, que sobre el oriflama cubano existen.

En 1950, a propósito del Centenario del emblema cubano, se publica un folleto⁴ cuyo valor radica en haber sido escrito por un descendiente de Miguel Teurbe Tolón, quien, al parecer, tuvo acceso al legado informacional de Villaverde, pues su texto es casi copia y calco de la remembranza del escritor pinareño, amen de ofrecer otros datos que parecen haber sido transmitidos vía oral y en torno a los cuales no se ofrecen referencias de ningún tipo y sí presenta semejanzas con lo publicado en Manzanillo en el penúltimo año del siglo XIX.

Ahora bien, el mérito del artículo⁵ aclaratorio publicado en *El Álbum*, de Manzanillo, radica esencialmente en el intento de fijar, a partir de documentos originales (eso refiere el autor), lo más veraz posible, los acontecimientos vinculados a la confección de la bandera cubana y aunque diferencias se notan, el núcleo duro es el mismo

que el de Villaverde, publicado por el periódico *La Revolución*, en Nueva York, el 15 de febrero de 1873. A modo de ponderar semejanzas y diferencias entre ambos artículos y con el objeto de reproducir nuevamente un testimonio de valor irrecusable (Ver Anexo), quedan trasuntados los dos textos; a continuación el publicado en Manzanillo y en cuya transcripción respetamos la ortografía original:

La Bandera Cubana.

Se ha disparatado tanto sobre el origen y la significación de la enseña tricolor que levantan, altanera é invicta en los campos de Cuba, las huestes que manda el viejo dominicano, que creemos de nuestro deber —recordando lo que hemos leído en las memorias inéditas del General Narciso López y de su secretario C. Villaverde— no permitir que la leyenda sobre el origen de nuestra bandera mate la historia de nuestra insignia.

Era en 1849.

En la casa número 39 de la calle de Howard, que está en la parte baja de la ciudad de New York, vivía conspirando contra España, aquel venezolano que pintó en una frase al pueblo de Cuba, cuando dijo que era como el pato, que se le echaba al agua y nadaba. Reunidos una tarde con el general se hallaban, el dulce poeta Miguel T. Tolón y Cirilo Villaverde. Acababan de llegar de la redacción del periódico “La Verdad” que dirigía este último.

“Estamos conspirando contra el poder de España en Cuba, dijo López, y no tenemos bandera”

Y Tolón, que manejaba el pincel como la pluma, tomó un lápiz dispuesto á hacer el diseño del nuevo pabellón.

Los tres departamentos los representaremos con listas azules en campo blanco, dijo López.

Y Tolón agregó: la unión y la fuerza quedarán representadas por un triángulo rojo.

Y Cuba —interrumpió Villaverde— será una estrella solitaria que pondremos en el triángulo.

Y mientras al amor de la lumbre; discutían el General y su Secretario si no era un contrasentido colocar una estrella en campo rojo, lo cual estaba —y está— en abierta oposición con las leyes de la heráldica, Tolón dibujaba la bandera que al día siguiente bordaba la hermana del poeta: Sra. Emilia T. Tolón.

Los que siguen creyendo que los listones de la primera bandera eran rojos y el triángulo azul, se vencerán de su craso error si pudieran admirar la muestra de nuestra primer insignia, que en lujoso marco y cubierto con vidrio, conserva religiosamente la familia del autor de Cecilia Valdés, ó la que hecha por las criollas de New Orleans, flotó por vez primera en Cárdenas el año 51, la cual también conserva como joya preciosa la viuda del abandonado que acompañó á López en aquella ocasión: la distinguida dama que fue esposa del inolvidable patriota Juan Manuel Macías.

GREENVILLE

Aunque no es objeto de estas líneas analizar la orientación política del movimiento de Narciso López, obligatorio resulta discurrir sobre el asunto brevemente, en tanto, podría arrojar luz sobre la intención para la cual fue compuesto el gallardete cubano. Los historiadores que más seriamente se han planteado este asunto —hasta dónde conocemos—, son Sergio Aguirre⁶ y Philips Foner⁷, ambos sostienen, después de meditadas y probadas reflexiones, que la intentona conducida por el venezolano era de corte anexionista. No obstante, la lectura y las afirmaciones de Villaverde nos dicen lo contrario; por

ejemplo, las frases: “Vamos, señor dibujante, trácenos Ud. su idea de bandera libre de Cuba [...]” o “[...] en el centro del triángulo solo correspondía poner la estrella de Cuba levantándose sobre un campo de sangre para presidir en la lucha y alumbrar el camino trabajoso y oscuro de la libertad e independencia de la patria aherrojada”, nos hablan claramente de intenciones separatistas.

Ahora bien, para dilucidar esta dicotomía de afirmaciones, basémonos en el artículo en cuestión. No olvidemos que el mismo fue escrito en plena campaña del 68, donde hubiera sido, si no un suicidio político, un descrédito apuntar la brújula hacia su posición original; pero con la misma fuerza que puede sostenerse esta idea, su contraria también puede ser validada, por cuanto, ¿sostuvo Villaverde, después de este escrito, posiciones anexionistas?, ¿qué beneficio tácito le reportaría declararse independentista, sino solo el placer y la convicción de serlo?; esto último ya no lo sabremos y si su intención, además de arrojar luz sobre un hecho histórico, alcanzaba también el deseo de limpiar o mantener incólume la memoria de su compañero, el hecho incontrastable de que el general Narciso López había sido fusilado por los españoles lo colocaba ahora, sin duda alguna, en el mismo bando de quienes flameaban la insignia por él soñada y creada.

A pesar de todo, el aliento anexionista de aquellos tiempos puede rastrearse en el artículo por varias vías.

Primero, la negativa de José Antonio Saco de hacerse cargo del rotativo *La Verdad*, estaba asentada en el hecho incuestionable de que el periódico y sus sostenedores fueron férvidos legionarios del anexionismo, por tanto, el bayamés, que decía y ciertamente no era anexionista porque era más cubano que todos ellos juntos, no podía asumir la regencia de tal órgano de prensa.

Segundo, un viejo refrán reza: “dime con quién andas y te diré quién eres”, por tanto, ¿qué hacía entre aquellos

conspiradores Manuel Hernández quien, por cierto, propuso la estrella de Tejas para la bandera que surgía? Villaverde solo relata la respuesta de Narciso López a tal proposición, pero no señala que en 1855 este Hernández acompañaría al filibustero William Walker en su expedición a Nicaragua donde, entre otros actos peregrinos, reimplantaron la esclavitud con el objeto de fortalecer los estados sureños.

Tercero, el apelativo de “gran patriota” que el novelista endilga a Gaspar Betancourt Cisneros, lo hace en función del amor que, según Villaverde, sentía el camagüeyano por su Patria y los deseos de bien para esta, pues, ese es el significado de patriota: “persona que tiene amor a su patria y procura todo su bien”;⁸ sin embargo, un simple oteo al pensamiento y pronunciamientos del lugareño en los años que fue diseñada la bandera, nos revela un patriotismo muy distinto al que se gritó en La Demajagua o legisló en Guáimaro:

Unida Cuba a esta fuerte y respetada nación [Estados Unidos], cuyos intereses en el sur se identificarían con los de ella [esclavitud], afianzarían su tranquilidad y su suerte futura; aumentaría su riqueza doblando el valor de sus haciendas y esclavos, triplicando el de sus terrenos; daría libertad a la acción individual, y desterraría ese sistema odioso y pernicioso de restricciones [monopolio español] que paraliza el comercio y la agricultura.⁹

Por lo antes expuesto —entre otras razones—, y en virtud de lucidez profética, Martí sentenció: “Walker fue a Nicaragua por los Estados Unidos; por los Estados Unidos fue López a Cuba”.¹⁰ Después de tal dictamen no hay margen a dudas, la enseña nacional cubana eclosionó alentando pretensiones anexionistas; ¿cómo es posible entonces que la nación la proclame suya e ize como símbolo señero de independencia y soberanía? La

respuesta a tal aparente incongruencia la ofrece la historia de Cuba, pues toda la sangre vertida en la porfía libertaria, redimió y saneó el pecado original anexionista de lo que es hoy la bandera de la estrella solitaria.

Mi bandera: un poema y una profesión de fe

Bonifacio Byrne nació en Matanzas en 1861; en 1896 tuvo que emigrar hacia los Estados Unidos por razones políticas y al término de la Guerra de Independencia regresó a su país. Hacía su entrada en la rada habanera el 4 de enero de 1899 con el alma enlutada y sombría por la muerte de su hijo,¹¹ cuando asombrado vio, junto a la enseña cubana, el pendón norteamericano. La conmoción fue tal que a los labios saltaron aquellos enérgicos versos que, en 10 cuartetas, han pasado a la historia con el nombre de “Mi bandera” y en los cuales, si bien el estro poético no alcanza el brillo de otras composiciones suyas, han bastado no solo para darle honra y prez al ilustre matancero, sino, para redimir también —del pecado original—, la bandera cubana.

Hasta donde se ha podido precisar, todas las versiones y reproducciones del poema de Byrne que hoy se conocen, proceden del libro *Lira y Espada*, poemario publicado en La Habana en 1901 por la tipografía de El Fíguro, con prólogo de Nicolás Heredia,¹² incluso, cuando al cumplirse el Centenario de la publicación del libro y los 65 años de fallecimiento del poeta, Octavio Borges Pérez publica un artículo¹³ donde afirma que el poema fue publicado por vez primera “[...] el seis de mayo de 1899 [...]”, sin embargo, no señala dónde y, cuando transcribe los versos, copia los publicados en 1901.

Por su parte, el 23 de julio de 1899, en el número 24 del periódico literario de Manzanillo *El Álbum*, se publicó el poema “Mi bandera”, de Bonifacio Byrne, dedicado a su coterráneo el general Pedro Betancourt. En primer lugar,

esta publicación demuestra definitivamente que no es en *Lira y Espada*, como afirma Josefina Ortega,¹⁴ “[...] donde aparece “Mi bandera”, con el que Bonifacio Byrne alcanza el mayor reconocimiento de sus contemporáneos y las generaciones futuras”;¹⁵ finalmente y mucho más significativo, confirma los agónicos caminos de la creación, por cuanto, el escritor, inconforme con su obra, vuelve una y otra vez sobre sus textos en busca de perfección estilística y/o clarificación conceptual e ideológica. Veamos pues, cómo sintió y escribió prístinamente Byrne su poema y, al compararlo con la edición de 1901, cuales fueron las modificaciones hechas a un poema cuya última estrofa es tan conocida como los versos de la Guantanamera.

Versión de *El Álbum*

Al llegar de distinta ribera
con el alma enlutada y sombría,
afanoso busqué mi bandera
y otra he visto, además de la mía!

¿Dónde está mi bandera cubana,
la más bella bandera que existe?
Desde el buque la ví esta mañana,
y no he visto una cosa más triste...

Con la fe de las almas austeras,
hoy sostengo con honda energía,
que no deben ondear dos banderas
donde basta con una: ¡la mía!

En el campo que es hoy un osario,
vió á los bravos, batiéndose juntos,
y ella ha sido el honroso sudario
de los pobres guerreros difuntos.

Orgullosa lució en la pelea
sin *ficticio* y romántico alarde:
¡al cubano que en ella no crea,
se le debe azotar por cobarde!

En el fondo de oscuras prisiones
no ha escuchado la queja más leve,
y sus huellas en otras regiones
son letreros de luz en la nieve...

Versión de *Lira y Espada*

Al volver de distante ribera,
con el alma enlutada y sombría,
afanoso busqué mi bandera
y otra he visto, además de la mía!

¿Dónde está mi bandera cubana,
la más bella bandera que existe?
Desde el buque la ví esta mañana,
y no he visto una cosa más triste...

Con la fe de las almas austeras,
hoy sostengo con honda energía,
que no deben ondear dos banderas
donde basta con una: ¡la mía!

En los campos que hoy son un osario
vió á los bravos, batiéndose juntos,
y ella ha sido el honroso sudario
de los pobres guerreros difuntos.

Orgullosa lució en la pelea
sin *pueril* y romántico alarde:
¡al cubano que en ella no crea,
se le debe azotar por cobarde!

En el fondo de oscuras prisiones
no escuchó la queja más leve,
y sus huellas en otras regiones
son letreros de luz en la nieve...

¿No la véis? Mi bandera es aquella
que no ha sido jamás mercenaria,
y en la cual resplandece una estrella
con más luz, cuanto más solitaria!

Del destierro en el alma la traje
entre tantos recuerdos dispersos,
y he sabido rendirle homenaje
al hacerla flotar en mis versos.

Aunque lánguida y triste tremola,
mi ambición es que el sol, con su lumbre,
la ilumine á ella sola -¡á ella sola!-
en el llano, en el mar y en la cumbre!

Si deshecha en menudos pedazos
llega á ser mi bandera algún día...
nuestros muertos alzando los brazos,
la sabrán defender todavía!...

¿No la véis? Mi bandera es aquella
que no ha sido jamás mercenaria,
y en la cual se destaca una estrella
con más luz, cuanto más solitaria!

Del destierro en el alma la traje
entre tantos recuerdos dispersos,
y he sabido rendirle homenaje
al hacerla flotar en mis versos.

Hoy que lánguida y triste tremola,
mi ambición es que el sol, con su lumbre,
la ilumine á ella sola -¡á ella sola!-
en el llano, en el mar y en la cumbre!

Si deshecha en menudos pedazos
llega á ser mi bandera algún día...
nuestros muertos alzando los brazos,
la sabrán defender todavía!...

Los cambios, no sustanciales pero evidentes, denotan — como se ha apuntado más arriba —, una relectura del texto y evidente inconformidad del autor con la totalidad de su versión primaria. En nuestra opinión, de las siete modificaciones realizadas, cuatro de ellas le aportan al texto, mientras las tres restantes no resultan tan felices como las anteriores. Validemos pues, nuestro criterio.

La ribera tampeña era en realidad más *distinta* que *distante*. Si bien fue centro de conspiración independentista y en ella Martí pronuncia formidables discursos, formaba y forma parte de una tierra diferente a la nuestra, además de ser el punto desde donde salen algunas de las fuerzas que escamotean el triunfo al Ejército Libertador; por otro lado, de Tampa a La Habana sólo hay 542 kilómetros, o sea, 337 millas; mucho menos que la distancia entre Manzanillo y la capital de la isla.

Si bien la sustitución del adjetivo *ficticio* por *pueril* le otorga mayor sonoridad y facilidad de lectura a la quinta estrofa, en el orden conceptual la debilita, pues, hasta en los niños puede manifestarse el heroísmo, mientras la sangre derramada en modo alguno devino fingido alarde

y sí decisión que sirvió para redimir de cualquier pecado la actual insignia cubana.

La sustitución del adverbio de tiempo *hoy* por la conjunción adversativa *aunque*, le resta fuerza a la novena estrofa, en tanto, el carácter acusativo del presente (hoy), se vuelve feble ante una expresión que, si bien denota oposición, suaviza —en este caso— la denuncia poética.

No obstante, y como han observado algunos críticos de la obra de Byrne, no es este poema —ni con mucho— su mejor creación. A pesar de ello y sin dubitación alguna, este texto deviene el más trascendental de los escritos por el vate matancero, por cuanto, logra fundirse en magnífica simbiosis con el espíritu nacional que buscaba, aún busca, esa condición que lleva a plenitud la condición humana, ya sea individual o colectiva: la libertad.

No es un epílogo aunque lo parezca

Nada mejor que la compañía del padre espiritual de la nación cubana para sostener una íntima reflexión que, si equivocada, resultará —por honrada—, absuelta.

“Todo lo que es, es símbolo”, acotó el Apóstol y la enseña nacional constituye uno de esos referentes que en virtud de historia ha dejado hace rato de ser denotativo para trastocarse en poderoso instrumento connotativo; entonces, ¿por qué reducirla a las astas?, ¿por qué convertirla en referente emocional privativo de extranjeros o cubanos con solvencia pecuniaria en CUC?, ¿por qué el gallardete de las cinco franjas y la estrella no puede lucirse por el común de los cubanos en el pecho o en la frente?, ¿por qué las astas de la mayoría de nuestros sitios y monumentos históricos están desnudas?

Los anteriores cuestionamientos podrían explicar en gran medida la sincera preocupación en unos, fatua en otros, de por qué muchos de nuestros compatriotas, sobre todo jóvenes, llevan por doquier no solo el pendón

de las barras y las estrellas, sino, el de cualquier otra nación. En realidad ello no es una aberración, lo constituye, sí, el no llevar y lucir la nuestra de manera preferencial. Por eso podemos afirmar, después de apropiarnos de los versos de Joaquín Sabina en un proceso de mutuas aportaciones, esta sentencia transida de hondo y ¿por qué no? dolorido sentimiento:

Que lucir mi bandera no cueste tan caro,
que mostrar la ajena no valga la pena.

Anexo

Carta enviada por Cirilo Villaverde al periódico *La Revolución*, donde relata cómo surgió la bandera cubana¹⁶

Nueva York, febrero 12, 1873.

Señor director de La Revolución de Cuba.

Muy señor mío:

Haciendo usted una ligera reseña histórica de la bandera en el número 62 de su apreciable periódico, dice entre otras cosas: "Hay quien atribuye su invención al poeta Miguel Teurbe Tolón, hombre de gran talento y mucho mérito; pero sin duda Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño) fué quien mayor parte tuvo en el trabajo. A imitación de la bandera americana, se escogieron las fajas para representar los estados, y se determinó que cinco fajas, tres azules y dos blancas, representaran a los cinco estados en que debía dividirse Cuba"

En todo esto hay varios errores de bulto que conviene rectificar en tiempo, por honor de una bandera que es ya símbolo del heroísmo cubano. Ni en su concepción ni en su dibujo tuvo parte ni arte, como suele decirse, el gran patriota y distinguido Gaspar Betancourt Cisneros, más conocido por el sobrenombre de El Lugareño. La concepción de nuestra gloriosa bandera fue exclusiva del ilustre Narciso López, la ejecución del plan se debió al buen patriota y entusiasta patriota Miguel Teurbe Tolón.

El que esto suscribe fué testigo ocular y puede dar testimonio fehaciente de lo ocurrido en torno de una mesa cuadrilonga, en la sala del fondo del segundo piso de una casa de huéspedes en la calle de Warren, cerca del

río Norte, entre la calle Church y Collene Place, en los primeros días del mes de junio de 1849. Allí vivía Tolón y allí concurríamos casi todos los desterrados de entonces. El general López, Betancourt, Aniceto Iznaga, Pedro Agüero, Macías, Sánchez Iznaga, Manuel Hernández y otros varios.

Todos habían venido a Nueva York desde agosto del año de 1848, para hacerse cargo de la redacción de "La Verdad", puesto que no quiso aceptar el célebre publicista José Antonio Saco. Su primer cuidado fué dar una forma elegante al periódico cubano, para lo cual dibujó una viñeta, que se hizo grabar y estereotipar, representando la isla de Cuba, tras de cuyas costas septentrionales asomaba el benigno sol de la libertad. Tan graciosa como correcta viñeta llamó la atención de López, quien había precedido a Tolón en su venida a este país sólo unos pocos días, y se ocupaba de construir una bandera que le sirviera de enseña para guiar las huestes libertadoras de Cuba, cuando allá condujese la formidable expedición de hombres y pertrechos, conocida por Round Islan. En su salida precipitada de los valles de Manicaragua dejó abandonados algunos papeles, entre ellos el borrador de una proclama al ejército español, el de la dimisión de su empleo de mariscal de campo, honores y condecoraciones, y sobre todo el rudo boceto de una bandera, con que debió darse el grito de independendencia simultáneamente en Trinidad y Cienfuegos, el 28 de junio de 1848.

El tal boceto de bandera, que el que esto escribe vio agregado a la causa de la conspiración, preso en la cárcel de La Habana, con los demás principales conjurados, era muy sencillo, pues que se componía de los colores republicanos, en tres fajas horizontales, azul, blanca y roja; imitación lejana de la famosa bandera de Colombia. Pero familiarizado ahora con el pabellón americano modificó su plan primitivo de bandera cubana, por lo cual, Manuel Hernández, que después murió desastrosamente en el sitio de Granada, en Nicaragua, del que

esto escribe y de algún otro, dijo a Tolón, poco más o menos, las siguientes palabras: “Vamos, señor dibujante, trácenos Ud. su idea de bandera libre de Cuba. Mi idea, agregó tomando un lápiz de manos de Tolón, era ésta, cuando me hallaba en las minas de Manicaragua”, y dibujó la de que acaba de hablarse.

Pero añadió en seguida que debía imitarse en cuanto se pudiera el pabellón americano, porque en su concepto era el más bello de las naciones modernas. No había sino tres colores para escoger; López expresó que las fajas debían ser tres en representación de los tres departamentos militares en que los españoles dividían la isla desde 1829; lo que había que discutirse era únicamente la distribución de aquellas, de la manera más conveniente, a fin de que la imitación no resultara una copia servil de la bandera que se proponía como prototipo. En tal virtud, se decidió que las fajas no fuesen rojas; tampoco que fuesen blancas en campo azul, porque según observó López que, como militar, tenía una gran experiencia, a la larga distancia desaparece el color blanco. Hubo, pues, que trazar una faja azul horizontal en el borde superior para que representara el Departamento Oriental, otra del mismo ancho en el centro en representación del Camagüey y las Cinco Villas o tierra adentro, y una tercer faja en el borde inferior, que estaría por el Departamento Occidental. Dichas tres fajas en campo blanco, símbolo de la pureza de las intenciones de los republicanos independientes. Ahora bien, ¿sería eso bastante para construir un pabellón nacional republicano? ¿Que hacer con el color rojo? Sólo dos formas cabían para representarlo convenientemente, a saber: el cuadrado y el cuadrilongo, según se acostumbraba en los pabellones nacionales. López que era francmasón, naturalmente optó por el triángulo equilátero, figura geométrica más fuerte y significativa. Pero adoptado el triángulo, como desde luego se adoptó, ¿no pedía la heráldica que se colocara en el centro el ojo de la Providencia? Alguien

de los presentes, se cree que Hernández, sugirió la idea que López combatió con razones de gran peso; recordó la estrella de la bandera primitiva de Tejas, y decidió que en el centro del triángulo sólo correspondía poner la estrella de Cuba levantándose sobre un campo de sangre para presidir en la lucha y alumbrar el camino trabajoso y oscuro de la libertad e independencia de la patria aherrrojada.

Tolón trasladó al papel con mano hábil el feliz pensamiento del general López, lo iluminó en seguida con los colores, en el orden requerido, y quedó trazada una hermosa bandera, por más que, como decía el distinguido general Pedro Arismendi, estuviese su combinación en pugna con las reglas de la heráldica. En nada se parece a esta bandera la que flotó en Bayamo y otros sitios de Oriente el primer semestre del alzamiento cubano, y es además muy defectuosa, por tener blanca la faja más corta superior, y en consecuencia, vista de lejos, resulta una escuadra cuyo brazo más corto lo forma un cuadro rojo, y el más largo en un listón azul.

Ahora bien: ¿cómo vino a elegirse la bandera de López en el congreso de Guáimaro? Lo único que podemos decir sobre este particular es que poco antes de ese suceso memorable se encontró en una caja de hojalata, cerrada herméticamente, la bandera de seda que había llevado de aquí el gran patriota Betancourt Cisneros, y que había enterrado en el piso natural de la sala de su casa en la hacienda de Najasa, la última vez que allí estuvo a la vuelta de su larguísimo destierro.

La primera bandera cubana la construyó en esta ciudad una Emilia no menos filibustera que entusiasta, para regalársela a su autor. La primera que flotó públicamente aquí, la izaron el 11 de mayo de 1850 los hermanos Beach, dueños del Sun, en lo alto de su oficina, situada entonces en la esquina de abajo que forma la intercepción de la calle Fulton con la de Nassau, donde ahora se halla la oficina del comercial Advertiser. La que flameó en

Cárdenas el 19 de mayo del mismo año fue presentada al regimiento de Luisiana por algunas señoritas de Nueva Orleans, entusiastas del general López. C. Villaverde.

(“La Revolución, N. Y. Febrero 15, 1873)

Citas y notas

1. <http://matanzas.atenas.cult.cu/?q=node/365> (Sitio de la Casa de Cultura Municipal «Bonifacio Byrne». Consultado el 7 de agosto del 2007)
2. Los ejemplares encuadernados que hemos podido consultar, propiedad del amigo José Escala Manday, van desde el 2 de abril de 1899, con su número 9, hasta el 30 de julio del mismo año marcado con el número 25. El ejemplar del 28 de mayo incluye, a toda página, un machón que describe el semanario de la siguiente forma:

EL ÁLBUM
Periódico Literario
Fundador: Lcdo. José Manuel Guerrero.
Director: Manuel Estrada y Estrada.
Administrador: Ramiro Ramírez.
Colaboradoras: Srta. Mercedes Núñez, Srta. Dolores Bertrán, Sra.
América Betancourt, Srta. Consuelo Álvarez.
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
1899
IMPRENTA EL NUEVO RÉGIMEN
MANZANILLO.

3. VILLAVERDE, CIRILO: “¿Cómo surgió la idea de nuestra bandera?”, en: *Bohemia*, La Habana, Edición extraordinaria, Año 42, No. 31, mayo 21 de 1950, p. 4.
4. T. TOLÓN, EDWIN: *Homenaje a la Bandera Cubana. 1850-1950, (Obsequio de la cervecería «Polar» al pueblo de Cuba)*, La Habana, Imprenta «La Revoltosa», Galiano 467, [1950]. Este Edwin T. Tolón era descendiente de Miguel Teurbe Tolón, diseñador de la bandera cubana.
5. GREENVILLE: “La bandera cubana”, en: *El Álbum*, Manzanillo, 25 de junio de 1899, Año I, Número 20, p. 157.

6. AGUIRRE, SERGIO: *Quince objeciones a Narciso López*, La Habana, Tipografía Ideas, Amargura 113, 1962.
7. Véase en el texto: *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos, 1845-1895. De la era del anexionismo al inicio de la segunda guerra independentista*, Instituto Cubano del Libro, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. 2; los capítulos del 1 al 4 y especialmente este último.
8. Véase el concepto de patriota en el *Consultor Léxico Interactivo Océano de la Lengua Española*.
9. FONER, PHILIPS: *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos, 1845-1895. De la era del anexionismo al inicio de la segunda guerra independentista*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. 2, p. 17.
10. AGUIRRE, SERGIO: Ob. cit., p. 8.
11. <http://historiador.atenas.cult.cu/byrne.php> (Sitio del historiador de la ciudad de Matanzas. Artículo de Arnaldo Jiménez de la Cal titulado: *Byrne, la bandera y el día del poeta*. Consultado en julio del 2007).
12. <http://www.atenas.inf.cu/todo/Poetas/BonifacioByrne.htm> (Datos biográficos de Bonifacio Byrne. Consultada el 7 de agosto del 2007).
13. http://www.elhabanero.cu/2001/julio/nro151_01jul/cult_1jul112.html (Edición digital del periódico *El Habanero*. Artículo de Octavio Borges Pérez titulado: *Byrne, uno de los iniciadores de la poesía social en Cuba*. Consultada el 7 de agosto del 2007).
14. http://www.lajiribilla.co.cu/2004/n190_12/memoria.html (Sitio de *La Jiribilla*. Artículo de Josefina Ortega titulado: *Bonifacio Byrne. Poeta de la guerra*. Consultado el 7 de agosto del 2007).
15. Ídem.
16. VILLAVERDE, CIRILO: Ob. cit., p. 4.

Carlos Manuel de Céspedes y su *Marcha de Manzanillo*

Ante la sostenida impaciencia de los manzanilleros encabezados por Carlos Manuel de Céspedes, el venerable Francisco Vicente Aguilera, partidario de aplazar el alzamiento, decide entrevistarse con el líder del grupo de Manzanillo en un intento por apaciguar los ánimos desatados y, de todo punto, incontenibles. Viajó Aguilera a la costeña ciudad y en su ingenio Santa Gertrudis, distante solo una legua del Demajagua, se reúne con Céspedes, a quien trata de disuadir prometiéndole anticipar el alzamiento para el 24 de diciembre del propio 1868.¹ Sin embargo, la decisión de Carlos Manuel y sus conmlitonos era inalterable, las propias razones expuestas en la conversación sostenida el día 2 de octubre así lo demuestran: “Todo lo sé, pero no es posible aguardar más tiempo. Las conspiraciones que se preparan mucho siempre fracasan, porque nunca falta un traidor que las descubra. España está revuelta ahora, y esto nos ahorrará la mitad del trabajo [...]”,² razonó Céspedes con firmeza y visible lógica.

A pesar de todo, y creemos que esencialmente por respeto, Céspedes —a petición de Aguilera—, convocó una reunión con algunos otros manzanilleros que verificada el día 3 en la finca “El Ranchón”, propiedad de Manuel de Jesús Calvar y Odoardo (Titá), se extendió hasta la madrugada del día 4. En el cónclave Francisco Vicente fue escuchado con respeto obteniendo de sus interlocutores la promesa, incumplida seis días más tarde, de que “[...] acopiarían la mayor suma de dinero posible para la compra de armas, realizada la cual, se

lanzarían al grito de independencia”;³ a estas alturas, ya no se le podían poner diques al torrente de la libertad.

Por lo antes dicho, y con plena conciencia de cuales serían las acciones ulteriores, Carlos Manuel de Céspedes compone ese mismo día 4 la *Marcha de Manzanillo*, única pieza de índole marcial —hasta el momento conocida—, compuesta por quien el 10 de octubre de 1868 partea la nación cubana.⁴ Imposible era que no conociera Céspedes la composición de Pedro Figueredo, máxime cuando su primogénito era novio de una hija del creador de *La Bayamesa* y la pieza había sido entonada ya, con la letra algo cambiada, por un grupo de manzanilleros en una noche de serenatas cerca del dormitorio del Teniente Gobernador;⁵ por otro lado, resulta igualmente improbable que no conociera el ilustrado y culto bayamés —residenciado en Manzanillo desde hacía 16 años— la marcha que, compuesta por Claude Joseph Rouget había animado el núcleo espiritual de la revolución francesa; por tanto, hasta en eso quiso y fue original Céspedes: componer un himno sin referencias a otros similares y que denotara cuál sería la primera acción de armas cuando desatase el ademán heroico de la brega libertaria: el asalto y toma de la ciudad de Manzanillo, momento propicio para soliviantar, al calor del júbilo y la victoria popular, el espíritu público de los manzanilleros.

Sin embargo, por razones no tan iguales, mas no muy diferentes a las expuestas, el día 2, en la plática sostenida con Aguilera, Céspedes desistió del ataque a Manzanillo y después de un corto periplo de diez días convierte a Bayamo en la primera capital de Cuba Libre; por tal motivo, la Marcha compuesta días atrás no se aviene ahora al lugar ni a los hombres, viniendo a ser la toma de Bayamo la oportunidad dorada para que *La Bayamesa*, de Perucho Figueredo, cumpliera el papel de enardecer el espíritu y glorificar la decisión de morir por la Patria.

Olvidado y desconocido permaneció el convite de Carlos Manuel a los manzanilleros. La marcha quedó

relegada —por más de un siglo—, a una página de *El Cubano Libre*, marcado con el número 30, de fecha jueves 26 de noviembre de 1868,⁶ hasta que la paciente y patriótica obra del matrimonio de Hortensia Pichardo y Fernando Portuondo, la rescató de las páginas del insurrecto rotativo y publicó en 1974, justamente, un siglo después de la caída en combate del Padrazo. Poca importancia se le dio a la cespediana composición, hasta que una noche del año 2004, en el salón de protocolo del Teatro Manzanillo, ante la imagen pictórica del inmortal caudillo, quien escribe estas líneas impetró del magnífico discípulo de Euterpe, Leo Brower, la musicalización de la pieza; acompañaba en esos instantes al guitarrista el músico bayamés Carlos Puig Premián, quien, solícito y comprometido, pidió para sí la solicitud que cumplió cabalmente cuando, en octubre de ese mismo año, entregó al Gobierno de la Ciudad y al historiador manzanillero un disco compacto con la marcha musicalizada y cantada por el tenor holguinero Orlando Silverio. De esta forma, se cerraba el ciclo que iniciado el 4 de octubre de 1868 dotaba a la ciudad de Manzanillo de un himno, y, si la historia hubiese sido otra, esto es, si la toma de la ciudad se hubiera producido, si la Asamblea de Guáimaro no hubiese presionado a Céspedes como lo hizo con la bandera de La Demajagua, logrando él como concesión apenas colocarla en el recinto destinado a las reuniones de la Cámara, tal vez hoy, el Himno de la República de Cuba sería la *Marcha de Manzanillo*.

Marcha de Manzanillo

Estribillo

Ese astro bello que rutilante

En la risueña mañana asoma

Sobre la cima de la alta loma,

Ese es el sol de la libertad.

El con su fuego inflama los pechos,

Por nuestra patria y ley combatamos,
Antes que esclavos bravos muramos,
Bajo el pendón de la libertad.

Estrofa 1ra.

Vuestros machetes blandid con fuerza
Manzanilleros, id al combate
De miedo nunca, más brioso late
El corazón por la libertad.

Sólo en la fuga inútil amparo
Buscan sin gloria viles tiranos
¿Cómo podrá caer en sus manos
El que defiende su libertad?

Estrofa 2da.

Y brilla el día que deseabais:
Nuestros verdugos tenéis delante
Que desaparezcan en un instante
De este suelo de libertad.

¡Libertad! santo nombre que inspira
Las almas nobles a noble hazaña
Haz tú que Cuba venza la España
Con sólo el grito de libertad.

Referencias bibliográficas

1. PORTUONDO, FERNANDO Y HORTENSIA PICHARDO: *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos*. Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, t. I, p. 56.
2. Ídem.
3. Ídem., p. 57.
4. Ídem., p. 441.
5. ANTÚNEZ, FRANCISCO JAVIER: *Apuntes históricos de Manzanillo y su fundación*, Casa Editorial Timoteo, Manzanillo, septiembre de 1927, p. 74.
6. PORTUONDO, FERNANDO Y HORTENSIA PICHARDO: Ob. cit., p. 441.

Notas para una historia del ron Pinilla

El 10 de marzo de 1906 quedó fundada ante el notario Manuel Fuentes García, de esta ciudad, la Compañía Licorera de Manzanillo S.A. Eran sus socios Enrique Colomé Cosh, barcelonés y apoderado especial de la Sociedad Rovira Mestre y Cía, que giraba en Santiago de Cuba; Miguel Jacas Pujols, barcelonés también y Gerente de la Sociedad Mercantil M. Jacas y Cía de Manzanillo; además y por derecho propio, Rafael Portilla Castillo de Mohoño, Santander; y Felipe Pinilla Murillo, natural de Bustillo del Oro, provincia de Zamora y en la actualidad parte de la Comunidad Autónoma de Castilla y León.¹

La duración de la Compañía sería de 5 años a partir del instante de su constitución, prorrogables por posterior modificación reglamentaria, y con un capital social de 10.000 pesos americanos para dedicarse a la fabricación, rectificación y purificación de aguardiente y toda clase de licores y a la compraventa de estos al por mayor y menor, así como a toda clase de negocios de lícito comercio.²

Como casi todas estas compañías, la Licorera de Manzanillo sufriría constante modificaciones y adecuaciones en virtud de la necesidad de su expansión y conservación, por ello, el 18 de enero de 1907 se verifica la primera modificación por la cual Enrique Colomé Cosh, y en consecuencia la Sociedad por el representada, disolvía la asociación entre las sociedades manzanillera y santiaguera. Ahora, los accionistas de la Compañía manzanillera serían los señores representantes de la Sociedad M. Jacas y Compañía, además de Rafael Portilla

Castillo y Felipe Pinilla. El capital continuaba siendo el mismo (10.000 pesos), divididos en 200 acciones de 50 pesos, de las cuales Pinilla Murillo tenía reconocidas 40; o sea, su participación en el capital social ascendía en esos momentos a 2000 pesos.³

Tiempo después, en virtud de una decisión tomada en junta de accionistas y con carácter retroactivo al 19 de noviembre de 1910, se produce otra modificación por la cual la Sociedad M. Jacas y Cía se separa, mientras su representante en esos instantes, el señor José Pañellas Carbonel, pasó a ser por derecho propio accionista de la Compañía Licorera de Manzanillo. Esta modificación recoge el instante en que Isidro Quiroga, natural de Manzanillo, resulta aceptado como accionista de la Compañía, además de acordarse la elevación del capital a 500 acciones de 50 pesos, lo que hacía un total de 25.000 pesos moneda americana como capital social de la Compañía dividido de la siguiente forma: Rafael Portilla, 244 acciones; Felipe Pinilla, 114 acciones; José Pañellas Carbonel, 72 acciones; e Isidiro Quiroga, 70 acciones. Para esa época, la fábrica se hallaba instalada y funcionando en un edificio de mampostería y azotea situado frente al espacio que ocupan hoy parte de la Casa de las fiestas y el Palacio de los matrimonios.⁴

Dos años más tarde; o sea, en 1913, nuevas modificaciones cambiaron la correlación de poder dentro de la Compañía, pues, a partir de una junta general extraordinaria de accionistas de fecha 29 de enero, decidieron los socios que Rafael Portilla transfiriera por venta a los otros accionistas parte de sus derechos; por tal razón, cedió a Isidro Quiroga 73 acciones; a José Pañellas 71; y Felipe Pinilla 20; títulos estos que fueron adicionados a los que poseían con anterioridad, además, como Genaro Cordoví Galiano renunció a la administración de la Compañía, quedó únicamente desempeñando esta función el fundador Pinilla, quien ahora poseía la mayor cantidad de acciones con 134.⁵

Todo parece indicar que después de una década de existencia la Compañía Licorera de Manzanillo todavía no producía el ron Pinilla, contrayéndose esta gracia únicamente al apellido del administrador de la sociedad; pues, en marzo de 1915, la revista *Orto* promocionaba el consorcio de la siguiente manera:

Gran Fábrica de Licores Lisos y Escarchados de la Compañía Licorera de Manzanillo S. A. Especialidad en cremas finas de todas clases del acreditado Ron "CARTA EXTRA"

Almacenistas e importadores de vinos y comisionistas en general

Almacén Masó y Estrada Palma.⁶

En este mismo año y aduciendo "[...] serle necesario dedicarse a otros asuntos [...]", Isidro Quiroga se separa de la Compañía y sus acciones son repartidas entre los demás socios, razón por la cual aumentan las de Felipe Pinilla a 183, elevándose por tanto su participación a 9150.00 pesos; o sea, el 36,6% del capital social.⁷ En el propio año de 1915 (15 de octubre), y debido a la muerte del socio Rafael Portilla, sus herederos, representados por la viuda María Aces Vega, entran en la Sociedad.

En pleno apogeo del opulento período conocido como de las "vacas gordas", el 31 de marzo de 1920, la Compañía Licorera de Manzanillo S.A. hace arqueo de su capital activo y pasivo y decide disolverse⁸ para volver a constituirse jurídicamente al día siguiente, pero ahora como Sociedad bajo la razón Pinilla Pañella y Compañía Sociedad en Comandita, compuesta por José Pañellas Carbonell, Felipe Pinilla Murillo y María Aces Vega. Su capital era ahora de 115312.00 pesos moneda oficial, distribuido de la siguiente forma: José Pañellas: 42324.00, Felipe Pinilla: 40826.00; y María Aces 31162.00. Esta nueva razón social era dueña, poseedora y responsable de todos los derechos, títulos, marcas, obligaciones y deudas

de la extinta Compañía Licorera de Manzanillo S.A., incluso, llevaría como muestra la antigua denominación.⁹

Todo parece indicar que sería ahora, bajo este nuevo rostro, que comienza a nombrarse como “Pinilla” al ron producido por la Sociedad, así lo indican los anuncios publicitarios salidos en la prensa local: “Para Ron Carta Pinilla”,¹⁰ era el lema con que la Sociedad Pinilla y Pañellas promocionaba su producto estrella. De modo que no sería hasta mucho tiempo después que la compañía de ron Quiroga, regentada primero por Isidro Quiroga y luego por su hijo, lograra adquirir la marca para llevarla a planos estelares, pues, en fecha tan tardía como 1942, se vanagloriaban sólo de “[...] la fabricación del Ron Carta Quiroga, del Anís Palma y el Aliñado Superior, que gozan de reconocida fama en el mercado nacional, fabricando además, el aguardiente y el magnífico “Ron Cotunta”.¹¹

Así pues, a pesar del triunfo económico de la Compañía de Isidro Quiroga, que le posibilitó sobrevivir y por qué no, desplazar a Pinilla y Pañellas, la tradición, tal vez la sonoridad o quizás la suerte, influyeron de tal modo que ninguna de las marcas producida por Quiroga se incrustaron en el identitario manzanillero como lo hizo aquel aguardiente que desafiando los mares y el tiempo, llegó hasta estos predios y días con el apellido de un inmigrante español, quien —cargado de sueños y esperanzas—, arribó un buen día a Manzanillo para legar a la posteridad un ron ya centenario: el Pinilla.

Citas y notas

1. A.H.M., Fondo: Registro Mercantil, Serie: Sociedades, Libro 2, Folios 120-121.
2. Ídem. Folios 122-124.
3. Ídem. Folios 124-125 vuelto.

4. Ídem. y A.H.M., Registro Mercantil, Serie: Sociedades. Libro 3, Folios 174 y 175.
5. A.H.M., Registro Mercantil, Serie: Sociedades, Libro 3, Folios 175 vuelto y 176 vuelto.
6. Revista *Orto*, 19 de diciembre de 1915, s/p.
7. A.H.M., Registro Mercantil, Serie: Sociedades, Libro 5, Folios 105-106 vuelto.
8. En esta fecha la Compañía declaraba poseer créditos por 169 147.00 pesos, mientras el valor de las maquinarias instaladas en la fábrica situada en la finca urbana del reparto "Céspedes" ascendían a 35 000.00 pesos; además, eran propiedad del consorcio los siguientes inmuebles:
 - Casa urbana situada en la calle Caridad No. 1.
 - Casa urbana en el solar de la Cía. en la calle Caridad No. 8.
 - Casa urbana en el reparto "Céspedes", finca "Caymanera".
 - Solar de la manzana 1 del reparto "Céspedes", señalado con el No. 3.
 - Solar de la manzana 1 del reparto "Céspedes", señalado con el No. 2.
 - Solar que da frente a la 1ra Avenida de la manzana 1, reparto "Céspedes", marcado con el No. 4. A.H.M., Registro Mercantil, Serie: Sociedades, Libro 8, Folios 54, 55 y 150.
9. AHM. Registro Mercantil. Serie: Sociedades. Libro 9, Folios 7, 8, 162 y 163.
10. Periódico *Timoteo*, 10 de mayo de 1923.
11. *Oriente Contemporáneo. Término Municipal de Manzanillo*. Talleres Tipográficos de Arroyos y Hermanos, Santiago de Cuba, 1942.

El espiritismo de cordón en Manzanillo. Esbozo histórico

Así definía Allan Kardec, codificador de la doctrina, la práctica espírita: “El Espiritismo es la ciencia que trata de la naturaleza, origen y destino de los Espíritus, y de sus relaciones con el mundo corporal”¹. Sin embargo, para llegar a tal postulación, primero fue necesario la aparición de los primeros fenómenos que dieron origen a la misma en los Estados Unidos. En 1847, en Hydesville, cerca de Nueva York, en la casa de la familia de John Fox, padre de familia y ferviente metodista, se dieron los primeros acontecimientos que, como reguero de pólvora, se expandieron por la gran urbe del Hudson; luego, el 14 de noviembre de 1849, en el *Corinthian Hall* de Manchester, se organizó la primera gran reunión pública para comunicarse con las ánimas, fecha esta que marcó el principio del movimiento espiritista.² Más tarde, los sucesos atravesaron el Atlántico y llegaron a Europa donde fueron estructurados conceptual y teóricamente para convertirse en doctrina, la cual, expandida por Francia, Inglaterra y la misma España, retornó a la América hispano-lusitana, aunque no es menos cierto que desde Norteamérica también llegó la influencia del nuevo movimiento a la América Latina.

Desde una perspectiva ética y moral, el espiritismo “[...] es esencialmente cristiano, porque lo que enseña, no es más que el desarrollo y la aplicación de la de Cristo [...]”;³ sin embargo,

[...] la moral kardecista a veces se aleja de la moral defendida por las iglesias, y en particular por la

Iglesia Católica. La moral de Kardec se sitúa en la vía trazada por Jesucristo en sus enseñanzas y por su ejemplo. Vía que, según Kardec, fue seguida por las sectas de los primeros cristianos, pero “desnaturalizada por los Padres de la Iglesia” en el concilio de Nicea, cuando el cristianismo se confundió con el Imperio romano y pretendió asociar los intereses del César y los intereses de Dios.⁴

Otro elemento vinculado a los orígenes de la práctica que marcaría sin dubitación alguna la creencia en Cuba y la procedencia de sus militantes, fue que:

[...] la mayoría de las logias masónicas de la época se dirigían hacia el ocultismo y había en ellas muchos espiritistas. Fue precisamente la tendencia de los círculos espiritistas a mezclarse e, incluso a confundirse con las logias masónicas, lo que atrajo la atención y más tarde la hostilidad de los obispos hacia el kardecismo. La francmasonería, a pesar del teosofismo de muchos de sus miembros, asociaba entonces las ideas democráticas de Libertad, Igualdad y Fraternidad a unas formas de anticlericalismos a menudo severos. Sin embargo, sería dar una idea falsa del espiritismo del siglo XIX presentado como sucedáneo de la francmasonería. Todo lo que puede decirse con objetividad es que había espiritistas kardecistas que eran también masones.⁵

Juan Luis Martín, en su *Ecué, Changó y Yemayá*, señala que el espiritismo es importado a Cuba en 1856, afirmación aceptada por Armando Andrés Bermúdez cuando afirma: “Es lógico aceptar que en esta fecha existieran ya grupos espíritas, pues desde 1846 se dieron a conocer, en los Estados Unidos las hermanas Fox, reconocidas como las primeras médiums, ya en 1852, estas creencias

comenzaban a invadir a Europa. El espiritismo llegó a Cuba vía Estados Unidos. Los libros de Allan Kardec se difundieron rápidamente a pesar de las prohibiciones existentes".⁶

Las aportaciones hechas a la creencia en Cuba, en virtud del magnífico proceso de mestizaje y las condiciones particulares de vida de los creyentes, permitirían definir variantes en la práctica; las cuales, con alguna que otra diferencia no sustancial son las siguientes:

Espiritismo de mesa o científico: sigue en lo fundamental las creencias difundidas por Allan Kardec. Sus adeptos no se consideran ritualistas, pues su práctica consiste en un grupo de creyentes que se sientan alrededor de una mesa y después de hacer determinadas invocaciones, caen en trance.

Espiritismo de caridad: es similar al anterior en cuanto a las creencias que ha adoptado, pero en su práctica se realiza un ritual llamado despojo o santiguación mediante el cual se pretende conceder la caridad o beneficio al que lo solicita, generalmente por alguna enfermedad.

Espiritismo cruzado (*cruzao*, es la expresión popular): presenta elementos e influencias de las religiones afroides. Esta mezcla o cruce puede presentarse en variadas formas. La predominante es la que aparece amalgamada con elementos de la religión africana de ascendencia bantú (congós).

El espiritismo de cordón: se caracteriza fundamentalmente por su riqueza en cantos y movimientos danzarios que realiza un cordón de médiums y en sincretismo con el catolicismo.⁷

Es justamente esta última variante del espiritismo; o sea, el de cordón, la que podemos caracterizar como genuinamente cubana. Ecllosionada en esta zona del país en virtud de ejemplares procesos de mixtura cultural y

profundos desajustes estructurales, se ha incrustado como ninguna otra en el identitario religioso de la zona y logrado persistir de manera peculiar, pues, las variables formativas, el momento de su aparición, los practicantes y la forma de diseminarse, han estado vinculados al concepto nuclear de la cultura cubana: la lucha constante por la libertad y la independencia, ora individual, ora colectiva. No deja de ser llamativo que haya sido en esta zona, donde la esclavitud no resultó ser horcón económico, donde el elemento negro no constituyó nunca mayoría y la heredad aborígen se sintió con fuerza hasta el siglo XIX, el lugar donde floreció esta práctica que si bien, como todo proceso cultural es resultado de magnífica osmosis creadora de distintos afluentes, sus rasgos distintivos resultan claramente diferenciables de las religiones de origen africano. Por otro lado, las observaciones racionalistas de Enrique José Varona sobre el “[...] contagio nervioso [...] y las epidemias espirituales que aparecieron [...] en Cuba, en los territorios más castigados por la insurrección [...]”⁸ que “[...] nos colocan en excelentes condiciones para aceptar cualquier género de consuelos”,⁹ nos ayudan también a comprender el por qué en esta región y no en otra se produce esta brotación.

Teniendo en cuenta los elementos anteriores, y escudriñando con mayor detenimiento la evolución humana de la curvatura del Guacanayabo como zona originaria de esta práctica, acercamos una hipótesis en forma de tríada que parece ofrecer una respuesta a la interrogante de por qué es esta zona la que acoge el nacimiento del espiritismo de cordón y no otra.

En primer lugar, la presencia y heredad aborígen en esta región resulta evidente, pues, desde la creación del pueblo de indios de San Pablo de Jiguaní, pasando por las compañías de milicias de indios de Bayamo en el siglo XVIII y los registros de defunciones de indios en los Archivos Parroquiales de Manzanillo a inicios del siglo

XIX, resultan elementos de juicio suficientes para rastrear la presencia de un imaginario y legado aborígenes en los habitantes de la región que va más allá de una toponimia aruaca exuberante. No es casual que el escarmiento y ademán heroico de Hatuey de negarse a ir al cielo haya sido después inmortalizado en la leyenda separatista de la “Luz de Yara” y sean los espíritus indios los que ocupen el segundo lugar — después de los africanos —, como seres guías entre los practicantes de la fe actualmente en Manzanillo.¹⁰

Sobre este tema, los investigadores José Antonio García Molina, María Garrido Mazorra y Daisy Fariñas Gutiérrez han apuntado:

Por nuestra parte consideramos que el espiritismo de cordón actual, o mejor, la ceremonia de canto y danza de esta variante del espiritismo en Cuba, si es el resultado sincrético de la herencia cultural indígena con el espiritismo kardeciano; y que el cordonero no “surgió como procedimiento de comunicación con los espíritus”, como dijera Ortiz, sino que existía antes, desde siglo atrás, en su forma de areíto indígena, como mostramos al aportar información sobre el carácter indígena de la masa campesina granmense.¹¹

Ahora bien, establecido el precedente anterior, damos paso a la explicación del modo en que la teoría espírita llega a estos lares. Desde antes del inicio de la Guerra Grande, Manzanillo, a través de la Compañía de buques Menéndez, sostenía un intenso tráfico marítimo, por ende humano y cultural, con la ciudad de Cienfuegos, urbe fundada en 1819 por franceses — no se desestime este hecho —, y sitio desde el cual llegaría también otra magnífica tradición: la música de órganos; así pues, del mismo modo en que arriba a Manzanillo esta imprevista musical llega la teoría espírita en forma de

devocionarios y/o experiencia vivencial en la mentalidad de capitanes de buques, contra maestres, marineros o simples viajeros que, por diversas razones, hacían de esta ruta acto cotidiano. No se olvide que fue justamente un contra maestro de esta línea, el que le comentó a Santiago Fornaris la existencia de unos pequeños organillos en Palmira, utilizados para amenizar las fiestas celebradas en predios cienfuegueros.

Cerrando de modo magistral esta tríada está la guerra que, como Leviatán formidable destruye estructuras humanas y permite el anudamiento de las dos anteriores variables al crear la necesidad impostergable de comunicarse con los seres queridos, amigos o compañeros de armas caídos en la lid recién iniciada; en tanto, imposible resulta acercarse a la religión Católica que tilda de herética la creencia y para remache de cadenas, es la fe de los que con mano de hierro han conducido los destinos del país y ahora invocan la bendición de su Dios para vencer y el perdón para matar.

En torno al presupuesto antes explicitado, Armando Andrés Bermúdez en su indispensable estudio señala:

También el espiritismo atacaba los principios dogmáticos de la misma Iglesia que bendecía a los soldados de Valmaceda.

Debemos aclarar que esto fue solamente un cauce que tomó el espiritismo en sus inicios y no lo plantemos aquí como factor determinante para los movimientos de liberación en Cuba. Los Centros —nombre con que se conoce el lugar destinado a la práctica del espiritismo—. No eran en general lugares de actividades subversivas, sino que ejercitar el culto espírita era considerado como ir en contra de los rígidos moldes de la Iglesia Católica e indirectamente contra el régimen colonial y ello bastaba para ser conceptuado como persona de ideas avanzadas, progresistas o liberales, además de

proporcionar una satisfacción personal que se tenía por intelectual. Tampoco quiere esto decir que los espiritistas repudiaron todo lo que constituía el culto católico. El paso de elementos del catolicismo a las religiones populares en Cuba es una constante de nuestra cultura.¹²

No obstante, no pasa inadvertido en este sentido, el hecho de que durante los años de la guerra, los cubanos emigrados solían tener sesiones donde invocaban los espíritus de distinguidas personalidades cubanas —ya fallecidas—, para solicitar sus consejos en torno al estado que vivía el país. Interesante, por profética, es esta comunicación con el espíritu de Gaspar Betancourt Cisneros:

¡Dignos y desgraciados cubanos, el triunfo brillará para nosotros, tanto más dulce cuanto más llorado...Pero también debo decir que no deben los cubanos, ni por un momento, contar con los americanos para que les ayuden, rasa (sic) degradada hasta cierto punto y que solo ve su bien y no el bien de un país que lo necesita. Ellos se gozan en lo que pasa en Cuba, pues dicen que Cuba por su posición geográfica pertenece a los Estados Unidos, pero ¡egoístas! no quieren ayudar a Cuba con una gota de sangre ni con un poco de greenbacks. Todo lo dejan al tiempo y que Cuba se arruine y que las familias jiman (sic) desamparadas, y la sangre de los patriotas corra a torrentes, ¿qué importancia tiene eso, si ellos al fin, sin trabajo obtendrán lo que tanto desean? Ellos no harán jamás nada por ustedes, pues dicen que no los reconocen por no tener puertos de mar, y ¿dónde está ese puerto de unión entre los hombres que se llama Caridad? Para ellos es desconocido, para ellos no existe esa dulce y grata satisfacción de hacer bien a los desgraciados; y como entre ellos no existen tampoco los lazos de

familia, no piensan que en ese rincón del globo que se llama Cuba se han derramado tantas lágrimas por la libertad.¹³

Las autoridades eclesiásticas, por su parte, pasaron a la ofensiva y el clero habanero dictó una instrucción pastoral que entre sus extremos reconocía un poder sobrenatural al espiritismo basado “[...] en el infierno, Satanás y sus ángeles”, en esta instrucción es evidente la alarma por el auge de una creencia exportada por un país en que predomina el liberalismo y califica a la doctrina espírita y sus prácticas como una profanación de la obra divina y un insulto grosero al buen cristiano.¹⁴

En los años del Reposo Turbulento la práctica espírita gana espacio, se multiplica y organiza. Al primer Congreso Espiritista celebrado en Barcelona (1888), asisten tres cubanos¹⁵ y en el oriente del país, producto de los sucesos de Tacajó¹⁶ y las prevenciones del Gobernador Provincial que creía firmemente en que la propaganda espiritista favorecía “[...] fines políticos muy contrarios a los intereses nacionales [...]”,¹⁷ ofreciendo como prueba la “[...] nueva secta que apareció en Guantánamo cuyo Jefe o patrocinador fue el pardo Cuntino Jay, titulado Dios y la morena Dolores Aranguez titulada la Virgen, [donde] se reconocía a Maceo como el Dios o el Mesías [...]”,¹⁸ se inició una investigación y tomó la medida de “reprimir y extirpar la doctrina espiritista” prohibiendo absolutamente las reuniones espiritistas, actitud suavizada más tarde cuando para poder reunirse era necesario la obtención de permiso por la autoridad competente y la inmediata inspección, so pena de severas multas.¹⁹ Es en este entorno, en que aparece la respuesta de las autoridades manzanilleras haciéndole saber al Gobernador Provincial, haber recibido las disposiciones dictadas por ese gobierno a las cuales “[...] se les dará el más exacto cumplimiento”,²⁰ y de cuya lectura se desprende la existencia y práctica de la doctrina en la región.

El siglo XX marcaría la consolidación definitiva de la práctica espiritista en Cuba y el reconocimiento en la continuidad de sus aportes al identitario cubano. Los críticos años veinte, donde el resurgir de la conciencia nacional es un hecho por la ruptura con la frustración republicana de las primeras décadas y el cuajo de nuevos proyectos emancipatorios, tendrán también la impronta de la práctica espírita que, diseminándose por toda la Isla y no solo entre sectores humildes, preocupará enormemente a la religión Católica porque minaba su estatus privilegiado y de hecho resultaba, por el momento de su aparición (los años de la gesta independentista), sus militantes (cubanos separatistas) y el modo de difundirse (entre las capas más humildes), un agregado más de los variados signos distintivos de la cultura cubana: lucha, libre pensamiento, base popular.

Con el inicio de la publicación en 1922 del periódico *Timoteo*, los espiritistas manzanilleros tendrían —aunque no oficialmente—, un medio de propaganda, pues, la militancia espírita de su propietario: Tirso Castillo, abría esta posibilidad. Por ejemplo, el 28 de mayo se anunciaba la venida a la ciudad de Julio Galvés Otero quien era publicista, orador e ilustre propagandista de la doctrina espiritista y en la edición del 22 de junio del mismo año 1922, con el título “Sesión Espiritista”, inició el rotativo “[...] la publicación de ¿QUÉ ES EL ESPIRITISMO?, magnífica obra del sabio Allan Kardec”, y continuaba el periódico, “Con el fin de que las personas amantes de esta ciencia, puedan encuadernar la obra, la publicamos en forma de folletín dando dos páginas foliadas en cada número”.²¹

El crecimiento de los espiritistas en la ciudad posibilitó la asociación de los mismos, por eso, el 28 de junio de 1925 se fundó la Sociedad Espírita de Socorros Mutuos “Unión de Todos” con el “[...] objeto de proporcionarle a sus asociados en casos de enfermedad, médicos, medicinas, y dietas en la forma y casos que procedan; así como

gastos de velorio y funerales".²² Según el Reglamento, todos los presidentes de los Centros o Sociedades Espiritistas serían considerados como vocales ante la Junta Directiva, bajo esta consideración formaron parte de la primera directiva, por derecho propio, al ser directores de centros, veinte personas: Rafael Céspedes, José Rivero, Agustín Martín Veloz (Martinillo), Eugenio Cordovés, Teodoro Franco, Bruno Castellanos, Antonio Segura, Bienvenido Veloz, José Antonio Lotti, Santiago Márquez, Manuel Tornés, Manuel Solís, Luis Pernía Collante, Urbano Mejías, José López Meriño, Nicolás Márquez, Tirso Castillo, Benigno Tamayo y Pantaleón Cedeño. El número de fundadores alcanzó la cifra de 106.²³

La actividad de los espiritistas manzanilleros fue *in crescendo*, no solo en la difusión y propagación de la doctrina, sino, en la acción práctica, dando coherencia así al magnífico verso del devocionario de las oraciones escogidas de Kardec que reza: "La fe, sin las obras no es la fe". En septiembre de 1926, la Sociedad Espírita de la ciudad preparó un festival de caridad para, durante los días 10, 11 y 12 de octubre, recolectar fondos con el objeto de fundar un asilo para niños y ancianos, siendo lo más llamativo del suceso que fueron las mujeres las iniciadoras de la movilización, quienes, crearon la primera directiva con el objeto antes expresado.²⁴ Escasamente dos años después se habían recaudado 20 000 pesos y construido los primeros cuatro edificios destinados a administración, comedor, dormitorios, cocina y escuela, pero la crisis de los años 30 paró la continuación de la obra. En 1942 se intensificaron gestiones, ahora cerca de la alta dirección del Ejército de Salvación, la cual asumió todas las responsabilidades que se derivaron de la inmediata apertura y funcionamiento del Asilo Manzanillo el día 20 de mayo de 1942 con el ingreso de siete niños de ambos sexos, todo ello gracias al tesoero esfuerzo de un grupo de mujeres pertenecientes a la Sociedad Benéfica Espiritista; más tarde, en enero de

1944, y por cuestiones estratégicas, el Asilo se convirtió en Instituto del Niño Pobre.²⁵

La amplitud de la práctica del Espiritismo de cordón fue tal en esta década, que a los intelectuales de vanguardia manzanilleros les resultó imposible no tratar el tema. En un libro costumbrista de fina ironía, Manuel Navarro Luna se explaya, en carta a Epifanio Sánchez Quesada —postrado en esos momentos por severa artritis—, sobre cuál debía ser la conducta terapéutica a seguir por este último respecto a su enfermedad y de paso describe, con genial sutileza, las características de la práctica cordonera:

¿Qué persona consciente de sí misma, que conozca todo lo mal que siempre ha andado la medicina y que no ignore los adelantos, en realidad maravillosos e infinitos, de la Ciencia Espírita, es capaz de ponerse en manos de ellos?... En Manzanillo, así como en la mayor parte de los pueblos de Oriente, a los médicos se les ha relegado a un segundo término [...] La gente pobre, como la gente rica; la gente blanca como la gente de color; la gente ilustre como la gente sin ningún brillo, solo agarran a los médicos cuando una circunstancia premiosa, irremediable, así lo exige. Por ejemplo: para que expidan un certificado de defunción [...] Los verdaderos consultorios médicos [...] están en los Centros Espiritistas.²⁶

Graciosamente refiere el poeta una sesión celebrada en el Centro “San Hilarión”, donde una médium, con espíritu incorporado, ofendió a los asistentes llamándoles “canallas”, “desvergonzados” y “granujas”, situación esta que provocó la suspensión de la reunión. Señala Navarro que muchas personas asisten a las sesiones y que el canto es parte indispensable del ritual. Por las oraciones que se decían es fácil colegir que los libros

de oraciones eran los de Allan Kardec: Credo, Oración de todos los días, Alabanza a Dios, Ángeles Guardianes y Oración de los médiums, por supuesto, también se rezaba el Padrenuestro.²⁷

Dos hechos significativos para la práctica espiritista regional acontecen en Manzanillo durante el año 1933. El primero, la fundación del quincenario espiritista *Psiquis Moderna*, y el segundo, la creación del templo espiritista fundado por el francés Juan Bautista Lavié Pere. Lo primero resulta continuación de un empeño no cristalizado; el folleto *Pro Lirios del Porvenir* pretendía estimular la lectura de la revista espiritista *Lirios del Porvenir*, pero como variadas circunstancias impidieron llevar a cabo la segunda edición del mismo, sus iniciadores decidieron publicar el quincenario cuyo objetivo no era, declaraban los fundadores, “[...] asunto de negociación o comercialismo de la obra espírita, sino que atraídos por la inspiración de seres del espacio que nos vienen a ayudar con sus consejos se nos ha hecho necesario llevar a efecto la publicación del mismo con el fin de ayudar a los adeptos a nuestra doctrina con nuestros consejos a adquirir los sabios conocimientos de la misma.”²⁸

Por otro lado, el templo y la práctica fundados por Lavié serían —actualmente lo son—, muestra de una práctica espírita mucho más refinada, tal vez más cercana al espiritualismo y con proximidades al catolicismo (presencia de abundante iconografía y novenas), y aunque el contacto con los espíritus se realiza, su presencia entre los encarnados no es solicitada generalmente para la cura de enfermedades corporales o mentales o para la resolución de problemas materiales, en tanto, estos son dejados esencialmente a la oración y al vínculo íntimo con el Creador, sino, para el consejo y la prédica moral basada esencialmente en el ejemplo del Cristo y los primeros mártires del cristianismo. El cordón, ritual básico de las sesiones, no se realiza como en la mayoría de los templos y casas templos; o sea, tomados de las

manos y danzando los médiums rítmicamente alrededor de la cruz de martillo, sino, que en dos filas, una de hombres y otra de mujeres, todos los fieles, incluidos los niños, van marchando al compás de una transmisión, que entonada por los cabeceros es respondida por el coro, y, cuyo ritmo varia de acuerdo al compás melódico.

En 1944, el Canciller del Arzobispado de Santiago de Cuba envía un cuestionario al Cura párroco de Manzanillo, quien, dando respuesta a la pregunta 18: “¿qué opinión tiene Ud. acerca de la importancia y peligros de la propaganda protestante de la fe católica en esa Parroquia? ¿Ha hecho muchos progresos?”, respondió: “Opino que el peligro protestante es de inmensas proporciones en Cuba. En esta Parroquia de Manzanillo tal vez el espiritismo sea más peligroso que el protestantismo [...]”.²⁹

Iniciando el tercer milenio, la práctica espírita en la ciudad mantiene vitalidad, y aunque la apertura religiosa y por ende, la penetración y/o solidificación de otras creencias y religiones ha aumentado, la preeminencia la sigue ostentando la doctrina codificada por Kardec y su variante cordonera, así lo confirman los cerca de 40 templos, casas templos y lugares donde se ofrecen caridad e instrucción; por otro lado, no deja de ser llamativo que sea el busto de Emelina Alarcón Alba, una reconocida espiritista de la Ciudad, develado en enero del 2005, el único que orla una tumba en la necrópolis municipal, mientras el panteón de Los Apostolados — así se nombra la Sociedad Espírita fundada por Juan Bautista Lavié —, resulta ser el más alto en dicho campo santo que, rematado por una cruz, se eleva a la infinitud azul.

Citas y notas

1. KARDEC, ALLAN: *¿Qué es el espiritismo?*, Casa Editorial de Carbonell y Estena, Barcelona, 1905, p. VI.
2. LANTIER, JACQUES: *El espiritismo*, Ediciones Martínez Roca, S.A., España, 1976, pp. 40-43.
3. KARDEC, ALLAN: Ob. cit, p. XV.
4. LANTIER, JACQUES: Ob. cit, p. 50.
5. Ídem. p. 68.
6. BERMÚDEZ, ARMANDO ANDRÉS: "Notas para la historia del espiritismo en Cuba", en: revista *Etnología y Folklore*, julio-diciembre de 1967, No. 4, pp. 5-22.
7. Ídem. En cuanto a ritualística, se debe señalar que la variante del espiritismo de caridad tiene mucho más vínculos con el de mesa que con el de cordón, mientras el *cruzao* incorpora de forma específica el cordón como expresión ritual fundamental.
8. Loc. cit, 6.
9. Ídem.
10. Encuesta realizada en el año 2000 por el autor a 100 practicantes de la fe espírita en Manzanillo.
11. GARCÍA MOLINA, JOSÉ ANTONIO, MARÍA GARRIDO MAZORRA Y DAISY FARIÑAS GUTIÉRREZ: *Huellas vivas del indocubano*, Lugus Libros Latin American Inc, Canadá, 1998, p. 158.
12. Loc. cit, 6.
13. Ídem.
14. Ídem.
15. ARGÜELLES MEDEROS, ANÍBAL E ILEANA HODGE LIMONTA: *Los llamados cultos sincréticos y el espiritismo*, Editorial Academia, La Habana, 1991, p. 177.
16. En 1886 y resultado de la enajenación mental de un hombre, en una sesión espiritista se produjo un muerto y varios heridos.
17. A.H.P.S.C., Fondo: Gobierno Provincial, Legajo: 576, Expediente: 2, Folio 10.
18. Ídem., Folios 27-29.
19. Ídem., Folio 34.
20. Ídem., Folio 39.
21. A.H.M.M., *Timoteo*, 22 de junio de 1922, No. 4, p. 1.
22. *Reglamento o Estatutos de la Sociedad Espírita de Socorros Mutuos «Unión de Todos»*. Imprenta Timoteo, Manzanillo, 1925.
23. Ídem.
24. A.H.M.M., *Timoteo*, domingo 12 de septiembre de 1926.
25. A.H.M.M., Modesto Tirado Avilés: *Efemérides de Manzanillo*, Inédito, p. 466.

26. NAVARRO LUNA, MANUEL: *Cartas de la ciénaga*, Editorial Hermes, La Habana, 1930.
27. Ídem.
28. A.H.M.M., *Psiquis Moderna*, 15 de noviembre de 1933.
29. Carta del Párroco de Manzanillo Fr. Joaquín Murguzur, al Canciller del Arzobispado de Santiago de Cuba, respondiendo el cuestionario del 9 de junio de 1944. El subrayado es nuestro.

LIBRERÍAS DONDE PUEDEN ADQUIRIRSE LOS LIBROS DE
EDICIONES TERRITORIALES

VIET NAM HEROICO

Calle Martí, No. 49, entre Gerardo Medina y Recreo, Pinar del Río.
Tel.: 0-48-758035

PUNTO Y COMA

Ave 62, No. 3907, entre 39 y 41, San Antonio de los Baños, Artemisa.
Tel.: 0-47-383271

LA EDAD DE ORO

Ave 47, No. 6423, San José de las Lajas, Mayabeque.
Tel.: 0-47-862626

ATENEO CERVANTES

Bernaza, No. 9 esq. a Obispo, Habana Vieja, La Habana.
Tel.: 862-2580

EL ATENEO

Línea, No. 1057, entre 12 y 14, Vedado, La Habana.
Tel.: 833-9609

VIET NAM

Calle Medio, s/n, esq. Callejón, Sacristía, Matanzas.
Tel.: 0-45-244782

LA CONCHA DE VENUS

Céspedes, No. 551, esq. Coronel Verdugo, Cárdenas, Matanzas.
Tel.: 0-45-379496

PEPE MEDINA

Colón, No. 402, entre Gloria y Mújica, Santa Clara, Villa Clara.
Tel.: 0-42-205965

DIONISIO SAN ROMÁN

Ave 54, No. 3526, entre 35 y 37, Cienfuegos.
Tel.: 0-43-525592

JULIO ANTONIO MELLA

Calle Independencia, No. 67 entre Callejón del Cero y Ave. de los
Mártires, Sancti Spíritus. Tel.: 0-41-324716

JUAN ANTONIO MÁRQUEZ

Calle Independencia, No. 15 entre Simón Reyes y José María
Agramante, Ciego de Ávila. Tel.: 0-33-222788

MARIANA GRAJALES

Calle República, No. 300 entre San Esteban y Finlay, Camagüey.
Tel.: 0-32-292390

VIET NAM

Calle República, No. 416 entre San Martín y Correa, Camagüey.
Tel.: 0-32-292189

FULGENCIO OROZ

Calle Colón, No. 151, esq. Francisco Vega, Las Tunas.
Tel.: 0-31-371611

ATENEO VILLENA BOTEV

Calle Frexes, No. 151, esq. Máximo Gómez, Holguín.
Tel.: 0-24-427681

ATENEO SILVESTRE DE BALBOA

Calle General García, No. 9, entre Canducha Figueredo y Antonio
Maceo, Bayamo, Granma. Tel.: 0-23-424631

LA EDAD DE ORO

Calle José Martí, No. 242 esq. Antonio Maceo, Manzanillo, Granma.
Tel.: 0-23-573055

AMADO RAMÓN SÁNCHEZ

Calle José Antonio Saco, No. 356 e/ Carnicería y San Félix,
Santiago de Cuba. Tel.: 0-22-624264

ÑANCAHUASU

Calle Paseo, No. 555, entre Luz Caballero y Carlos Manuel de
Céspedes, Guantánamo. Tel.: 0-21-328063

FRANK PAÍS

Calle José Martí, s/n, esq. 22, Nueva Gerona, Isla de la Juventud.
Tel.: 0-46-323268

Impreso en los talleres del CPLL de Granma
Agosto de 2013

Esta edición de
Del fiel de Manzanillo
consta de 500 ejemplares